

LORENA FRANCO

EL CLUB
DE

MEDIANOCHE



EL CLUB
DE
MEDIANOCHE

LORENA FRANCO

Los hechos y/o personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Título original: *El club de medianoche*

Publicado por:

Kindle Direct Publishing, Amazon Media

Julio, 2018

Copyright © Edición original 2018 por Lorena Franco

Diseño cubierta: Sol Taylor

Todos los derechos están reservados.

Primera edición digital 2018

ISBN: 9781983119651

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

ÍNDICE

[Sobre la autora](#)

[Páginas de la autora](#)

[Dedicatoria](#)

[Citas](#)

[La viajera del tiempo](#)

[Capítulo 1](#)

[Acuérdate de mí](#)

[I – Barcelona](#)

[Capítulo 2](#)

[La memoria es olvidadiza](#)

[Capítulo 3](#)

[Asuntos pendientes](#)

[II – París](#)

[Capítulo 4](#)

[La ciudad de la Luz](#)

[Capítulo 5](#)

[La librería](#)

[Capítulo 6](#)

[Cuidado con los fantasmas](#)

[Capítulo 7](#)

[Le club de minuit](#)

[Capítulo 8](#)

Las voces que susurraban

Capítulo 9

El libro

Capítulo 10

París era una fiesta

Capítulo 11

Somos historias

Capítulo 12

Estrellas

Capítulo 13

El espectáculo debe continuar

Capítulo 14

La viajera del tiempo

Capítulo 15

Un paseo por el Sena

III – París

Capítulo 16

Un amor

Capítulo 17

Quitarse la venda de los ojos

Capítulo 18

Te estuve esperando

Capítulo 19

Coincidir

Capítulo 20

Luces y sombras

Capítulo 21

Nada es para siempre

Capítulo 22

Un final

IV – Barcelona

Capítulo 23

Mi niña

Capítulo 24

Lo imposible

Capítulo 25

Intuición

V – París

Capítulo 26

Si te vas

Capítulo 27

Noche de fin de año

Nota de la autora

Agradecimientos

Otros títulos de Lorena Franco

SOBRE LA AUTORA

Nacida en Barcelona en 1983, Lorena Franco es actriz y escritora. Compagina su exitosa carrera interpretativa —en la que destacan sus actuaciones en series como *El secreto de Puente viejo* o *Gavilanes*, y largometrajes como *Paharganj*, la última película que ha protagonizado y que le ha abierto las puertas a Bollywood—, con una incipiente carrera literaria que la ha convertido en una de las autoras más leídas y mejor valoradas del momento.

Con trece títulos publicados, entre ellos *Ella lo sabe* (Ediciones B – Penguin Random House–, el thriller favorito de los lectores, 2017), *Perdida en el tiempo*, *Lo que el tiempo olvidó*, *La vida que no elegí*, *El fantasma de Marilyn*, *Las horas perdidas* o *Feliz vida*, Lorena Franco fue finalista del Concurso Indie 2016 de Amazon con *La viajera del tiempo* (Amazon Publishing), una de las novelas más vendidas de la plataforma en EE.UU., México y España.

El club de medianoche, su decimocuarto título, sigue la estela de uno de los temas preferidos de la autora: los viajes en el tiempo. Una novela conmovedora, escrita con exquisita sensibilidad, y que engancha desde la primera página.

PÁGINAS DE LA AUTORA

Página web:

<http://www.lorenafranco.net>

Blog:

<http://lorenafranco.wordpress.com>

Facebook:

<http://www.facebook.com/lorenafranco.escritora>

Twitter:

<http://twitter.com/@enafp>

Instagram:

<http://www.instagram.com/enafp>

A un viejo amigo

Dicen que cuando conoces al amor de tu vida
el tiempo se detiene,
y es verdad.

Lo que no te dicen es que,
cuando se pone en marcha,
lo hace aún más rápidamente
para recuperar lo perdido.

Big Fish

TIM BURTON

Si tienes la suerte de haber vivido en París
cuando joven,
luego París te acompañará,
vayas donde vayas, el resto de tu vida,
ya que París es una fiesta que nos sigue.

De una carta de ERNEST HEMINGWAY a un amigo (1950)

París por la mañana es precioso.
París por la tarde tiene encanto.
París por la noche hechiza.
Y París de madrugada es mágico.

Medianoche en París

WOODY ALLEN

«Hace siglos que no la veo.

Cuando cruzó el portal, una manera de rebelarse contra el tiempo y el espacio, supe que Natalie era un ser luminoso aunque no hubiera motivo aparente para presagiar tal cosa. Procedente de un año lejano, sus ojos, al principio, se mostraron desconcertados y espantados. Su mirada no era diferente a la de los viajeros que nos visitaron antes que ella.

1920 fue un año mágico y especial.

Fueron un total de cinco viajeros; existencias del futuro que llegaron de improviso a nuestro club de lectura de medianoche. No obstante, solo conocí bien a dos. Nunca pregunté qué fue lo primero que pensaron al saber que habían viajado al pasado. Imagino que creyeron haber enloquecido o que se trataba de un sueño. Pero me gustaría decirles, si en algún momento de sus vidas leen estas palabras, que no fue un sueño. Que no se volvieron locos. Que estamos hechos de historias y en ellas también tienen cabida las inesperadas, las imposibles. Que fue tan real para ellos como lo fue para nosotros, que ya debemos estar muertos».

La viajera del tiempo

GENEVIÈVE PUEYRREDON

ACUÉRDATE DE MÍ

Inyectarse fantasía para no morir de realidad. [\[1\]](#)

Aeropuerto Charles de Gaulle, París

22 de junio de 2018

Siempre me he preguntado: ¿Dónde empieza de verdad una historia? Creo que llega en el momento en que miras atrás, cuando lo vivido te provoca un nudo en la garganta, y eres consciente de que la vida es lo que sientes al recordarla.

Esos recuerdos terminan convirtiéndose en los fieles principios por los que hay que empezar a explicar una historia.

Los aeropuertos siempre me han parecido fríos e impersonales, y aun así, soy consciente de que conservan infinidad de historias que sería imposible contar con los dedos de las miles de millones de personas que habitan en la Tierra.

La voz rutinaria y aburrida de una mujer suena a lo lejos desde algún megáfono que no ubico. Las ruedas de las maletas traquetean por los relucientes suelos del Charles de Gaulle que un celador espigado y pelirrojo acaba de pulir. Unos jóvenes corren para no perder su vuelo y yo, con calma, pago un café que cuesta más de lo que vale.

Aún hay tiempo.

Paso desapercibida entre la multitud; nadie repara en mi presencia.
No saben que existo.

A veces, cuando me encuentro en estos lugares de tránsito, querría convertirme en el entretenimiento de alguien. Ser un juego, como el de *adivina-adivinanza*. Que, durante unos segundos y sin que nuestras miradas lleguen a cruzarse, un desconocido con el que seguramente no volveré a coincidir jamás, se pregunte quién soy y qué clase de vida he elegido.

A quién echo de menos.

De qué me arrepiento.

Cuándo ha sido la última vez que he llorado.

Cuándo ha sido la última vez que he reído.

Cómo es el último hombre del que me he enamorado.

«Los recuerdos pasan rápidos, lo justo para reconocerlos, para hilar esta historia».

Barcelona, mayo de 2018

LA MEMORIA ES OLVIDADIZA

—¿En qué piensas?

—En nada.

Eso es lo que decimos cuando pensamos en todo.

Me acomodé en un rincón solitario de una de las cafeterías del aeropuerto del Prat. Había mucha gente a mi alrededor, un exceso de ruido que no me permitía pensar con claridad. Siempre he valorado el silencio, aunque asumía que no estaba en una biblioteca o en una librería, donde el mundo transcurre en un murmullo.

Mi vuelo con destino a París embarcaba en cuarenta minutos.

Aún había tiempo.

Estaba absorta en la lectura de *El cuento de la criada*, de Margaret Atwood. Cuando terminé de leer la página doscientos noventa y dos sentí un temblor, algo parecido a un soplo de aire en la nuca, por tres simples palabras: «Me siento enterrada». Eso era lo que le decía la criada al lector.

—Me siento enterrada —repetí con un hilo de voz, tras darle un sorbo al café humeante.

Mi memoria se fue a otro lugar, no muy lejano, apenas una hora atrás, cuando me despedí de Mateo en la terminal.

—Tómate el tiempo que necesites pero, por favor, no olvides lo que tenemos. Todo lo que hemos vivido durante estos cinco años. Aún hay solución, Natalia. Aún podemos recuperar lo nuestro.

A continuación, avergonzado y dolido, bajó la mirada y nos

fundimos en un abrazo extraño, de esos que das por obligación. Le rogué que se cuidara y lo observé mientras caminaba en dirección a la puerta giratoria por donde desapareció.

«Lo nuestro» había terminado, pero no tuve valor para decirlo alto y claro en el momento en el que tendría que haberlo hecho.

Cuando crucé la barrera de seguridad buscando una pantalla que me dijera en qué puerta habían asignado mi vuelo, recordé lo que solía decir mi abuela Beatriz: «No dejes escapar a quienes hacen bonito tu mundo. A esas personas que permanecen, te sacan una sonrisa y te sosiegan. Las que te reconfortan siempre que lo necesitas y te mantienen fuerte ante la vida. Con ellas tendrás una relación sólida, consistente, leal. Especial. Su sola presencia emociona porque no juzgan, respetan. Te dan la mano y, cuando te miran, se instalan en tu corazón. Hay pocas almas así, Natalia. El día que llegue una y seas capaz de reconocerla, mantenla cerca. Aunque haya tormenta, seguirá a tu lado».

Me enjuagué las lágrimas traicioneras que corrían a su antojo por mis mejillas, y traté de centrarme en la pantalla para saber hacia dónde tenía que ir. No conseguía ver nada porque me era imposible dejar de pensar en todo lo que le podría haber dicho a Mateo y callé por miedo a que las palabras sonaran huecas, vacías. El problema no era él, sino yo, pero no fui capaz de decírselo. Era una frase muy manida y quien la recibe no la sabe gestionar. No entendía cómo seguía siendo tan perfecto y amable después de lo que le había hecho pasar.

La tormenta en mi fuero interno se desató una mañana como otra cualquiera. Al despertar, miré a Mateo con el rabillo del ojo y tuve la sensación de que no era la persona con la que quería estar. Ocurrió así, de repente y sin premeditación. Me quedé mirándolo durante un rato, aún adormilada, y no vi al hombre del que me enamoré. No me sentí afortunada por despertarme a su lado. Las mariposas se habían esfumado. Fue una especie de revelación que me dejó en *shock* durante unos minutos en los que estuve recordando la conversación que habíamos tenido la noche anterior:

—¿Cuándo deberíamos tener un hijo? —preguntó, con los ojos muy abiertos, travieso y asustado, feliz e ilusionado.

Prácticamente, escupí en la copa de vino que sostenía en la mano. Desde luego, no fue la mejor reacción. Supe, por la expresión confusa de su rostro, que palpó en mí el miedo y la cautela. Miró hacia otro lado, emitió un chasquido y negó con la cabeza, como si hubiera preguntado una tontería elegida en el peor momento.

—Los hijos suponen dar un gran paso, aún hay tiempo —balbuceé aturdida.

No era la respuesta que esperaba, claro. Había tiempo para mí, pero él se sintió muy viejo cuando cumplió los treinta y ocho y solía decir, *medio en broma, medio en serio*, que no se imaginaba corriendo detrás de un niño con la necesidad de apoyarse en un bastón de anciano.

Más tarde, cuando nos fuimos a la cama, me preguntó:

—¿En qué piensas?

—En nada —contesté.

Eso es lo que decimos cuando pensamos en todo.

En ese momento revelador de la mañana, sentada al borde de la cama, cerré los ojos con fuerza y viajé cinco años atrás en el tiempo. Volví al día en que nos conocimos. Yo tenía veintitrés años, diez menos que él, y no pensaba en el amor, solo en viajar y conocer mundo. Deseaba escribir y leer a todas horas, en cualquier rincón y sin más compañía que la de conmigo misma. Soñaba con ser libre y tomarme un año sabático después de compaginar varios trabajos para pagar la carrera de periodismo que había abandonado por agotamiento. La rutina y la lucha del día a día terminaron asfixiándome. Necesitaba descansar y respirar nuevos aires, compartir vivencias con gente a la que sabía que no volvería a ver. Sin ataduras, sin complicaciones. Volar. Sí, volar. Quería volar más que otra cosa en el mundo, y, al volver de París, Londres, la India, Nueva York, Venecia o cualquier otro lugar del mundo, poder explicarle a la abuela todo lo que había visto.

Quería vivir.

Mateo tenía treinta y tres años y hacía cinco meses que se había divorciado, aunque eso aún no lo sabía cuando el destino me lo presentó. Lo primero que vi de él fueron sus manos; unas pesadas cajas de cartón le cubrían la cara. Obviamente, él no podía verme, así que yo, café en mano, intenté esquivarlo sin éxito. Al cabo de un minuto, todas sus cajas estaban desperdigadas en la acera, frente a mi portería, y el café desparramado sobre una de ellas: la de los libros. Lo vi como una señal y me pregunté qué tipo de historias ocultaría esa caja. Cuando ves a alguien leyendo un libro que te gusta, es como si el libro te recomendara a esa persona, así que sentí curiosidad por sus gustos literarios.

—¡Lo siento! —me disculpé.

—Ha sido culpa mía, perdóname.

Cuando se levantó, apartando un mechón castaño que le caía en la frente, pensé que era el hombre más atractivo que había visto nunca. En el momento en que sus ojos azules se fijaron en mí, un temblor se apoderó de mis rodillas y el corazón empezó a latir desbocado.

—Soy Mateo —se presentó, tendiéndome la mano.

—Natalia —le correspondí, sintiendo un cosquilleo en el estómago.

—Te he dejado sin café.

—No pasa nada, iré a por otro.

—Por favor, deja que te invite. Me mudo aquí.

Me dedicó una sonrisa encantadora señalando la misma portería por la que yo había salido hacía diez minutos para ir a buscar el malogrado café al bar de enfrente. El número treinta y nueve de la calle Alegre de Dalt, en pleno corazón del barrio de Gracia de Barcelona.

—Dime que tú también —comentó divertido.

—Sí, en el segundo primera.

—¡Yo viviré en el segundo segunda! Seremos vecinos. Te invito a ese café, ¿sí? —insistió—. Dejo estas cajas en mi piso y podemos ir ahí mismo —propuso, señalando con el dedo el bar Los Amigos.

—Tengo que escribir. —«Y reservar un vuelo a París»—. Además, dentro de unas semanas deajo el piso.

—Vaya.

—Me voy de viaje.

Olvidándonos de las cajas de mudanza, que seguían en la acera entorpeciendo el paso de los transeúntes, le empecé a explicar que quería viajar y escribir una novela, y que si no lo hacía en ese momento, con algo de dinero ahorrado y sin nada ni nadie que me atara a ninguna parte, no podría hacerlo nunca. «Algún día la vida empezará a ponerse seria», comenté riendo. A Mateo le hizo gracia mi comentario. Él, con una excesiva confianza inicial, me contó que por fin había llegado a un acuerdo con su exmujer para vender el piso que compraron cuando se casaron. Ironizó sobre los ocho años de relación y el irrisorio año y medio que les había durado el matrimonio. Después de eso, se interesó por mi faceta como escritora y me avergonzó responder «no» a su pregunta: «¿Has publicado algún libro?».

Media hora después, estábamos tomando un café en una de las terrazas de la Plaza del Sol, donde la luz primaveral de la tarde caía brillante, otorgándole a Mateo un halo embriagador. Le hablé de mi abuela y de mi madre, las mujeres de mi vida. Las únicas personas de mi vida.

—Mi padre se desentendió de mi madre cuando se quedó embarazada y la abandonó. Nunca hemos sabido nada de él ni de su familia. Mi abuela Beatriz, que enviudó meses antes de que yo naciera, vino a vivir con nosotras. Mi madre tenía dos trabajos, casi siempre estaba fuera de casa, así que, prácticamente, me crio mi abuela.

—Debes tener una relación muy especial con ella.

—Sí —asentí orgullosa—. Siempre me he llevado mejor con la abuela que con mi madre. Nos entendemos bien y somos parecidas.

Mateo también me contó cosas de su familia, que seguía viviendo en Montgat, de donde él huyó a los dieciocho años.

«Siempre me han gustado las ciudades grandes», explicó, viéndose incapaz de volver a vivir en un pueblo.

Habló con pasión de su hermano Carlos, quince meses mayor que él, y de su hermana Andrea, cinco años menor. De la relación idílica de sus padres, que desde que se habían jubilado no paraban de viajar alrededor del mundo. De sus sobrinos: Lucas, Teo y Martina, de seis, cuatro y dos años. Y, finalmente, sacó a relucir uno de sus temas preferidos, su profesión: director de casting.

—Reuniones con las agencias de publicidad con las que trabajo desde hace años para saber qué busca el cliente, qué tipo de spot quieren emitir..., charlas telefónicas y cientos de correos electrónicos con las *bookers* de las agencias que representan a los actores y modelos... —Emitió un suspiro y añadió—: Lo más divertido es seleccionar a las personas que encajan con el perfil que buscamos. Ver millones de fotos en un solo día ha aumentado mis dioptrías de miopía.

—Parece mucho trabajo.

—Bah, solo lo parece —rio. Tenía una risa contagiosa—. Aunque viajo a Madrid varias veces al año, casi todo lo hago desde casa. Es bastante liberal y tengo muchos días libres, depende del mes. Cuando el plan está cerrado, alquilo un plató que suele ser el mismo, aquí, en la zona de Gracia, y me paso el día viendo a gente y proponiendo cosas estúpidas —bromeó.

Se nos fue la tarde en un abrir y cerrar de ojos y a las ocho, sin prisas, como si quisiéramos alargar nuestra cita improvisada, volvimos a casa. Subimos las escaleras hasta la segunda planta en silencio. Siempre he tenido dos versiones de lo que ocurrió después. Desde niña tengo tendencia a soñar, crear mundos paralelos y preguntarme, como si fuera un juego, «qué hubiera pasado si...». A veces, me hace feliz no distinguir la realidad de la ficción. Inventar, fantasear... hacer que todo sea mucho más emocionante. Recordar cada momento cien veces mejor a cómo sucedió realmente. Así pues, la versión fantasiosa residía en mi cabeza y convertía a Mateo en un galán de cabello engominado digno de la mejor película romántica de la historia. Al llegar al rellano de la segunda planta, nuestras manos se rozaron un segundo y él, sin apartar la mirada de mis labios, se fue acercando más y más. Su mano rodeó mi cintura haciéndome sentir pequeña y protegida a la vez. Me aferró a su cuerpo viril, que desprendía un agradable aroma a *aftershave*, y, seguidamente, con los ojos brillantes y los labios ardiendo de deseo, nuestras

bocas se fundieron. Mágicamente, la puerta de su piso se abrió. Entramos sin ser capaces de desprendernos del beso que necesitábamos como el aire. Tropezamos con las cajas, riendo y estampándonos contra la pared, y terminamos haciendo el amor sobre un colchón mal colocado en el salón.

La realidad fue menos apasionada y precipitada.

Hubo una mirada tímida y una sonrisa. Mateo, poco romántico, me dio una palmadita en el hombro.

—Si necesitas sal, ya sabes —dije divertida.

—Qué lástima que te vayas. Ha sido una tarde genial.

—Sí —asentí, encogiéndome de hombros.

Abrí la puerta deprisa, le dije adiós con la mano y me encerré en mi piso.

Fin.

Dos días más tarde, sonó el timbre a las diez de la noche. Cuando miré por la mirilla y vi que era Mateo, me puse muy nerviosa. Las mejillas me ardían como a una quinceañera enamorada.

«A lo mejor necesita sal», pensé, abriendo la puerta con una torpeza inusitada.

—¿Te molesto?

—En absoluto —contesté.

—Cajas de mudanza... Me suenan —rio, mirando el caos de mi diminuto apartamento—. Hablamos de los viajes que te gustaría hacer, pero no llegué a preguntarte cuál es tu destino inmediato.

—París. Aunque aún tengo que comprar el billete.

—¿Solo de ida?

—Solo de ida —confirmé.

Lentamente, se acercó a mí. El primer impulso que tuve fue el de apartarme, pero las rodillas me volvieron a jugar una mala pasada y se pusieron a temblar. Estaba tan cerca de mí que podía sentir su aliento y me

daba pavor que se percatara de lo rápido que me latía el corazón. Él parecía tan tranquilo y seguro de sí mismo...

Ese sí fue el momento real, lo que ocurrió de verdad, y, por el hecho de querer atrapar cada segundo con el fin de conservarlo para siempre en mi memoria, me di cuenta que fue, simple y llanamente, perfecto.

—No he dejado de pensar en ti —me susurró al oído—. Un estudio ha revelado que los hombres solo necesitamos 8,2 segundos para enamorarnos —añadió—. A mí solo me hizo falta un segundo, Natalia.

—Es lo más romántico que me han dicho nunca —reí, todavía nerviosa por lo inesperado de la situación.

Arqueó las cejas y negó lentamente con la cabeza, como si no creyera lo que acababa de decirle.

—Con esa cara debes tener cientos de pretendientes.

Su mirada, intensa y apasionada, pareció pedir permiso para acariciar mi cara y acercar sus labios a los míos. Mis brazos terminaron rodeando su cuello y nuestro primer beso me hizo sentir en una nube. Creía que esas cosas solo pasaban en las novelas románticas y en las películas, no en la vida. Pero ahí estaba, con Mateo, el hombre perfecto, un amante apasionado, entregado y generoso, que me rogaba que no me fuera. Que me quedara con él.

Al cabo de dos semanas, la propietaria del piso me devolvió a la realidad. Me dijo que lo había alquilado después de nuestra última conversación.

«—Creía que te ibas —se acongojó, sin intención alguna de darme tregua—. Lo siento, Natalia, no puedo hacer nada. El contrato ya está firmado».

Había estado tan ocupada enamorándome de Mateo que se me fue el santo al cielo y lo olvidé por completo.

—Ahora sí tendré que irme a París —me lamenté.

—¿Ya tienes el billete?

—No, qué desastre... No he preparado nada.

Descontrolada, me eché las manos a la cara, pero Mateo no tardó en retirármelas llevándoselas a su pecho.

—No parece que tengas muchas ganas de irte —adivinó.

Tenía razón. No había movido ni un solo dedo para emprender mi viaje y la causa no era otra que él. Puede que la vida ya se estuviera empezando a poner seria.

—Puedes quedarte aquí, conmigo —añadió.

Y así fue como empezó todo.

A las dos semanas de conocernos ya estábamos viviendo juntos. Saliendo juntos. Empezamos a comprometernos *para toda la vida*. Me aferré a él y olvidé una nueva vida en París. Me negué los sueños de libertad, las ansias de conocer mundo y vivir nuevas y apasionantes experiencias.

La boda.

Nos íbamos a casar en un mes, la tarde del sábado nueve de junio. Las previsiones meteorológicas eran inmejorables: cielo despejado y sol, mucho sol. Todo listo: las invitaciones enviadas, el vestido de novia elegido, reserva conseguida en la idílica Masía Mas Cabanyes de Argenton, y mi madre y mi abuela emocionadas. Sentí mucho decepcionarlas. Mateo les encantaba.

—Quiero anular la boda —sentencié hacía tres semanas.

Mateo no dijo nada. Por un momento pensé que ni siquiera me oyó. Salió de casa y, drásticamente, de mi vida y de mi corazón. No volvió hasta el día siguiente. Nunca le pregunté adónde fue o qué hizo. Me daba igual y ya no tenía ningún derecho respecto a lo que hacía o dejaba de hacer.

—¿Estás segura?

Fue lo primero que me preguntó nada más entrar por la puerta. Eso, y: «¿Te has agobiado? ¿Necesitas tiempo? Puedo irme unos días. ¿Qué piensas? ¿Ya no me quieres? ¿Hay otra persona? ¿Has conocido a alguien?».

¿Cuándo me convertí en la mala de la película?

¿Cuándo empezó a agobiarme el hombre al que había querido tanto?

Me habría gustado responder a sus preguntas, pero no tuve el valor de ser sincera y dejé que continuara viviendo auto engañándose, con una venda en los ojos y pensando que mi huida era transitoria. Que volvería. Y volvería con él.

Me faltó ese viaje a París, eso era todo... y, de alguna manera, estaba enfadada y rabiosa con Mateo. No podía evitar culparlo por haber aparecido de repente y atarme, sin que lo tuviéramos previsto, provocando que me replanteara mi vida entera con promesas de futuro y viajes que nunca llegamos a hacer. El día a día con él se volvió monótono y aburrido. Me sentía enterrada. Necesitaba escapar. Ser feliz, echar a volar, encontrarme a mí misma y a la parte aventurera que perdí por el camino. Hay personas que aparecen demasiado pronto y, llegado el momento, tienes que dejar ir.

«Cuidado con lo que deseas, mi niña —decía siempre la abuela—. Puede hacerse realidad».

ASUNTOS PENDIENTES

No seas huraño con los extraños, podrían ser ángeles disfrazados. [\[2\]](#)

Mi madre no cogía mis llamadas ni respondía a los mensajes que le envié tras cancelar la boda y enviarlo todo al traste, incluida mi relación con Mateo, pese a que continuara sin rendirse y yo fuera incapaz de cerrar del todo el capítulo que me unía a él. La abuela, más comprensiva, excusó a su hija contándome que se había dejado el sueldo de un mes en el vestido y que en la tienda no le dejaban devolverlo. Fue a comprarlo en cuanto supo que Mateo y yo nos íbamos a casar.

—Ya sabes que siempre ha sido muy impaciente —suspiró Beatriz, mirándome con esos ojos arrugaditos de color avellana en los que me veía reflejada. A menudo pensaba que cuando llegase a su edad sería idéntica a ella. Cabello cano y lacio recogido en un moño bajo, piel blanca como la nieve y nariz chata cubierta de pecas que el transcurso del tiempo no había desdibujado—. París —dejó ir en un suspiro, leyéndome el pensamiento—. Querías ir a París.

—Sí.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Viajar. Leer y escribir. Dejar mi trabajo en la revista y cumplir los sueños que interrumpí hace cinco años por...

—Por amor —me interrumpió.

—Ese amor ya no existe, abuela —confesé tajante—. Si siguiera queriéndolo como antes, como al principio, no me importaría compartir esos sueños con él. Pero no puedo seguir viviendo una mentira.

—Te entiendo, mi niña. Pero ¿de verdad estás segura de que ya no sientes nada por Mateo? ¿No te parece que ha sido todo muy precipitado?

—Estoy muy segura. Mateo me hizo mucho bien, tú lo sabes. Me dio fuerzas para terminar la carrera de periodismo y gracias a él conseguí ese trabajo de redactora que tampoco me llena. Pero lo que siento por él ya no es amor. Aunque la decisión la haya tomado precipitadamente, la idea de que ya no me hacía sentir nada llevaba rondándome mucho tiempo.

—Es normal que el enamoramiento y la pasión del principio desaparezcan, pero ¿imaginas tu vida sin él?

—Sí.

«Visualizo mejor mi vida sin él», me callé.

—Entonces, Natalia, no tengo nada más que decirte. Vete un tiempo a París, el primer viaje que dejaste pendiente cuando querías comerte el mundo hace cinco años y, si tu deseo es estar rodeada de libros, quiero proponerte algo que creo que te va a gustar:

»Situada en el quinto distrito de París, el barrio más antiguo construido por los romanos y situado en la orilla del río Sena, se encuentra, frente a la Catedral de Notre Dame y en un edificio que data del siglo XVI, la legendaria librería Le club de minuit o, lo que es lo mismo, El club de medianoche. Su fundador, George Whitman, un inglés soñador y entusiasta, decía: «No seas huraño con los extraños, podrían ser ángeles disfrazados». Este hombre, desde que abrió Le club de minuit en enero de 1921 hasta que falleció en 1960, acogía a escritores para que no tuvieran que preocuparse por otra cosa que no fuera escribir. Él los llamaba cariñosamente: *Tumbleweeds*. A cambio, Whitman les pedía cumplir con tres obligaciones: leer un libro cada día, ayudar una hora en la librería y escribir. Con el paso de los años, el establecimiento se convirtió en una institución en París, pero el deseo de Whitman de que pasara de generación en generación se vio truncado sin que él estuviera ya en este mundo para verlo. Su única hija Corinne nunca llegó a casarse ni a tener descendencia. La conocí en 1961, cuando éramos jóvenes. Yo tenía veintitrés años y ella ocho más, aunque aparentaba muchos menos. Tenía una piel blanca y aterciopelada envidiable. Era elegante y distinguida, muy distinta a las demás mujeres que yo conocía. Más que caminar, de lo erguida que iba, parecía flotar. Era fascinante. Tuve una conexión especial con ella desde el primer momento en que la conocí. Debo tener algunas fotografías

por ahí guardadas, ya te las enseñaré algún día.

»Corinne se enamoró en París de un catalán que había ido de visita a sacar fotografías de la ciudad. Él tenía alquilado el piso de enfrente de donde por aquel entonces vivíamos tu abuelo y yo, cerca de la Sagrada Familia. Corinne venía casi cada fin de semana a Barcelona hasta que Josep se cansó y la dejó por otra, una artista que actuaba los viernes en un espectáculo del teatro Apolo. El amor solo les duró unos pocos meses. La francesa, que a sus treinta y un años decía que ya se iba a quedar para vestir santos, regresó con pena a su librería de París y no vino más a Barcelona, pero nunca perdimos el contacto y nos apreciamos mucho. Ojalá algún día volvamos a vernos, aunque solo sea para despedirnos. A mis ochenta años y a sus ochenta y ocho, nunca se sabe, mi niña. El caso es que desde hace años, cuando se vio cansada para seguir trabajando, Corinne presta su librería a amantes de los libros y futuros escritores como tú. A quien quiera trabajar y vivir en Le club de minuit a cambio de un diez por ciento de las ventas. Eso sí, durante un tiempo limitado: dos meses. Según me cuenta Corinne, hay quienes no duran ni un solo día pese a no tener gastos, ya que hay dispuesta una pequeña habitación, la misma que usaba su padre para alojar a los jóvenes y no tan jóvenes que llegaban sin nada a París, y así no tener que alquilar una vivienda. En esa zona son muy caras. ¿Qué te parece? ¿Te interesa? ¿Las clases de francés sirvieron de algo, mi niña?

II

París, mayo de 2018

LA CIUDAD DE LA LUZ

Y la catedral no era solo su compañera, era el universo; mejor dicho, era la Naturaleza en sí misma. Él nunca soñó que había otros setos que las vidrieras en continua floración; otra sombra que la del follaje de piedra siempre en ciernes, lleno de pájaros en los matorrales de los capiteles sajones; otras montañas que las colosales torres de la iglesia; u otros océanos que París rugiendo bajo sus pies.^[3]

Lo primero que hice cuando el taxi me dejó en el 37 de la Rue de la Bûcherie, fue sentarme a la sombra del toldo rojo del restaurante que llevaba el mismo nombre que la calle. Le pedí al camarero un cruasán y una taza grande de café, la merienda perfecta en París según la abuela, aunque ella nunca estuvo en la ciudad de la luz.

Rodeada de multitud de gente anónima, la mayoría turistas que caminaban en direcciones opuestas, esquivándose y mirando sus teléfonos, contemplé con fascinación la calle.

La vitalidad que poseía París me enamoró al instante. Con una calzada más amplia para transeúntes que la empedrada para coches, el ruido del tráfico a esas horas de la tarde provenía de la Quai de Montebello, al otro lado de la plazoleta arbolada, donde un pintor de acuarelas, sentado en la escalinata, dibujaba y sonreía a quienes se detenían a mirar sus trabajos. La Catedral de Notre Dame, uno de los edificios más antiguos y señeros de estilo Gótico de cuantos se construyeron en la ciudad, se encontraba cruzando la avenida, a tan solo unos metros aunque, desde la Rue de la Bûcherie, no podía verla. Los amantes de la literatura ya conocerán la obra que Víctor Hugo escribió en 1831, durante el Romanticismo. *Nuestra Señora de París* situaba los acontecimientos en la Catedral durante la Edad Media. La historia hablaba

de Quasimodo, que se enamoró de una gitana llamada Esmeralda. En aquel momento de incertidumbre me hubiera gustado ver La Catedral de Notre Dame para admirarla con los ojos de Víctor Hugo.

La Rue de la Bûcherie parecía un mundo aparte oculto en la gran ciudad. De ella destacaba una librería, mi próximo hogar, y las terrazas de unos restaurantes que conservaban la memoria de todas aquellas personas que se habían detenido un momento a descansar y a disfrutar de la gastronomía parisina. La callecita de cuento quedaba en medio de la concurrida Rue do Petit Pont y la Rue Saint-Julien le Pauvre, con un lado de la acera ocupado por el parque René Viviani, poseedor orgulloso del árbol más viejo de París: una falsa acacia plantada en 1601.

Si te adentrabas en las callejuelas de atrás y te perdías por las estrechas aceras adoquinadas con tintes de la época medieval, lograbas sumergirte, con un poco de imaginación, en un cuento fabuloso de Charles Dickens.

LA LIBRERÍA

La vida es eso que sucede lejos de lo que soñamos.

Cuando terminé de merendar, respiré hondo y me puse en pie. Pagué la cuenta y me dirigí hasta la librería Le club de minuit, a tan solo cinco pasos que conté como si temiera enfrentarme al ansiado momento de cruzar la puerta. La había observado con el rabillo del ojo cuando bajé del taxi, pero no me percaté de lo especial que era hasta ese instante en el que me quedé quieta frente a la entrada acristalada con bordes recubiertos de madera vieja pintada de verde, el color de la esperanza.

A esas horas de la tarde apenas entraba luz natural a la librería, por lo que desprendía una luz anaranjada procedente de las lámparas que se intuían en su interior. El rótulo era de color ocre y sobre él destacaban unas grandes y estilizadas letras en mayúscula que daban nombre al lugar. En el centro, después de la palabra «club», había una fotografía en blanco y negro incrustada, pero apenas se veía con detalle cómo eran los rostros de las personas congregadas alrededor de una mesa, cada uno de ellos con un libro bajo el brazo.

Desde el exterior se veían cientos de libros amontonados y polvorientos. Tomos viejos que trataban de hacerse un hueco en los estantes oscuros que revestían las paredes azules. La combinación de colores resultaba estrafalaria y encantadora al mismo tiempo. Tras el mostrador, una anciana muy delgada de cabello reluciente como la plata, largo y ondulado, vestida con un jersey negro de cuello alto, me miró con curiosidad. Levantó la mano y me saludó, invitándome a entrar.

Avancé hacia la librería con el corazón desbocado sin saber por qué estaba tan nerviosa. Por qué me sentía así de insegura y torpe. Arrastré conmigo mi equipaje y, nada más poner un pie en el interior, me dejé embriagar por el olor a papel ancestral, a polvo y magia. Daba la sensación de que cualquier cosa, por muy insólita que pareciera, pudiera ocurrir entre esas cuatro paredes. La librería me inspiró la misma sensación que la de una mañana de Navidad, como si se tratara de una enorme caja llena de preciosos libros. Me inundó una inexplicable sensación de paz al mirar a mi alrededor y los latidos de mi corazón fueron ralentizándose. Seguidamente, contemplé los ojos azules de la anciana que me escudriñaban con atención. El color translúcido de su mirada le otorgaba un talante frío y distante contrario al que dejaba entrever cuando sonreía, aunque no podía decirse que Corinne Whitman fuera una persona muy expresiva. Parecía esforzarse por contener sus emociones. Tenía los labios finos, la tez blanca como la nieve, pómulos altos y mejillas hundidas y arrugadas. La nariz aguileña le otorgaba personalidad y distinción. Debió ser una mujer guapa hace años, de esas que al pasear por la calle llaman la atención y no son conscientes de lo mucho que cautivan a los desconocidos. A Corinne, ocho años mayor que la abuela, aunque en apariencia muchos menos, el paso del tiempo le había regalado un atractivo diferente por el que cabía la posibilidad de que la gente la continuara mirando: el de la curiosidad por su pasado. Por saber quién fue o qué espera de la vida después de ochenta y ocho años de historia a sus espaldas. Me sorprendió que conservara una figura alta y armoniosa a tan avanzada edad. Pensé que en otros tiempos debió ser bailarina o que llevaba una vida activa muy diferente a la de la abuela, que se pasaba el día sentada en un butacón de los años setenta tejiendo y viendo la televisión.

—Natalia —saludó, apoyando la mano en mi hombro y acercando cariñosamente su mejilla contra la mía para darme tres besos—. Es un placer conocerte. Disculpa mi español, hace mucho tiempo que no lo practico —añadió con acento francés.

—Señora Whitman, es un placer conocerla. Mi abuela me ha hablado mucho de usted.

—¡Tutéame, por favor! —rio jovial—. Todas somos eternamente jóvenes hasta que encontramos a alguien que nos llama «señora».

—Como prefieras, Corinne —sonreí.

—¿Cómo está tu abuela? Hablé hace dos días con ella y parecía feliz.

—Sí, está muy bien.

—Cuánto me alegra. Ojalá nos volvamos a ver algún día —comentó distraída.

—Ella dice lo mismo. Corinne, es una librería preciosa —la halagué, mirando a mi alrededor.

—Y muy especial —aseguró, asintiendo lentamente sin dejar de mirarme—. Tu abuela te habrá contado la historia.

—Más o menos.

—Todo esto que ves era el universo de mi padre. Por desgracia, rompí la promesa que le hice; Le club de minuit no ha pasado de generación en generación. Por eso, mientras viva, seguirá abierta. Minuciosamente selecciono yo misma a las personas que viven y trabajan aquí durante dos meses.

—Si no es mucha indiscreción, Corinne, ¿por qué dos meses?

—Porque son suficientes —contestó severamente, como si mi pregunta le hubiera molestado.

En silencio, me dio la espalda y, erguida, echó a andar hacia delante con la intención de enseñarme cada rincón de la librería. La abuela tenía razón. Corinne Whitman no caminaba, flotaba. Su manera de moverse era etérea, muy singular.

Dejamos atrás el mostrador que aún conservaba una caja registradora de principios del siglo XX, y cruzamos el pasillo. Pese a ser estrecho, lo habían sabido aprovechar muy bien: a ambos lados, tal y como se veía nada más entrar por la puerta, las estanterías repletas de libros cubrían las paredes. Al llegar al final, entramos en una amplia sala con forma de hexágono; en el centro había un sofá de terciopelo rojo y dos butacas orejeras, una verde y la otra marrón.

—A la gente le gusta sentarse aquí a leer. Evadirse del mundo real

durante un rato —comentó reflexiva.

La estancia, oculta para los rezagados que no se adentraban en las profundidades de la selecta Le club de minuit, estaba inundada de detalles variopintos dignos de cualquier museo con historias de otras épocas encerradas en sus muros. Sobre un escritorio secreter de nogal macizo había cartapacios, un tintero y una araña de vidrio como pisapapeles. Una vitrina de cristal, ubicada en una esquina, presumía de seres mitológicos en miniatura: unicornios, hadas y duendes que convivían en armonía con pergaminos amarillentos en perfecto estado de conservación.

Las paredes azules y desquebrajadas estaban ocupadas por las estanterías donde habitaban clásicos de la literatura de los siglos XVIII, XIX y principios del siglo XX. No me pareció distinguir ningún libro posterior a 1940.

—No encontrarás novelas actuales —señaló la anciana leyendo mis pensamientos.

Los ejemplares que estaban colocados arriba del todo, casi rozando el techo, podían alcanzarse gracias a una escalera de caracol protegida por una barandilla negra de hierro forjadoafiligranada con rosas y motivos vegetales.

Alcé la vista hacia el techo, del mismo tono azulado que las paredes. Las vistas eran maravillosas. Desde lo alto, nos devolvían la mirada unos querubines sonrientes acomodados en las nubes y, a su alrededor, como si hubieran sido pintadas por otras manos, unas mariposas completaban el fresco que simulaba un colorido e idílico cielo.

—Fue pintado a lo largo de 1920. Puede que necesite algún arreglo, pero prefiero dejarlo tal y como está. Es mi manera de rendirle homenaje a mi padre.

—Entiendo.

—Ven, acompáñame.

Corinne se dirigió hasta el final de la sala donde, tras cruzar un arco, nos situamos en un minúsculo pasillo en el que apenas cabíamos las dos. Al fondo, había una puerta de madera desgastada con un cartel de latón colgado

en el que se leía: *Tumbleweeds*. El cerrojo era tan antiguo, que la llave de hierro que la anciana extrajo del bolsillo de su pantalón holgado me pareció la más grande que había visto nunca.

La puerta se entreabrió quejumbrosa, como la losa de un sepulcro, y la estancia parecía hundirse en las tinieblas. Se asomaron sombras mudas, indefinidas, al fondo del cuarto. No había ni una sola ventana. El ambiente hedía a cerrado.

La amiga de la abuela encendió una luz tenue, como la que conferían las lámparas de araña en el resto de la librería, y me mostró lo que se convertiría, a partir de ese momento, en mi hogar.

—¿Qué significado tiene *Tumbleweeds*?

—Así llamaba mi padre a aquellos viajeros, ávidos lectores y escritores, a los que dejaba alojarse aquí. ¿Has estado alguna vez en el desierto? —Negué con la cabeza—. ¿Habrás visto alguna película del oeste?

—Alguna... —titubeé.

—*Tumbleweeds* son esas malas hierbas hechas un ovillo que van rodando por el desierto. Mi padre decía que todos los que venían aquí eran como esas hierbas.

—¿Por qué? —me interesé.

—Después de dar tumbos por la vida llegaban hasta aquí heridos, con alguna marca de guerra en el corazón o en la memoria. Tenían la necesidad de centrarse y sentirse útiles en un sitio que les transmitiera paz y calma y que no les hiciera seguir rodando aunque terminasen yéndose y eligiendo otro lugar. Porque este, Natalia, nunca es el destino final de nadie. Bueno... —vaciló, poniendo los brazos en jarra—. No tiene grandes lujos —empezó a explicar, caminando con cuidado sobre el entarimado del suelo cubierto por un manto impecable de polvo, que crujía a cada paso que daba—, pero hay una nevera y un fogón que funciona, una buena cama, televisor y un cuarto de baño con ducha. ¿Te parece bien?

Asentí fijándome en cada detalle. Las paredes eran de cemento, como si nadie se hubiera esforzado en embellecer la estancia. A la izquierda había una minúscula cocina con un solo cajón y un fogón; al lado, una puerta

que deduje que conducía al susodicho cuarto de baño. Frente a mis ojos se hallaba una mesa auxiliar con un televisor de pantalla de tubo; a la derecha, un armario y una cama de matrimonio con mantas marrones y unas sábanas blancas dobladas encima del colchón. A los pies de la cama había otra puerta que suscitó mi interés.

—¿Qué hay detrás de esa puerta? —quise saber, curiosa, mirando la puerta fijamente.

—Nada, solo un trastero viejo e inservible —se apresuró en contestar Corinne.

Me quedé mirando la puerta como si no existiera nada más que ese trozo de madera vieja.

Un súbito escalofrío recorrió mi espalda al fijarme en el detalle de un reloj tallado en lo alto del quicio. La hora señalada era la medianoche.

6

CUIDADO CON LOS FANTASMAS

Hay cuerdas en el corazón humano que sería mejor no hacerlas vibrar. [\[4\]](#)

Dejé mi maleta a los pies de la cama, frente a la puerta que había despertado mi curiosidad. Corinne, en silencio, me miró con una sonrisa que endulzaba sus rasgos, me tendió la llave y, con un gesto amable, me indicó que volviéramos a la librería.

Ella delante y yo detrás, esperaba que al situarse en el mostrador me entregara un contrato o algo por el estilo, pero se limitó a sacar dos llaves más, la del candado de la persiana y la de la puerta de la entrada. Me las tendió para que las cogiera y, con ese aire imperturbable que desprendía, empezó a hablar:

—Abrirás de lunes a sábado. Los domingos serás libre. El horario es de diez de la mañana a dos de la tarde y de cuatro a nueve. No es necesario que pagues alquiler ni gastos, pero guarda bien los recibos. Me llevo un diez por ciento de las ventas y te las cobraré cuando finalicen los dos meses. Mantén la librería cuidada y limpia. Lee. Lee mucho, todos los libros que puedas. Sonríe siempre y sé amable con todas las personas que entren, aunque no compren nada. Y escribe, como mínimo, treinta minutos al día. Mi padre tenía otras condiciones; estas son las mías.

—De acuerdo —acepté gustosamente—. Y, bueno, como curiosidad, quería saber si viene mucha gente a solicitar este trabajo. Las condiciones son buenas y este lugar es fascinante.

—Los últimos duraron solo un día —contestó fríamente.

—¿Puedo saber por qué?

—La única persona que duró los dos meses acordados fue un famoso escritor suizo. Vino hace siete años, en 2011, cuando aún no era nadie, y ha sido de los pocos que ha aguantado en Le club de Minuit los sesenta días enteros. El lugar le inspiró para la creación de una novela que ha tenido mucho éxito. De hecho, es mundialmente conocida y creo que han terminado de rodar la película.

—¿De quién se trata?

—No puedo decirlo —negó cortante—. Espero que la fama no lo haya cambiado. Era un buen chico y se amoldó bien a este lugar —comentó distraída mirando a su alrededor—. Cada mañana —añadió, cambiando drásticamente de tema—, sacarás a la calle ese mueble que ves ahí. —Señaló un mueble viejo sostenido por unas patas de hierro—. Seleccionarás los libros que desees exponer en la acera, justo debajo de la ventana, y dejarás que la gente se acomode en el banco de piedra a leer.

—Vale. ¿Hay alguna lista de precios?

—El precio está detrás de cada libro, aunque los que selecciones para que estén en la calle solo costarán dos euros.

—¿Dos euros? —me sorprendí.

—Sí. Dos euros —repitió—. ¿Has visto la pizarra vertical que hay en la esquina? —Asentí por inercia. En realidad no me había fijado—. Hay tizas aquí, en este cajón del mostrador —señaló—. Cada mañana, al abrir, escribirás un poema en la pizarra. Me da igual que sea en castellano, aunque mejor si es en francés o en inglés.

—Un poema... Ajá.

—¿Te parece bien? ¿Cuál es tu poeta preferido?

—No leo mucha poesía —confesé, arrepintiéndome en el acto por la mirada inquisidora que me dedicó—. Bécquer, Neruda, Machado...

—Esa es la respuesta de quien no sabe de poesía —me interrumpió—. Descansa, Natalia. Tengo la sensación de que este lugar te va a cambiar la

vida —auguró misteriosamente.

Me guiñó un ojo y me dio una palmadita en la espalda. ¿Eso era todo? ¿Así de fácil? ¿Me dejaba al frente de su negocio durante dos meses confiando ciegamente en mí?

—En la nevera te he dejado comida para un par de días. Hay un colmado en el número 7 de la Rue Saint-Jacques. Se llama Delice Market y la fruta es deliciosa. Yo vivo cerca, en el primer piso del 10 de la Rue Saint-Julien le Pauvre, a la vuelta de la esquina. No suelo venir mucho por aquí, pero ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias.

Se llevó la mano al bolsillo del pantalón y sacó un sofisticado iPhone 7 plus, dejando escapar un suspiro al mirar la pantalla. Me sorprendió que lo supiera manejar tan bien; la abuela apenas lograba entender el Nokia de la Edad de Piedra con teclas gigantescas para ver bien los números.

—Tengo que irme —sonrió, llevándose el móvil a la oreja—. Ah, Natalia... —Ya en la puerta, con un pie en la calle, se dio media vuelta para mirarme y murmuró—: Cuidado con los fantasmas.

De nuevo, me invadió un escalofrío cuando me dejó sola con todos esos libros ansiosos por ser descubiertos. No, no había duda alguna de que ese lugar era especial. Como si cada persona hubiera dejado su huella y su energía impregnada en las paredes.

¿Había dicho fantasmas?

Me situé detrás del mostrador y, a través de la ventana que daba a la calle, observé a Corinne, que aún no se había ido. Situada junto al árbol cuyas ramas sostenían un alumbrado de bombillas que llegaban hasta la pared del restaurante Le Petit Châletet, hablaba por teléfono con el ceño fruncido y la mirada fija en mí. Desde pequeña, puse en práctica mis habilidades para leer los labios por pura diversión. Así fue como supe, devolviéndole la mirada a la pretenciosa señora Whitman, que lo último que le dijo a su interlocutor o interlocutora antes de colgar e irse, fue: «*C'est elle*».

«Es ella».

LE CLUB DE MINUIT

Un alma triste suele estar despierta después de medianoche.

En la nevera había un bistec con buen aspecto, piezas de fruta, lechuga, tomates, yogures y leche. Tras unos segundos de reflexión en los que intenté adaptarme a la penumbra del pequeño y deprimente espacio, guardé mi ropa en el ropero. Seguidamente, cogí la única sartén que encontré en el armario de la cocina, encendí el fuego con una cerilla de los años 90 que milagrosamente aún funcionaba, y cociné el bistec rezando para que los conductos de ventilación no fallaran. En cuestión de segundos la habitación se llenó de humo, así que, antes de morir asfixiada, abrí la puerta y decidí que el mejor sitio para cenar era el sofá de terciopelo rojo de la sala hexagonal. Con cuidado de no manchar nada, como si estuviera en una casa ajena, coloqué el plato sobre mis rodillas.

Terminé de comer con la misma desgana con la que empecé.

—Esto no es como me lo había imaginado —murmuré, atormentada por la soledad.

Quería ser libre y ya lo era, solo que no tenía a nadie a mi lado que pudiera verlo. ¿Y no consiste en eso la libertad? ¿En no tener que rendir cuentas? ¿En no tener que demostrar nada? ¿En la valentía de asumir los riesgos que sabes que existen cuando tomas una decisión?

En el silencio sepulcral de la librería, sintiéndome observada y juzgada por los querubines del fresco del techo, creé un universo paralelo en

el que no había cancelado la boda con Mateo y mi madre no se había enfadado conmigo. Eran las diez de la noche y, seguramente, estaríamos sentados en el sofá viendo una serie o una película, no sé. Puede que yo estuviera leyendo mientras él seleccionaba a los modelos que quería que asistieran a su próximo casting. También era probable que me hubiera ido a dormir antes que él o que llevara dos horas hablando por teléfono con la abuela. En realidad no importaba qué era lo que «mi otro yo» pudiera estar haciendo en ese universo paralelo inexistente. Lo surrealista de todo era que, aunque ya no me imaginaba compartiendo una rutina que se había vuelto insulsa con Mateo, el hecho de no tenerlo conmigo me angustiaba porque, por primera vez, lo echaba de menos. Es cierta la frase de una canción que dice: «Cuidado con echar de menos lo que antes echabas de más». O la más conocida: «No valoramos lo que tenemos hasta que lo perdemos». ¿Y qué había perdido? ¿Qué había ganado? Aún no lo sabía. Era demasiado pronto para averiguarlo. Aquella maldita mañana en la que mi cerebro sufrió un cortocircuito, cuando Mateo aún dormía y tomé la decisión de asumir riesgos, estar sola, cancelar la boda, tomarnos un descanso o dejarlo para siempre, no imaginé que en algún punto de esa transición lo necesitaría a mi lado. Lo que creía desear me estaba dejando vacía pese a llevar apenas unas horas en esa nueva vida.

¿Adónde iría después? ¿Cuál sería mi próximo destino? ¿Soportaría trabajar en la librería dos meses o abandonaría antes del tiempo acordado como hicieron otros antes que yo?

Dejé el plato vacío sobre el antiguo escritorio secreter de nogal macizo. Lo contemplé durante unos segundos pensando que sería un lugar estupendo para empezar a escribir esa novela que tenía pendiente desde hacía años. Luego, despacio, como si el suelo que pisaba pudiera hundirse bajo mis pies, me dirigí hasta una de las estanterías y, en lugar de coger alguno de los libros de abajo, enfilé por la escalera de caracol con la intención de descubrir un tesoro oculto entre los cientos de *abandonados* que aguardaban con paciencia su oportunidad. Eran esos libros centenarios que soportaban con dignidad el polvo acumulado, los que no desistían aun sabiendo que los de los estantes inferiores tenían más puntos a su favor para encontrar antes un nuevo

hogar. Cervantes decía que en algún lugar de un libro hay una frase esperándonos para darle sentido a nuestra existencia. Busqué con delirio ese libro que me hiciera comprender el motivo por el que estaba ahí, pero en ese momento, quizá porque estaba demasiado decepcionada conmigo misma, no lo encontré entre los autores que figuraban en la lista de los desamparados: Goethe, Jane Austen, Mary Shelley, Herman Melville, Julio Verne...

—Puede que otro día —me disculpé en voz alta, como si las obras, de letras doradas y cubiertas rugosas en tonos ocres, tuvieran vida propia y pudieran sentirse ofendidas.

Al bajar las escaleras, cayó una fotografía del último estante que había estado mirando. Danzó por el espacio durante unos segundos hasta caer al suelo, de donde la recogí con cuidado por miedo a que sus bordes gastados pudieran despedazarse. Lo primero que vi fue el dorso.

Con una caligrafía cuidada, esbelta y alargada, alguien había escrito en la esquina inferior derecha:

Le club de minuit, 1920

Desde siempre me ha fascinado el descubrimiento de fotografías antiguas. Da la sensación de que cada una de ellas encierra una historia que ha quedado atrapada en el tiempo. Con curiosidad, di la vuelta a la fotografía en blanco y negro sin dar crédito a lo que estaba viendo. Gotitas de sudor empaparon mi frente y un nudo atenazando mi garganta me impidió emitir un chillido debido al susto que me llevé. Sentí un temblor en las rodillas que me dejó inmóvil. La estampa que tenía delante me recordó a la que con dificultad vi en el rótulo de la librería. Podía ser la misma. Tal vez solo se le parecía. Alrededor de una mesa de madera redonda había cinco personas con un libro bajo el brazo. Dos hombres y tres mujeres miraban sonrientes a la cámara que los inmortalizó. Todos iban vestidos de época salvo una de las mujeres. Ella era diferente al resto. Vestía unos tejanos como los que yo tenía puestos en ese momento y una camiseta de manga corta de color vino que había doblado y guardado en el armario hacía unas horas. Esa mujer que me devolvía la mirada desde principios del siglo XX tenía la misma melena castaña que yo. Los

mismos ojos color miel y pecas sobre la nariz chata y respingona. Su sonrisa era exactamente igual que la mía, claro, porque esa mujer retratada junto a un club de lectura en diciembre de 1920, un mes antes de que George Whitman abriera la librería Le club de minuit, era yo.

Aturdida, saqué el móvil e hice una fotografía sujetando la antigua con la mano temblorosa. Solo así, volviendo a capturar la imagen con otro objetivo más moderno que el de la época, lo hacía más real y verosímil. Aun así, no tenía sentido. No era posible que yo estuviera ahí, junto a personas que debían estar criando malvas desde hacía décadas.

Mi móvil tampoco mintió cuando me devolvió la imagen en blanco y negro de mí misma. Con los dedos sobre la pantalla táctil, me acerqué lo máximo que pude a la que parecía mi cara. Estaba desesperada por encontrar alguna diferencia, algún detalle en el que no me reconociera, pero no lo hallé. Era yo. Y, por la sonrisa que dejaba entrever, parecía feliz. Entonces, visualicé el movimiento de labios de Corinne diciéndole a alguien en francés: «Es ella».

«¿Quién soy?», me pregunté trastocada, sin poder dejar de mirar al curioso grupo Le club de minuit de 1920.

LAS VOCES QUE SUSURRABAN

Avec le temps, va, tout s'en va... On oublie les passions et l'on oublie les voix qui vous disaient tout bas les mots des pauvres gens: ne rentre pas trop tard, surtout ne prends pas froid.^[5]

Al abrir los ojos tardé un buen rato en ubicarme. Pese a lo mucho que me costó conciliar el sueño, no recordaba haber dormido tan bien en toda mi vida. Me sentía relajada. En mis sueños se me aparecieron las caras de los dos hombres y las dos mujeres de la fotografía que cayó del estante la noche anterior. Me susurraban palabras en francés confusas, algo que podría haber provocado que fuera un sueño intranquilo, pero nada más lejos de la realidad. Cuando desperté, tuve la sensación de que no me habían provocado pesadillas o inquietud, sino todo lo contrario. Fue un sueño agradable. Mi pensamiento racional trataba de encontrar una respuesta coherente al tema de haberme visto a mí misma en la fotografía antigua. ¿Acaso existe algo más raro? Podían haber parecidos, claro estaba, pero, aunque a simple vista era una locura, no podía tratarse de una coincidencia. Llevaba puesta la misma ropa que tenía yo. Una camiseta que ni siquiera había estrenado todavía.

Me tranquilicé un poco cuando le eché otro vistazo a la foto y, seguidamente, comprobé que seguía en la galería de mi móvil. No era una alucinación fruto de la extravagancia del lugar. Se la mandé por wasap a Mateo, como si fuera la única persona en el mundo que pudiera encontrar una explicación lógica. Quería que me dijera algo tranquilizador cuanto antes. Llegué a pensar que veía lo que quería ver, que en realidad no era yo la que

ocupaba ese espacio en la fotografía, sino otra mujer vestida de época como el resto y, en ese caso, Mateo me lo diría.

Aún faltaban dos horas para abrir Le club de minuit, así que, con tranquilidad, me di una ducha y fui a desayunar al restaurante de al lado, Le Petit Châlet. Me entretuve leyendo el periódico y practicando mi francés con el camarero.

—En la librería entra mucha gente, sobre todo turistas, pero me sabe mal decirte que compran muy poco. La mayoría entra por su encanto y para tener una fotografía que subir a Instagram—rio, encogiéndose de hombros.

—Bueno, espero vender algo.

—Los clásicos ya no interesan a nadie. —«Eso no es verdad», quise contradecirle—. Aquí siempre hemos dicho que se forraría si vendiera novela comercial y actual —añadió—, pero la propietaria es un poco extraña. Supongo que la conociste ayer, cuando llegaste.

—Extraña —repetí pensativa—. ¿En qué sentido?

—Como si fuera un fantasma. No me estoy metiendo con la señora ni nada por el estilo, Dios me libre, pero las veces que ha entrado parece que levite de tan erguida que va. Nunca saluda. Nunca sonrío. No habla. Pide un café americano, se sienta a la mesa que hay junto a la ventana, lo toma, paga la cuenta y, silenciosamente, se marcha sin que ni siquiera nos demos cuenta de que ya no está.

Le ofrecí una sonrisa tan tirante como una goma elástica. No sabía el porqué, pero me incomodaba que hablasen de esa manera de Corinne, aunque reconocía para mis adentros que la mujer tenía sus extrañezas. Afortunadamente, entraron clientes a desayunar, por lo que el camarero dejó de hablar conmigo, y se puso a trabajar. Como aún era pronto, perdí el tiempo viendo cómo les iba la vida a mis amigos a través de las redes sociales, mientras esperaba una respuesta de Mateo que no terminaba de llegar.

A las nueve y media de la mañana, con un temblor recorriendo todo

mi cuerpo de lo nerviosa que estaba, abrí la persiana de la librería y, cumpliendo las órdenes de Corinne, saqué el viejo estante al exterior con unos libros seleccionados al azar.

«¿Y si alguien los roba y no me doy cuenta?», me ofusqué, mirando con pena los libros malvendidos a dos euros.

Minutos más tarde, con todo listo para abrir a las diez, me situé junto al árbol centenario, en el punto exacto donde la tarde anterior Corinne estuvo hablando por teléfono, y volví a mirar la fotografía incrustada en el rótulo de la librería. La comparé con la que tenía y sí, se trataba de la misma imagen, pero en la del letrero no estaba yo. Como si me hubieran borrado de ella. Hasta me parecía intuir un hueco en el que según la otra imagen, sí aparecía. Tras la palabra «club» había dos hombres y dos mujeres; ni rastro de mi cara sonriente y feliz junto a ellos.

Me estuve peleando con la caja registradora durante la primera hora de la mañana en la que no entró nadie. Era toda una reliquia difícil de manejar, también ruidosa e incómoda, aunque cuando le pillabas el truco no era tan difícil.

A las once, estuve entretenida gracias a una avalancha de turistas que, tal y como me había advertido el camarero, no compraron ni un solo libro —apenas les prestaron atención—, pero miraban el lugar como si se encontraran en el interior de la Capilla Sixtina. Se hicieron multitud de selfis.

Comprobé que en Instagram, tecleando en el buscador el hashtag #LeClubDeMinuit, aparecían miles de fotografías de todo tipo y desde diferentes ángulos, que mostraban los encantos de la librería de la que, por lo visto, debía sentirme orgullosa pese a que las ventas brillaran por su ausencia.

La mañana se me hizo eterna. Llamé a mi madre, pero no me cogió el teléfono. Tampoco contestó mi wasap, y Mateo había abierto la fotografía, me salían las dos líneas azules que así me lo indicaban, pero quise pensar que no había tenido tiempo de escribirme. O puede que se hubiera dado cuenta de que

sin mí estaba mejor, así, de repente, de un día para otro como me ocurrió a mí con él. Suele pasar. No es tan raro.

Sin clientes a los que atender, fui hasta la habitación a buscar mi ordenador con la intención de ponerme a escribir tras el mostrador. «Escribe, como mínimo, treinta minutos cada día». Era una de las condiciones de la anciana Corinne Whitman, pero ¿cómo iba a enterarse si no hacía acto de presencia? ¿Me obligaría a enseñarle lo que había escrito antes de irme?

Agucé el oído por si sonaba la campanita de la entrada. Que algún transeúnte robara los libros que había en la calle ya no me preocupaba tanto. No estaba en el Raval de Barcelona, sino en una callecita encantadora del quinto distrito de París en el que no solo los edificios parecían de cuento, también las personas, como si nada malo pudiera ocurrirles, como si no anidaran en ellos pensamientos turbios, y la palabra «robar» no existiera en el diccionario.

De vuelta al mostrador, corriendo con el ordenador bajo el brazo, me topé con un hombre de ojos verdes que me resultó familiar. Saludó con una sonrisa y, en silencio y confiado, como si conociera el lugar, se alejó en dirección a la sala hexagonal. «Sonríe siempre y sé amable», me había ordenado Corinne. Lentamente y forzando una sonrisa, me acerqué a él. Lo vi sentado en el sofá rojo centrado en una joya, la primera edición de 1926 de la obra de Hemingway: *The Torrents of Spring*^[6].

—¿Le puedo ayudar en algo? —ofrecí solícita.

El hombre tardó un par de segundos en levantar la vista y, con el entrecejo fruncido, espetó:

—La pizarra. No has escrito un poema en la pizarra.

¡El poema! El mueble en la calle frente a la ventana con la selección de libros a dos euros y escribir un poema en la pizarra vertical ubicada en la esquina, a la derecha.

—¿Alguna sugerencia?

No contestó. Sonrió —tenía una sonrisa cautivadora—, se encogió de hombros, y volvió a centrarse en el estilo sobrio y minimalista de Hemingway.

Cogí una tiza blanca del cajón del mostrador, aproveché para encender el ordenador, y salí al exterior. Había mucha gente paseando, incluso ocupando el asfalto empedrado por donde circulaban pocos coches. Observaban con fascinación todo cuanto había a su alrededor, un paisaje que a mí ya me resultaba monótono pese al poco tiempo que llevaba ahí. Un día. Solo un día y parecía que había pasado un año. Las terrazas de los restaurantes estaban llenas gracias al sol cálido de la mañana. Había personas riendo, hablando... viviendo. Todos y cada uno de esos desconocidos vivían, mientras yo me había limitado, durante mucho tiempo, a respirar en el interior de una enclenque burbuja. Solo respirar. Entonces, me vino a la cabeza una estrofa del poema de Léo Ferré, el único que me sabía de memoria en francés: *Los susurros de la gente pobre*, lo llamaba yo, cuando en realidad su título es *Avec le temps. Con el tiempo*. Con el tiempo todo se va... «¿También el dolor y el sentimiento de culpa?», me pregunté, sintiéndome egoísta. No tenía derecho a estar triste al haber sido yo la que tomó la decisión de irse y dejarlo todo atrás. Sin embargo, ahí estaba, esforzándome por controlar las lágrimas, mientras dejaba que la tiza se deslizara por la pizarra desnuda para dar a conocer al mundo un cachito de pensamiento ajeno.

Dolor transformado en palabras.

Susurros de otras épocas floreciendo a través de la dulce memoria de los muertos.

EL LIBRO

Nunca escribas sobre un lugar hasta que estés lejos de él. [7]

Cuando volví a entrar en la librería tuve la sensación de que flotaba en el aire un olor diferente, dulzón. Como si un niño se hubiera dejado sus golosinas en algún rincón. Miré a mi alrededor, agradecida por el silencio y la calma, y me acordé del hombre que leía a Hemingway. Debía seguir ahí dentro. Caminé por el pasillo sin prisa, acariciando con las yemas de los dedos aquellos tomos que ocultaban mundos interminables por descubrir, cediendo al encanto susurrado de sus títulos, a las pieles encuadernadas, a los nombres de sus creadores impresos en letras doradas con el mismo aire fantasioso que sus personajes, como si ellos también dependieran de esos universos hechiceros que describían.

Al situarme bajo el arco, miré cada recoveco de la sala hexagonal. Estaba vacía. El libro de Hemingway reposaba abierto sobre el escritorio y no había ni rastro del hombre de ojos verdes. ¿Había salido? Juraría que no, aunque podría ser. Estaba tan concentrada escribiendo el poema en la pizarra para no cometer ninguna falta gramatical en francés, que podría haberse ido sin que me diera cuenta.

—No, no salió —dije para mí misma, caminando en dirección al escritorio.

Leí un párrafo en inglés de la novela de Hemingway: *The Torrents of Spring*. Era la página que el lector había dejado abierta.

«¡Ah! Esos propietarios de tabernas saben lo que se hacen. Saben cómo atraer al cliente. No era necesaria la publicidad de *Saturday Evening Post*. Lo mejor es probar. En aquello residía el truco. Entró.

Una vez franqueada la puerta de la taberna, Scripps O'Neill echó un vistazo a su alrededor. Había un largo mostrador. Había un reloj de pared. Había una puerta que comunicaba con la cocina. Había alguna pareja en las mesas. Había un montón de buñuelos bajo una campana de cristal. Había carteles por las paredes anunciando todo tipo de manjares. Pero, después de todo, ¿estaba realmente en la taberna de Brown?».

—¿Qué quiere decir esto?

Al pasar la página, volvieron los sudores fríos. En esa ocasión, fue tal el temblor de mis rodillas que caí. Caí al suelo por la fotografía que descubrí entre las hojas del libro, y la ira se apoderó de mí cuando creí que Corinne debía estar detrás de todo ese truco barato para volverme loca. Si no me quería en la librería y lo había hecho para hacerle un favor a la abuela, podía decírmelo. La aventura, viajar a París y tener una nueva rutina de vida no estaba resultando tan emocionante como había imaginado.

Pero ¿cuándo había posado de esa forma? Era yo, pero no me reconocía de ninguna fotografía que pudieran haberme hecho; ni siquiera había estrenado la camiseta de color vino, por lo que el montaje quedaba descartado. Tampoco tenía por costumbre posar tan sonriente. Casi siempre que un objetivo me capturaba era de manera improvisada, sin que me diera cuenta. Nunca me gustó el artificio de posar como lo hacía ahí, en un momento que no recordaba haber vivido y mucho menos abrazada a un desconocido al que había visto por primera vez hacía escasos minutos, sin caer en la cuenta que era el mismo hombre de la primera fotografía, la de *Le club de minuit, 1920*.

¿Qué estaba pasando?

¿De dónde habían sacado mi imagen para que un experto en Photoshop me incluyera en esas imágenes en blanco y negro para darles un aire antiguo? No tenía sentido. Mi enfado iba en aumento. En esa fotografía no eran los ojos de los integrantes de *Le club de minuit* los que me miraban. Solo aparecía el hombre de ojos verdes y sonrisa cautivadora con ropa anticuada y,

a su lado, yo. Le di la vuelta para ver qué había escrito en el reverso: «George y Natalie, diciembre de 1920».

La ira dio paso al llanto sin motivo aparente, sin razón. Lloré como nunca antes ignorando el móvil, que había sonado varias veces.

Cogí la fotografía, cerré el libro y lo devolví a su sitio, el único hueco que había en la estantería situada al lado del sofá.

Cuando le presté atención al móvil, vi que Mateo me había escrito un wasap en el que preguntaba:

MATEO_11:20

¿Qué significa esto?

¿Quién es toda esta gente?

—¿Quién es toda esta gente? —repetí, aprovechando el descanso de la hora de comer para ir a visitar a Corinne.

A las dos de la tarde, cerré la persiana y recorrí los pocos metros que había de distancia desde la librería hasta el número 10 de la Rue Saint-Julien le Pauvre, donde vivía la anciana. Alcé la vista hacia las dos ventanas del primer piso donde supuse que debía encontrarse. El edificio era angosto y, como casi todos los de la misma calle, tenía cuatro plantas con buhardillas asomándose en los tejados de pizarra. La puerta de madera azul, estrecha y descuidada, se encontraba encajonada entre dos locales: El restaurante Chez Lévêque, con la pintura en la fachada blanca de un monje de mirada inquietante encerrado en un marco ovalado, y Le Haut du Pavé, una tiendecita con postales, imanes, tazas de porcelana y todo tipo de atractivos para los turistas que quisieran llevarse un recuerdo de la ciudad.

Toqué al timbre. Corinne contestó a los dos minutos y se hizo de rogar antes de abrir la puerta de la entrada, lo cual me puso de peor humor.

Subí las escaleras de piedra hasta la primera planta; Corinne ya me esperaba en la puerta. Iba vestida igual que la tarde anterior, con el jersey negro de cuello de cisne y los pantalones holgados. Bajo la luz tenue del rellano parecía más mayor. Con los brazos en jarra y la mandíbula en tensión, me recibió fría y distante, sin tan siquiera invitarme a entrar.

—¿Puedo ayudarte en algo, Natalia? ¿Algún problema?

—¿Me dejas pasar? —pregunté, haciendo un esfuerzo por sonreír.

—Adelante —me permitió, sin mucho entusiasmo.

El piso de Corinne Whitman era luminoso y amplio. Tras cruzar el recibidor, tenías la sensación de haber viajado al pasado en el momento en que te recibía un fognazo de luz procedente de las ventanas del salón. La estancia, presidida por un gran reloj de pie de caoba y esfera dorada de números romanos, presumía de una decoración propia de principios del siglo XX, con una butaca de damasco rosa en el centro. La cocina quedaba arrinconada a la izquierda y en la pared de la derecha, usurpada por estanterías repletas de libros, había dos puertas de madera blancas que deduje que conducían al dormitorio y al cuarto de baño. La inexistencia de flores me hizo preguntarme por qué olía a jazmín.

La mujer, detrás de mí, me dio un toquecito en la espalda.

—¿Todo bien?

—Sí, pero...

No sabía ni por dónde empezar.

Observé el rostro inmutable de la anciana. Pese a saber contener muy bien sus emociones, se le notaba que algo la inquietaba. Bajé la mirada hasta el bolsillo de mi pantalón y extraje las dos fotografías que descubrí en Le club de minuit. Se las tendí y, al verlas, Corinne las recibió esbozando una sonrisa melancólica sin que le sorprendiera verme entre esas personas del pasado.

—¿Quiénes son? ¿Por qué aparezco en ellas?

—Le club de minuit un mes antes de que el lugar se convirtiera en una librería —murmuró—. Este de aquí es mi padre, George Whitman —dijo con orgullo, señalando al hombre de ojos verdes, el mismo que aparecía conmigo en la otra fotografía y que leía a Hemingway en el momento en que me recordó que debía escribir un poema en la pizarra de la calle—. Y estos son sus amigos del club de lectura de medianoche: Edmond Augier, Elie Leduc y Geneviève Pueyrredon. De los tres solo llegué a conocer a Edmond y fue tarde, en el funeral de mi padre en 1960 —recordó afligida—. Y en esta otra fotografía no hace falta decirte que vuelve a tratarse de mi padre, fundador de Le club de minuit. De ahí su nombre, por sus amigos del club de lectura de medianoche.

—Corinne, ¿qué hago yo en esas fotografías? —insistí.

—¿Cómo?

—Aquí —señalé—. Aparezco en medio de las dos mujeres y también en esta otra imagen, junto a tu padre. Estamos... estamos abrazados —balbuceé. Por más que me esforzaba en disimular, una ansiedad estridente se ocultaba dentro de cada palabra.

Corinne abrió los ojos, volvió a mirar las fotografías y luego, con el entrecejo fruncido y negando con la cabeza, se echó a reír.

—Natalia, en esta fotografía mi padre aparece solo y en la otra, querida, no estás. ¿Qué clase de locura es esa? ¿Cómo vas a aparecer en una fotografía de 1920?

—Pero yo...

Recordé lo que me había escrito Mateo: «¿Qué significa esto? ¿Quién es toda esta gente?». En ningún momento puso: «¿Qué haces tú ahí?».

—¿Dónde las has encontrado?

«Decirte que la del club de lectura cayó como por arte de magia de la estantería sería fácil. Pero es de locos confesar que tu padre ha entrado en la librería esta mañana y ha dejado la otra fotografía entre las páginas de un libro de Hemingway», me callé.

—Entre los libros —me limité a contestar.

—Entiendo —murmuró—. Entonces, si las encontraste entre los libros, pertenecen a la librería. Devuélvelas a su lugar.

Me entregó las fotografías. De nuevo en mis manos. No sabía si reír o llorar. Las miraba y me seguía viendo ahí, entre esas cuatro personas de un tiempo lejano a las que no conocía. Memorice sus nombres: George, Edmond, Elie y Geneviève.

—¿Algo más? —preguntó impaciente—. ¿Has comido?

—¿De verdad no aparezco en esas fotografías, Corinne?

—¿Cómo voy a verte en unas fotografías que datan de 1920? —preguntó molesta, como si le estuviera tomando el pelo.

—Cuando saliste de la librería me dijiste que tuviera cuidado con los fantasmas. Luego, en la calle, hablabas por teléfono y, mirándome, dijiste: «Es ella». Lo leí en tus labios.

—Fantasmas... —volvió a reír—. ¿Y qué lugar con historia no los tiene? —objetó—. De quien hay que temer es de los vivos, no de los muertos. Esos ya no pueden hacernos ningún daño. Sobre lo de hablar por teléfono y mirarte desde la calle, no sé a qué momento te refieres. Además, no tengo que darte explicaciones.

—Por supuesto que no, es solo que...

—Si me perdonas, tengo cosas que hacer —zanjó.

Con delicadeza, posó su mano en mi espalda y me llevó hasta el vestíbulo para, acto seguido, dedicarme una insulsa sonrisa y cerrarme la puerta. Si algo definía a Corinne Whitman era su carácter extraño y bipolar. En cuestión de segundos podía pasar de ser una anciana dulce y amable a un ogro de mirada inalcanzable y sonrisa falsa sin capacidad de empatía.

No sé durante cuántos minutos me quedé en el rellano con cara de idiota antes de respirar hondo, contener la rabia y contemplar, una vez más, las dos fotografías con las que estaba obsesionada. ¿Y si de veras no estaba en ellas y mi imaginación me estaba jugando una mala pasada?

Saqué el móvil y volví a escribirle un wasap a Mateo.

NATALIA_14:27

Mateo, aparezco en estas fotografías que te he enviado y datan de 1920. Estoy ahí y no lo entiendo. No sé cómo es posible.

La respuesta tardó muy poco en llegar:

MATEO_14:30

¿Qué locura es esa?

PARÍS ERA UNA FIESTA

Tú me perteneces y todo París me pertenece, y yo pertenezco a este cuaderno y a este lápiz. [\[8\]](#)

Habían pasado cinco días desde que llegué a París para trabajar en la rocambolesca librería, idea de la abuela, a la que le pareció un buen principio para encontrarme a mí misma y descubrir qué era lo que de verdad quería en la vida. Nadie me conocía tan bien como ella, así que le hice caso y ahí seguía, buscándome.

Por el bien de mi cordura, escondí las fotografías de 1920 en el cajón del mostrador, junto a la tiza que usaba cada mañana para escribir un poema en la pizarra de la calle. Cada vez que abría el cajón evitaba mirarlas. Seguían estando ahí, salvaguardando el recuerdo de las personas del pasado cuyos nombres se me aparecían en sueños cada noche.

Terminé convenciéndome de que mi imagen plasmada en las fotografías no era real. Ni Mateo ni Corinne me veían en ellas, por lo que la loca debía ser yo.

Cada mañana, tecleaba en Google: «Poemas en francés». Tras colocar los libros a dos euros en el mueble de la calle, me dirigía a la pizarra y escribía el primero que aparecía en el buscador.

Stéphane Mallarmé, Paul Verlaine, Théophile Gautier, Antonin Artaud y Gérard de Nerval fueron los protagonistas de los últimos días. Me gustaba ver una sonrisa en el rostro de las personas, turistas y parisienses, cuando se detenían a leer los poemas. Sin embargo, no servía como reclamo para que las ventas aumentaran, y aunque a veces la librería se llenaba de gente, casi nadie salía con un libro bajo el brazo. Solo había ganado cincuenta euros, diez euros al día, así que no conseguía entender cómo era posible que Corinne conservara vivo un negocio que no daba beneficios.

Observaba muy bien a la gente que entraba, por si entre ellos se colaba George Whitman, el hombre de misteriosos ojos verdes que apareció por la puerta y no volvió a salir. Se esfumó, así de simple, pero antes dejó sobre el escritorio la prueba tangible de que estuvo ahí.

«Cuidado con los fantasmas», me repetía cada noche, antes de apagar la luz. Cada vez temía menos la oscuridad del lugar. El segundo día, cuando fui a visitar a Corinne, pensé en irme y buscarme la vida de otra manera en la ciudad, pero finalmente decidí seguir en Le club de minuit, porque presentía que algo maravilloso me esperaba a la vuelta de la esquina.

Aquel momento que no ansías ni esperas porque jamás te has planteado que pueda ocurrir, ocurre cuando de verdad estás preparado para admitir que la magia existe y que si crees en ella, quizá la suerte se te presente y te dé la mano. A mí se me presentó la medianoche del nueve de mayo, cuando me quedé hasta tarde leyendo *Gabrielle de Bergerac*, de Henry James, en una edición nueva de la editorial Impedimenta.

«Página 72:

- ¿Acaso no piensa que todo en este mundo es efímero, vano, transitorio?
- De ningún modo. Creo que algunas cosas permanecen.
- ¿Qué cosas, por ejemplo?

—Bueno, los sentimientos y las pasiones.

—Claro, sin duda. Pero no los corazones que albergan esos sentimientos. Mueren los amantes, pero el amor sobrevive. Se lo he oído decir a un caballero, en Chalais.

—Más vale que sea así, y no al revés. Sin embargo, también los amantes perduran. Sobreviven a cosas que bien podrían destruirlos: la indiferencia, el rechazo, el desconsuelo...

—En cualquier caso, el objeto amado desaparece. Cuando no es uno, es el otro.

—De acuerdo, admito que el mundo es cambiante. Pero tengo mis ideas al respecto...

—Estoy intrigada por conocer esas ideas».

Yo también estaba intrigada respecto a las ideas que el *chevalier* le confesaría en la siguiente página a la señorita de Bergerac, pero frené en seco la lectura cuando unas voces entusiastas aparecieron de la nada, al otro lado de la pared, en el instante en que el reloj marcó la medianoche.

Dejé el libro sobre la cama y pegué la oreja contra el frío cemento del muro. Quería estar segura de que los murmullos que escuchaba eran reales y no fruto de una enajenación mental. Las voces de dos hombres y de dos mujeres se entremezclaban con claridad. Hablaban en francés. Se cernió ante mí la fantasiosa y loca idea de que al otro lado, accediendo a través de la puerta situada a los pies de la cama, se encontraba el club de lectura de medianoche. Por lo tanto, de estar en lo cierto, las voces que escuchaba desde mi lúgubre estancia eran las de George Whitman, Edmond Augier, Elie Leduc y Geneviève Pueyrredon.

Recordaba sus nombres como si Corinne me los estuviera susurrando.

—No seas idiota —me dije riendo—. Solo es un trastero viejo.

Al despegar la oreja de la pared y mirar a mi alrededor, me percaté de que todo había cambiado sin que me diera cuenta. ¿Tan absorta estaba en la lectura? La puerta del cuarto de baño no existía, el televisor había desaparecido y un pelotón de cajas amontonadas sustituían el espacio de la cocina. Mi móvil no estaba, sí el libro sobre la cama, lo único que tenía en

mis manos en el momento en que todo cambió, pero ya no era una cama con colchón, almohada, sábanas y mantas, sino una tabla dura de madera sostenida por cuatro bloques de cemento. Al levantarme, la luz, ya de por sí oscura, se volvió más sombría. La bombilla que colgaba del techo no existía; en su lugar había un candelabro en el suelo que no era de madera, sino de cemento como las cuatro paredes.

—Pero que... —baluceé atónita, con los ojos fijos en la llama del candelabro.

Las dos puertas, la que daba acceso a la librería y la que Corinne dijo que era un trastero, seguían en el mismo sitio y eran igual de arcaicas tal y como las conocía. Contemplé el reloj tallado en el marco de la puerta del supuesto trastero desde donde se seguían escuchando las voces susurrantes.

Angustiada, sintiéndome como un conejillo de Indias encerrado en una jaula con el valor añadido de escuchar unas voces desconocidas al otro lado de la pared, giré el pomo de la puerta del *trastero*. Estaba abierta. En el momento en que puse por primera vez un pie en el templo sagrado del club de lectura de medianoche de 1920, fui consciente de que había traspasado un umbral del que difícilmente podría escapar.

«El Tiempo es un camino sin fin
donde los paisajes cambian constantemente,
paisajes que a veces son creados
por nosotros mismos antes de llegar
a un punto determinado en el futuro».

La piel en otro tiempo, como si me hallara entre las páginas de un libro, indómita por la expectación.

El primero en verme fue George Whitman. Edmond, Elie y

Geneviève, de espaldas a mí, se dieron la vuelta en cuanto Whitman me señaló con un gesto de cabeza. Eran tal y como los había imaginado gracias a la fotografía en la que posaban los cuatro. George Whitman era el mismo hombre que entró en la librería y que minutos más tarde, como un fantasma, se esfumó. Era algo, hasta ese momento, inexplicable.

Analiqué rápidamente a los presentes: el cabello negro y el mostacho que le profería personalidad a Edmond; los ojos redondos y afables de Elie; la rebeldía de Geneviève al cortar su melena pelirroja y lucirla como si fuera un chico. Le club de minuit estaba sentado alrededor de una mesa redonda de madera, la misma que aparecía en las fotografías, y sostenían un ejemplar de Jules Verne —más conocido en España como Julio Verne—. *L'Étonnante aventure de la mission Barsac*^[9], la última novela del autor, publicada de manera póstuma y por entregas a través de *Le Matin*,^[10] desde el 18 de abril hasta el 6 de julio de 1914 y, más tarde, en 1918, de manera íntegra.

—Señorita, bienvenida. Estábamos comentando la obra de Jules Verne, ¿la ha leído? —preguntó Edmond, con el peso de su cuerpo apoyado en el respaldo de la silla.

—No he tenido el gusto —respondí con voz temblorosa.

¿Era un sueño? ¿Otra alucinación como la de verme en unas fotografías en las que no aparecía realmente? Tuve miedo, pero hice todo lo posible para que no lo percibieran. Aparentar normalidad, esa podía ser la clave. De todas maneras, si me encontraba dentro de un sueño, yo estaba al mando de la situación.

El corazón se me aceleró cuando Geneviève sonrió y, de un impulso, se levantó. Caminó hacia mí lentamente. Al mismo tiempo que ella observaba mi vestimenta —un pijama de flores que me había regalado mi abuela en Navidad—, yo hacía lo mismo con su conjunto violeta de cuello alto, falda plisada hasta los pies y chaqueta larga de punto que se parecía mucho al que ideó Coco Chanel en 1916. Se trataba de una prenda práctica y profesional con inspiración masculina que marcó tendencia en los años 20.

Los años 20... ¿Había viajado a 1920?

—¿Es de Coco Chanel? —pregunté sin más dilación.

—Sí —afirmó sonriente—. Estos solo saben de literatura, pero ya veo que tú también entiendes de moda. ¿Cuál es tu nombre?

—Natalia.

—¡Natalie! —exclamó, sin darme opción a rectificar la entonación de mi nombre—. Precioso. No eres francesa. ¿De dónde procedes?

—De Barcelona —respondí como una autómatas.

—¡Me encantaría visitar España! Bienvenida a Le club de minuit, Natalie. Si no has leído a Verne podemos debatir sobre tu última lectura. ¿Cuál ha sido? Créeme, conocemos a todos los autores, incluso a los más actuales aunque, según Whitman, que es ese hombre de ahí al fondo que te mira como si fueras un espectro, no serán capaces de garantizar un buen futuro a la literatura.

George Whitman, dedicándonos una mueca divertida, se encogió de hombros, pero mantuvo el silencio.

—En fin... No nos hemos presentado como Dios manda, ¡qué mal educados! Natalie, yo soy Geneviève. Ella es Elie, Edmond y, como te acabo de decir, George, aunque todos lo llamamos por su apellido: Whitman.

—Ya... —titubeé—. 1920 —probé a decir, buscando algo de lógica a esa locura.

—Ha dicho eso para corroborar que se encuentra en 1920, ¿me equivoco? —intervino Edmond—. ¿De qué año viene? —preguntó socarrón.

Elie entrecerró los ojos, Geneviève se cruzó de brazos y Whitman se rascó la barbilla reflexivo. Parecían expectantes por conocer mi respuesta.

—Sabéis que...

—Sabemos que hay personas del futuro que nos visitan, sí —me interrumpió Edmond.

—No estoy loca —quise confirmar.

Salvo Whitman, todos se echaron a reír mientras yo me preguntaba de dónde sacaba la capacidad de hablar. Que pudiera seguir articulando palabra me parecía un milagro.

Con la mano rodeando el pomo de la puerta para poder escapar de allí, me percaté de que esa sala, iluminada por cuatro candelabros, también era hexagonal, como la de la librería. A un lado había una puerta que en esos momentos no alcancé a ver en su totalidad, pero no me equivoqué al suponer que daba a la calle; el reflejo de las farolas de gas procedentes del exterior se colaban en la estancia. A ambos lados de la pared había un par de estanterías de madera con multitud de libros. No quedaba un solo hueco para ninguno más. No había cuadros, pero sí la presencia de un reloj de cuco colgado en la pared con un pájaro tallado en la punta del tejado. Al fondo de la sala imponía la presencia de un elegante piano de cola cuya madera negra brillaba de tal manera que lo convertía en un espejo. Era un *Bösendorfer* del siglo XIX. Me estremecí al ver el mismo escritorio de nogal macizo que sobreviviría al paso del tiempo y seguiría estando en la librería cuyo nombre era un homenaje a los ávidos lectores que, como si de un milagro se tratase, tenía delante. En ese punto de la historia, el hombre de inquisidores ojos verdes aún no había abierto su negocio.

—Amigos, parad de reír —los calmó Whitman, que era el único que me había estado mirando fijamente y en silencio.

—Vengo del año 2018 —acerté a contestar.

—El último vino de 2011 —comentó Elie abstraída—. Era un gran hombre.

Todos asintieron dándole la razón. Debía ser el famoso escritor del que me habló Corinne.

—Y muy guapo... —murmuró Geneviève mirando de reojo a su amiga—. Era suizo.

—¿Cómo se llamaba?

—No... no, no, no —negó Edmond—. Nunca damos los nombres de los viajeros y ustedes tienen prohibido contarnos cosas del futuro.

—Nada de información sobre nuestro futuro —repitió Whitman severamente—. Sabemos que en vuestro año podéis encontrarlo todo en cuestión de segundos con solo pulsar un botón.

—Entonces, ¿qué es esto? —pregunté.

—Un portal del tiempo —contestó Elie con naturalidad.

—Todo aquel que pertenezca de un modo u otro a este lugar en épocas futuras, termina topándose con nosotros. Con Le club de minuit en 1920 de doce a tres de la madrugada —explicó Geneviève, como si fuera un discurso que se sabía de memoria.

—Si aquel hombre venía de 2011 y yo vengo de 2018, ¿por qué no avanza el tiempo aquí? ¿Por qué siempre es 1920?

—Sí avanza, Natalie, aunque de distinta forma. Mientras en el futuro transcurren siete años, en 1920 solo dos meses.

Dos meses...

«Son suficientes». Había dicho Corinne severamente.

—¿Es noviembre? —deduje.

—Sí, señorita —asintió Edmond—. Llevamos recibiendo visitas de viajeros desde el mes de enero de este año, cuando iniciamos el club de lectura. La primera mujer que habló dijo que venía desde 1997. Solo la vimos una vez. El siguiente desde 2004 y este duró un poco más: tres días.

—Y luego el escritor suizo que venía desde 2011 —añadió Geneviève suspirando—. Por la mañana trabajaba en la librería que decía que había en tu siglo y, por la noche, de doce a tres, vivíamos París. Él siempre se despedía diciendo: «¡París es una fiesta!». Lo adorábamos.

—Sí... la despedida fue dura —murmuró Elie bajando la mirada—. Pero lo sabíamos desde el principio. Para él han transcurrido siete años. Para nosotros unas pocas semanas desde que le dijimos adiós.

—También sabemos que tendremos que despedirnos de ti, Natalie, permíteme que te tuteé. —Edmond se levantó y, mirando a su amigo Whitman, prosiguió—: En menos de dos meses desaparecerás de nuestro mundo y nosotros del tuyo. Tras varias reflexiones y divagaciones, hemos llegado a una conclusión: cuando 1920 llegue a su fin, el portal se cerrará debido a la apertura de la librería de Whitman en menos de dos meses. Nadie del futuro podrá volver a vernos con la llegada de 1921. 1920 y este plano dimensional, que se abre cada siete años en el futuro, se esfumarán sin que encontremos las

respuestas a las incógnitas que se nos han presentado a lo largo de este curioso año.

—Cada siete años —repetí atónita.

—Exacto —afirmó Whitman sonriendo. Era la misma sonrisa que me dedicó el día que entró en la librería—. Lo que ves aquí es solo una parte de nosotros y de nuestra vida. Como si se tratara de un universo paralelo que no es exactamente real —prosiguió con voz queda.

—No es real —dije, encontrando cierta lógica al motivo por el que Corinne y Mateo no me vieron en las fotografías.

Miré fijamente a Whitman y recordé nuestra imagen juntos, abrazados, extrañamente felices, como si fuéramos una pareja de enamorados. Me pregunté, en aquel momento inicial, qué me deparaba 1920 en el caso de que no fuera un sueño. En el hipotético caso de que aceptara el viaje adentrándome en lo desconocido. Me pellizqué disimuladamente. Dolió. No, no era un sueño. Nunca antes había experimentado nada igual. Contemplé hipnotizada los ojos verdes de Whitman; a mi alrededor no parecía existir nada más. Me devolvieron la mirada y me pregunté cómo era posible haberlo visto en el siglo XXI si el portal iba a cerrarse en dos meses. Y si Corinne, su hija en el futuro, elegía cuidadosamente a las personas que iban a trabajar en la librería durante ese tiempo, significaba que ella conocía el portal. Que los había visto. Que había hablado con Le club de Minuit.

«Cuidado con los fantasmas», me susurró una voz oculta en mi cabeza.

—Como te hemos dicho, Natalie, estábamos discutiendo sobre la última obra de Jules Verne —empezó a decir Edmond—. Y nos preguntábamos si hubiera estado satisfecho con el trabajo de su hijo Michel, que la reescribió por completo basándose en los dos esbozos que había dejado su padre antes de perecer.

—Yo no... no sé. Ya os he dicho que no conozco bien su obra.

De pronto me vi temblando; estaba muerta de miedo. Negué con la cabeza y abrí la puerta con rapidez encerrándome en lo que parecía una cueva. Me sentía demasiado trastornada como para seguir viendo a esas cuatro

personas originarias de una época que solo conocía gracias a la magia del cine o a la ficción de la literatura.

Las voces del club de lectura siguieron resonando al otro lado de la pared como ecos de un mundo lejano.

Me vino a la cabeza una poesía de Bécquer que aprendí de niña:

Misteriosos espacios que separan la vigilia del sueño.

Hasta la llegada de ese momento, nunca había temido a los fantasmas. Después de todo, convivimos con ellos a diario. No se puede tener miedo de esos fantasmas que rozan los pensamientos al pasar. Las bibliotecas y las librerías como Le club de minuit están llenas de ellos. Podría coger un libro de alguno de los estantes polvorientos y me vería atrapada por pensamientos de alguien muerto hace tiempo, pero eterno en su lienzo de palabras. Los fantasmas están ahí, siempre, revoloteando y pasando a través de nosotros, ocultándose en el futuro. Si miramos con atención nuestro reflejo en el espejo, somos capaces de ver las sombras de otros rostros que miran a través de los años; percibimos la silueta de la memoria, tesa en el umbral vacío de la puerta.

Cada fantasma sale de los terrenos confusos del sueño y el silencio.

Existe una parte racional en nuestra mente que nos dice: «No, no es así».

Pero hay otra parte que suele repetir dócilmente en la penumbra: «Sí, pero podría ser».

Sentada encima de la incómoda tabla de madera, me mantuve despierta, con los ojos muy abiertos, para comprobar cómo volvía todo a su

sitio al cabo de unas horas. Fue como si mi atención hubiera errado un instante, solo eso. No sentí nada más, nada de lo que se supone que debes experimentar cuando viajas en el tiempo: un mareo, una fuerte sacudida...

Sobresaltada, observé cómo, a las tres de la madrugada y por arte de magia, volvía a estar sobre el colchón mullido en lugar del tablón sostenido por cuatro ladrillos. Apareció ante mí la minúscula cocina y la puerta que conducía al cuarto de baño; volvió el televisor, el móvil y las llaves de la puerta que daba acceso a la librería del siglo XXI.

SOMOS HISTORIAS

La vida está hecha de días que no significan nada, y de momentos que significan todo.

Los cuatro integrantes de Le club de minuit sabían que me encontraba al otro lado de la pared escuchando cómo debatían. La pared era gruesa, de piedra, pero parecía fina como el papel; en ocasiones creía que estaban hablándome al oído de tan claro que los escuchaba.

Les gustaba ahondar en los cuentos de terror de Edgar Allan Poe, renovador de la novela gótica, pero también hablaban de autores que no tenían nada que ver con el género oscuro. Muchas veces salía a relucir el nombre de Jane Austen, que empleó la ironía para dotar de gracia sus novelas. Las voces de las dos mujeres destacaban sobre las de Edmond y Whitman cuando el debate era protagonizado por la época del romanticismo en la que destacaban la figura de los poetas Johann Wolfgang von Goethe y el sevillano Gustavo Adolfo Bécquer.

En ocasiones, recordaban sucesos como la inundación de París del 21 de enero de 1910, una catástrofe en la que el río Sena, cargado de las lluvias invernales de sus afluentes, comenzó a crecer más rápido de lo normal inundando la ciudad y varias comunidades cercanas. Por lo visto, según me pareció escuchar, una de las propiedades de los Pueyrredon —familia de Geneviève—, se vio afectada al estar situada en pleno centro de la Plaza Trousseau.

Cuatro días después de haberlos visto por primera vez, me armé de valor y, sabiendo qué era lo que me iba a encontrar, volví a entrar por la puerta aparentando confianza, venciendo mis miedos, y saludando al club de lectura como si fuera una más. Estaban sentados a la mesa con una antigua

edición de *Macbeth*, de William Shakespeare.

—¡Has venido! —saludó Edmond sorprendido.

—Sigo aquí —les dije, mirando con especial atención a Whitman.

Para mi sorpresa, Geneviève se levantó, me cogió de la mano y me llevó hasta la puerta, desde donde contemplé la Rue de la Bûcherie del año 1920, alumbrada por una tenue luz anaranjada procedente de una farola de gas. Con la cara pegada al cristal, comprobé que nos encontrábamos en una estancia ubicada en mitad de lo que en 2018 era la librería y, situado a la derecha, el restaurante Le Petit Châletet, cuya edificación era una casita de dos plantas del siglo XVI que parecía sacada de un cuento de hadas. En mi época, la puerta que tenía delante no existía; era una pared, al lado del rincón de la pizarra vertical en la que cada mañana escribía un poema, casi siempre en francés.

—¡Bienvenida a los maravillosos años 20 de París! —dijo emocionada—. Siempre me gusta contemplar los rostros del futuro cuando ven cómo es el París que no hubieran conocido de no ser por el portal del tiempo.

—Te prometemos unas semanas inolvidables, Natalie —sonrió con dulzura Elie, levantándose de la silla y animando a Edmond y a Whitman a que dejaran sus libros sobre la mesa e hicieran lo mismo—. Vayamos a dar un paseo —propuso.

Edmond se adelantó y, caballeroso, nos abrió la puerta, momento en el que Elie y Geneviève me cogieron, cada una de un brazo, como si fuéramos amigas íntimas. Al mirar atrás, vi que Whitman, silencioso, nos seguía cuan pastor a su rebaño.

—Mi ropa —murmuré, sorprendida por la gran afluencia de gente y fijándome en las mujeres del pasado que se movían elegantes con sus vestidos largos y vaporosos de telas sedosas. Algunas llevaban sombrero, las más atrevidas enseñaban los tobillos y, pese al frío, dejaban entrever las lentejuelas de sus atuendos y las largas cadenas de oro colgando de sus cuellos bajo los sobrios abrigos de *tweed*—. Y mi peinado —añadí con preocupación, fijándome en los elaborados recogidos y en las melenas onduladas por debajo de la oreja, un clásico de los años 20, con la raya a un lado, o más rebelde con flequillo corto y recto. Los hombres, distinguidos con

sus sombreros de copa, vestían traje y chaqueta larga de tonos oscuros: negros, grises y ocres. Los más mayores sostenían bastones de madera con empuñadura dorada, lucían tupidas barbas y bigotes gruesos, y fumaban puros y cigarrillos mientras hablaban apoyados en las paredes de las tabernas que aún estaban abiertas.

«Dicen que Nueva York es la ciudad que nunca duerme. Se equivocan. Es París. París nunca duerme», pensé.

—No te preocupes por la ropa o el peinado —comentó Elie—. Nadie te ve. Solo nosotros.

—¿Nadie me ve?

Aturdida, como si estuviera dentro de un sueño, volví a mirar atrás. Whitman no me quitaba ojo de encima, pero en esa ocasión dejó entrever una sonrisa que me produjo un cosquilleo en el estómago. Reconocía bien esa sensación y sus motivos, pero hacía mucho tiempo que no la experimentaba. Hasta ese momento apenas recordaba cómo era. Rememoré la mañana en la que tropecé con Mateo en la calle; las cajas de mudanza desperdigadas en la acera, mi café echado a perder...

«Olvidalo», me dije, sintiéndome culpable por haberle hecho tanto daño. Por pensar solo en mí y en lo que de verdad quería, aunque no entraba dentro de mis planes terminar en un lugar que por las noches me transportaba al pasado.

En el momento en que abandonamos la Rue Saint-Julien le Pauvre, la calle en la que Corinne vivía en el siglo XXI, nos adentramos en las callejuelas del barrio latino, estrechas y cubiertas por una franja de cielo oscuro, que se alejaba en la distancia como un río mortificado por los salientes. Los edificios se sucedían con melancólica armonía, entre portales nobles, balcones de madera, ropa tendida y huecos en sombra.

Iniciamos nuestra aventura en la Rue Galande, que el paso del tiempo apenas había cambiado, aunque las aceras no existían y el empedrado era más abrupto. A esas horas no circulaba ningún automóvil, todo a mi alrededor parecía más tétrico, menos luminoso que en mi época. Los bloques

de viviendas, ennegrecidos por el hollín, estaban tan juntos como hileras de dientes. Eran humildes y se mostraban ante mí descuidados, algunos rodeados de hiedra trepando por sus muros.

Los gatos callejeros corrían a su antojo buscando algo que comer; la ciudad parecía pertenecerles. Desde algún lugar se escuchaban risas y música jazz. Parecía mentira que la Primera Guerra Mundial^[11], conocida también como la Gran Guerra, hubiera terminado hacía solo dos años. Reprimí las ganas de preguntarles cómo vivieron esa época de la historia en la que se vieron involucradas todas las grandes potencias industriales y militares divididas en dos alianzas opuestas. Tampoco podía informarles que la Segunda Guerra Mundial se desarrollaría dentro de diecinueve años, entre 1939 y 1945, cuando la librería ya estaba abierta. ¿Cómo influyó el mercado de los libros en lo que sería el conflicto más mortífero de la historia de la humanidad? ¿Qué fue del club de lectura de medianoche? Aunque, adaptándome al tiempo en el que me encontraba, la enunciación correcta a mis preguntas internas eran: «¿Qué será de ellos? ¿Perdurarán las sonrisas que veo ahora en sus rostros? ¿La ilusión en sus miradas? ¿La juventud? ¿Abandonarán su pasión por la lectura y dedicarán las noches a otros menesteres? ¿Es verdad que quemarán los libros en tiempos de guerra?».

—¿Qué te preocupa? —me susurró Geneviève al oído—. Vive el momento sin preocuparte en exceso por el futuro —me aconsejó sabiamente—. Recuerda que somos historias y de eso se trata, de vivirlas con una sonrisa a pesar de los problemas que puedan ir surgiendo en la vida. Lecciones de la guerra —añadió, como si me hubiera leído el pensamiento.

—Somos historias —repetí, hipnotizada por su mirada serena y confiada.

La belleza de Geneviève era de otro mundo. Tenía una piel blanca y tersa que se teñía ligeramente de rosa en los pómulos. Alta y de figura atlética, destacaba a primera vista por unos ojos grandes de color azul cielo y una nariz pequeña que no concordaba con sus labios, anchos y prominentes. Elie era más menuda y rellenita. Su dulzura no pasaba desapercibida; tenía ángel. Sus ojos redondos del mismo color que el café reflejaban la bondad que anidaba su alma y ella, al contrario que Geneviève, lucía orgullosa una larga melena castaña que siempre llevaba recogida en un moño. Edmond era el más alto de

los cuatro. De aspecto refinado, utilizaba gafas redondas de la época que le daban ese aire intelectual del que le gustaba presumir. Tenía los ojos color miel y su cabello, peinado hacia un lado, era negro como el tizón. George Whitman, el más silencioso de los cuatro, caminaba lentamente siguiendo nuestros pasos. Resultaba imposible sostenerle la mirada de lo mucho que imponían sus ojos de color verde esmeralda. Iba bien afeitado, sin mostacho ni barbas que ocultaran los hoyuelos que se le formaban en las mejillas al sonreír. En contra de las modas de la época, no lucía un cabello bien peinado con la raya a un lado como Edmond, o echado hacia atrás como veía en muchos jóvenes; necesitaba un corte, pronto, si no quería parecer *Tarzán*. Como la primera vez que lo vi, iba vestido con un jersey verde y unos pantalones color caqui. Sus zapatos marrones, los mismos que recordé que llevaba puestos el día en que me vino a visitar en 2018, necesitaban con urgencia la limpieza de un betunero callejero que al alba saldría a las calles de París a ganarse el pan.

«Somos historias», dijo Geneviève.

«Somos canciones. Melodías», pensé, nada más entrar en un local ubicado en el Boulevard Saint-Germain que hacía esquina con la Rue Jean de Beauvais. En un futuro, ese lugar rebosante de magia y esplendor al que llamaban Chez Papa Jazz Club, desaparecería para transformarse en negocios que irían cambiando con los años. En 2018 la gente no entraría tan animada a ese local; se trataba de un banco: el HSBC.

Chez Papa Jazz Club no tenía nada que ver con la tenebrosidad de las calles que habíamos dejado atrás. Reinaba una luz suave. Un halo de refugio envolvía el lugar. Presumía de luz y color; las paredes cubiertas con dibujos llenos de vida: saxofones, hombres y mujeres bailando. La barra, revestida de madera, estaba acolchada en las esquinas, y en los taburetes y en las mesas destacaba el color burdeos. No había casi nadie sentado a las mesas redondas con velitas blancas en el centro, que parecían estar ahí para proferirle el mismo romanticismo que desprendía la pista de baile, al fondo de la sala. Había músicos sobre una tarima que cerraban los ojos para sentir con más intensidad cada sinfonía. A sus pies, la gente bailaba al ritmo del charleston^[12], bebían y reían; las mujeres eran libres al despojarse de sus abrigos, mostrando los adornos de sus vestidos de fiesta. Geneviève me soltó

del brazo y se unió a la diversión en mitad de la pista. Se la veía feliz. Libre. Rebelde, loca, enérgica, pasional. Maravillosa. Elie, más rezagada, se situó junto a Edmond. Él se ajustó las gafas, le dedicó una mueca divertida y la sacó a bailar. Whitman me miró contrariado, se encogió de hombros, tragó saliva y, finalmente, señaló la barra.

—¿Quieres beber algo, Natalie?

—¿Nadie me puede ver? —pregunté, imaginando que aceptaba su propuesta y, cuan fantasma, el líquido atravesaba mi cuerpo traslúcido esparciéndose por el suelo—. ¿Si alguien te ve hablar conmigo pensará que estás hablando solo?

—Eso creo, sí —rio—. Pero no importa.

—No quiero beber nada, gracias —dije—. Si salir de fiesta en 1920 es una locura, no quiero ni imaginar cómo sería si ingiriera alcohol.

—Debe ser extraño —musitó—. Estar aquí, con personas que en tu época no existen...

—A las tres de la madrugada desapareceréis y todo volverá a la normalidad —deduje.

—Hasta mañana a medianoche.

—Los primeros días no os oí —reflexioné—. O dormí tan profundamente que no me enteré de nada.

—La librería aún no te pertenecía, esa puede ser la explicación. El portal se abre cuando sientes, de alguna manera, que perteneces al lugar. De no ser así, jamás hubieras viajado en el tiempo.

No supe qué decir, aunque a partir de ese momento le empezaría a dar vueltas al asunto. ¿Cuándo me sentí arraigada a la librería? ¿Fueron los poemas que escribía cada mañana en la pizarra los que me salvaron la vida?

—Sabéis mucho de ese portal.

—Llevamos todo un año investigando y el autor suizo nos ayudó a comprender.

—¿También lo trajisteis aquí?

—Sí, varias veces. Le encantaba. Decía que le inspiraba y, bueno, aquí fue donde surgió el amor.

—¿El amor?

—Entre el escritor y Elie.

—Pero es un amor imposible.

—Obviamente. Es un amor imposible —reiteró.

Tensó la mandíbula y apartó la mirada que yo quise sostenerle para seguir observándolo. Necesitaba mirarlo. Ver que era real. ¿Por qué, de entre todas las personas que existen en el mundo, me había tocado a mí? Siempre se me dio bien pasar desapercibida por la vida.

—Viniste —dije de repente, captando su atención—. Viniste a mi año, a 2018.

—No puedes contarme nada del futuro —me recordó seriamente, mirándome con una frialdad que me recordó a la de Corinne. No podía olvidar que se trataba de su hija.

—Te sentaste en un sofá rojo que hay en la librería y abriste un libro de Hemingway —proseguí, sin hacerle caso.

—¿Hemingway? No tengo el gusto de conocer a ese autor. ¿Es bueno con la pluma?

—Claro que no lo conoces. Aún no. *The Torrents of Spring*, la novela que cogiste, saldrá dentro de seis años, en 1926, aunque en 1923 publicará su primer relato: *Tres relatos y diez poemas*. Cada mañana tengo que escribir un poema en una pizarra que hay en el exterior de la librería, pero la mañana en la que viniste me había olvidado de hacerlo. Creí que eras un cliente, te pregunté si necesitabas algo y me lo recordaste, así que salí. —Respiré hondo. Me sentía nerviosa y eufórica. No entendía por qué su mirada me transmitía tantas emociones y, al mismo tiempo, me aterraba—. Cuando volví a entrar, ya no estabas. Te esfumaste sin que te viera salir por la puerta. Fue algo muy extraño. Dejaste el libro de Hemingway abierto sobre el mismo escritorio que tenéis en el club de lectura. Al pasar una página, había una fotografía en la que aparecíamos tú y yo abrazados.

—No sé de lo que me estás hablando —zanjó, ruborizado e incómodo, pidiéndole un *Cocktail* al camarero vestido con traje de frac—. Lo siento, bailarías contigo, pero se me da muy mal.

—Y pensarían que estás loco.

—Probablemente —volvió a reír—. Pero no me importa lo que piensen de mí.

—El escritor suizo y Hemingway tenían mucha razón —murmuré, sonriente, mirando a mi alrededor.

—¿En qué?

—París era una fiesta.

—No, Natalie. París es una fiesta —me corrigió con énfasis.

Whitman estaba en lo cierto. Bailaba fatal, pero después de dos copas se animó y resultó ser un hombre muy divertido. A las tres menos cinco de la madrugada y con los pies destrozados por culpa de los pisotones de Whitman, salimos al exterior riéndonos y hablando de la gran noche vivida.

—¿Cómo es posible, si soy invisible, que me duelan tanto los pies? —bromeé caminando en dirección a la salida del local.

Nada más bajar el escalón de lo que creía que seguía siendo el Chez Papa Jazz Club, me dio la sensación de que algo había cambiado. En realidad fueron muchas cosas, pero era difícil preverlo cuando mi cuerpo no sufría ningún tipo de sacudida u otra reacción que me hiciera saber que era el momento de traspasar el velo del tiempo. La música y las voces de mis nuevos amigos dieron paso al motor enfurecido de un coche que cruzó la avenida moderna a toda velocidad. Miré hacia atrás y me encontré de frente con la puerta cerrada y la persiana bajada del banco HSBC. No me había quedado encerrada en el interior del banco de milagro. Me llevé la mano al bolsillo del pantalón y respiré aliviada al encontrar las llaves que abrían la librería. No había viajado sin ellas; todo objeto que sostenía en las manos venía conmigo.

de una época a otra. Mujer precavida vale por dos.

Mi mundo de medianoche había desaparecido. Lo que más me dolía y me costaba reconocer era que George Whitman no estaba ahí, conmigo, mirándome de reojo cada vez que creía que yo no me daba cuenta. Él había sido mi noche perfecta.

La confusión y el temor del inicio se transformaron en añoranza. El alma humana a veces es impredecible.

ESTRELLAS

Las estrellas dicen que los fugaces somos nosotros.

Hemingway decía que no hay que escribir sobre un lugar hasta que estés lejos de él. En aquel momento, supuse que lo mismo debe ocurrir con las experiencias que vives: es mejor plasmarlas en una hoja en blanco cuando llegan a su fin.

Día a día, mi cabeza tramaba una historia inspirada en:

«El portal del tiempo en una antigua librería del quinto distrito de París.

Las noches en un mes cualquiera de 1920 viviendo cada murmullo de la ciudad en todo su esplendor.

La felicidad, el jazz, los bailes, las miradas de quienes en mi época no existían, y la despreocupación por las banalidades tras la traumática vivencia de una guerra.

Los clientes del siglo XXI que entraban en la librería maravillados por todo cuanto les rodeaba. Sus miradas, sus sonrisas y hasta sus selfis.

El misterio de Corinne, a la que no había vuelto a ver».

Debía dejar reposar las ideas y cada una de las vivencias, mientras continuara viviendo, de día y de noche, en Le club de minuit. Después de dos semanas y media, ya lo consideraba mi hogar. Tan aferrada me sentía a la librería, que mis viajes nocturnos a 1920 eran normales, como quien coge el metro a hora punta para ir a trabajar.

Los días primaverales, casi veraniegos, transcurrían con lentitud. El día a día era monótono, podía decirse que aburrido, con pocos clientes interesados en comprar y llevarse a casa uno de los libros viejos que inundaban cada rincón polvoriento del local. No iba a hacerme rica trabajando en Le club de minuit, eso lo tenía claro. No obstante, cuando llegaba la medianoche, mis ojos estaban más despiertos sin necesidad de un café. Una sonrisa resplandeciente se adueñaba de mi rostro cuando abría la puerta y veía a los cuatro integrantes del club de lectura centrados en un libro o debatiendo sobre cualquier cosa que se les hubiera ocurrido al llegar. Siempre me recibían atentos y amables, contentos por volverme a ver. «Nunca se sabe cuándo va a ser la última noche», decían. Creían que yo era la última viajera del futuro, aunque no estaban seguros. Insistían en la probabilidad de que el portal se cerrara la madrugada del 1 de enero de 1921, después de un año en el que aparentaron normalidad al conocer a quienes habían cruzado el umbral.

«Tampoco han sido tantos», objetó Edmond.

Respecto a mí, aprovechaba cada momento que pasaba con ellos porque sabía que, cuando todo llegase a su fin, tendría que aprender a convivir con el sabor agridulce que dejan las despedidas. Era consciente de que nunca me había sentido tan ilusionada ni tan bien acompañada como en *los felices años 20*.

A menudo, cuando regresaba a mi época, miraba las dos fotografías que me asustaron al principio, aunque ignoraba cuándo se realizarían. Me alegraba haber dejado atrás el miedo, los sudores fríos y la incertidumbre, para abrir la puerta que me separaba de lo que quizá, desde siempre y sin saberlo, había estado buscando. Ignoraba si lo que vivía de doce a tres de la madrugada era un sueño o era real. Eso era lo de menos. Durante esas horas me sentía viva. Viva como nunca antes, teniendo la maravillosa sensación de que ese era el lugar en el que quería estar. A lo largo de esas noches, dejé de imaginar qué estaría haciendo «mi otro yo» en un mundo paralelo aburrido y

deprimente si no me hubiera sincerado conmigo misma y no hubiese dejado a Mateo. Ese «otro yo» seguiría siendo una infeliz, pero no mi «yo real». Una de las razones más evidentes era la presencia de Whitman, con quien sabía que estaba destinada a no ser, pero entonces, ¿por qué? ¿Por qué se me aceleraba el pulso cada vez que lo veía? Porque los besos inalcanzables son los que dan cuerda al reloj del corazón.

Me parecía una broma cruel.

Leíamos a Shakespeare, el preferido del club de lectura, junto al talento innato de Charles Dickens y el conde ruso Lev Nikoláievich Tolstói, más conocido como León Tolstói. Las obras que solían comentar eran *El sueño de una noche de verano* y *Romeo y Julieta*, ambas de Shakespeare, aunque de esa última obra, Elie no quisiera ni oír hablar. Decía que el amor de *Romeo y Julieta*, tan pasional como destructivo, la transportaba a los mejores momentos de su vida. Para ella, el amor que vivió con el viajero suizo del futuro —así lo llamaba— era muy reciente en noviembre de 1920. Solo habían pasado unas semanas; sin embargo, en mi siglo, en ese otro mundo que dejaba en suspenso cada noche para traspasar el velo del tiempo, habían transcurrido siete años.

—¿Se acordará de mí? —preguntaba a veces.

—Seguro que sí. ¿Cómo olvidar un viaje así? —contesté, preguntándome una vez más de qué escritor debía tratarse y, en cualquier caso, hacer lo posible por conocerlo y compartir la experiencia de un viaje en el tiempo que estaba resultando turbador.

Whitman, como hacía siempre, me miró de manera intensa cuando le dije a Elie lo que necesitaba escuchar. «¿Cómo olvidar un viaje así?», pareció repetirse a sí mismo el futuro librero.

—¿Cómo se creó el portal? —les pregunté una vez. Se miraron entre ellos seriamente, sin el humor y la alegría que los solía caracterizar, y no supieron qué contestar.

—Hubo una noche en la que entró una mujer muy misteriosa — empezó a explicar Edmond—. Nos miraba desde el umbral de la puerta y, aunque la saludamos, no contestó. Vino casi cada noche, puntual a las doce, durante los primeros cuatro meses, desde enero hasta abril, pero nunca habló. Solo nos miraba. Era inquietante. Fue la primera viajera del futuro.

—Dijiste que la primera viajera vino en mayo desde 1997 y que solo la visteis una vez hasta que dos meses más tarde llegó un hombre desde 2004 —recordé contradiciéndolo.

—Recuerdo bien lo que dije —expuso sonriendo—. Dije que la mujer de 1997 fue la primera viajera que habló. Sin embargo, todo empezó en enero, cuando apareció esa otra mujer reservada y extraña. Esa mujer fue, en realidad, la primera viajera del futuro a la que vimos.

—Creíamos que era un fantasma hasta que el hombre de 2004 nos demostró que era un viajero del tiempo. Fue entonces cuando supimos que las dos anteriores mujeres también, pero llegamos a esa conclusión gracias a él, porque no creímos del todo a la que vino desde 1997 —añadió Elie con una sonrisa.

—Al principio pensamos que estaba loco, igual que la que dijo que venía del 97, pero volvió a aparecer un par de veces más y nos trajo un artilugio de comunicación que había guardado en el bolsillo de su pantalón para traer consigo hasta aquí —expuso Edmond.

—Un teléfono móvil —adiviné, aunque reprimí las ganas de decirles que los móviles de 2004 resultaban una antigüalla en comparación con los que había en mi año.

—Eso mismo, un teléfono móvil. Impresionante. Y un mes más tarde, el escritor suizo nos ayudó a desentrañar otros misterios.

—¿Cómo era la primera mujer que vino? —insistí. Quería confirmar mis sospechas.

—Alta, delgada... —memorizó Geneviève mirando hacia la puerta como si estuviera viéndola—. Tenía los ojos azules y una nariz grande.

—Y la piel muy blanca —recordó Elie.

—¿Era una anciana?

—Era mayor, pero no una anciana —negaron las dos al unísono.

—Aunque hubo un día que parecía mucho más vieja que el anterior —comentó extrañada Elie.

—Sí, debía tener unos cincuenta, cincuenta y tantos, pero al día siguiente se nos apareció con el cabello completamente blanco y la piel más arrugada.

«Al día siguiente. En realidad, para Corinne, habían pasado siete años», reflexioné.

—Corinne.

La nombré en voz alta sin darme cuenta.

—¿Corinne?

—Era Corinne, la... —Miré a George y supe que no podía decir nada más.

Un silencio confortable inundó la estancia hasta que Geneviève, con picardía, me preguntó:

—Dinos, Natalie, ¿has estado buscando información sobre nosotros?

—No —negué, dándoles el motivo seguidamente—: Para mí sois presente y, al igual que no sé qué va a ser de mi destino, prefiero no saber el vuestro aunque tenga la posibilidad de descubrirlo.

—Es lo mejor que puedes hacer —me dio la razón Whitman, el único de los cuatro que trataba de evitarme. Intuía el motivo.

Mientras en el futuro transcurrían siete años, en el pasado solo dos meses de un año concreto: 1920. El año del club de medianoche. La creación del portal era un misterio. Tal y como les había dicho, no busqué información sobre ellos, pero sí sobre viajes en el tiempo en mis ratos muertos dentro de la librería. Planteamientos, teorías y complejas ecuaciones sobre espacio-tiempo que hablaban de curvas temporales, agujeros espaciotemporales y de gusano, la teoría de las cuerdas... Por lo visto, nadie había dicho que fuera irrealizable. Citaban al recientemente fallecido Stephen Hawking y lo que dijo

en una de sus numerosas conferencias: «Según nuestra actual comprensión de las leyes de la física, viajar en el tiempo no es imposible».

Yo quería ir más allá.

En mis ensoñaciones diarias detrás del mostrador visualizaba un cielo nocturno repleto de estrellas titilantes, aunque lo que tuviera enfrente fueran los cristales sucios de la entrada y la pequeña calle, con su ir y venir de gente a todas horas. Esas cuatro estrellas que yo imaginaba surcando el universo durante miles de años, habían llegado a mí convertidas en luz, en fantasmas, contándome cuentos que ocurrieron mucho tiempo atrás. Yo, sumergida en sus historias que también eran las mías, no podía hacer otra cosa que dejarme llevar y prestar atención a todo cuanto tuvieran que enseñarme.

EL ESPECTÁCULO DEBE CONTINUAR

La vida es un tránsito; el mundo es una sala de espectáculos; el hombre entra en ella, mira y sale. [\[13\]](#)

Al enterarme de que Corinne también había viajado al pasado, limitándome a observar al club de lectura nocturno sin llegar a traspasar nunca el umbral, fui a verla al mediodía del día siguiente en busca de respuestas. Ya se me empezaban a notar las ojeras debido al cansancio acumulado que suponía trasnochar.

Con el dedo señalando el timbre, me detuve en seco y recordé lo que la anciana me dijo el primer día que llegué: «Tengo la sensación de que este lugar te va a cambiar la vida».

Pensaba que se lo decía a todos. Que eran palabras de aliento para los que buscan un poco de paz y perdonarse a sí mismos.

Ella lo sabía.

Toqué al timbre varias veces, pero no obtuve respuesta. Esquivando a los turistas que a esas horas frecuentaban la Rue Saint-Julien le Pauvre para ir a visitar la Catedral de Notre Dame, crucé la estrecha calle y me situé en la acera de enfrente para observar algún atisbo de vida a través de las dos ventanas del primer piso. Las cortinas traslúcidas estaban corridas y no se intuía ningún movimiento. Al ver salir a una mujer de la finca, me acerqué a ella y le pregunté por Corinne Whitman.

—No está —respondió.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla?

—Un poco lejos, me temo. Se ha ido a Berlín.

—¿A Berlín?

—Sí, su hija vive allí.

La vecina se alejó calle arriba dejándome descolocada por completo.

¿Una hija? La abuela me había dicho que Corinne no tuvo descendencia. ¿Cómo era posible que no lo supiera? ¿Por qué se lo ocultó? La propia Corinne me contó que no había podido cumplir la promesa que le hizo a su padre de que la librería pasaría de generación en generación.

Había supuesto que no tenía familia, que estaba sola.

Una de las noches que recuerdo con más cariño tiene como protagonista el peculiar escenario de Montmartre, situado en una colina de ciento treinta metros de altura y en cuya cima se encuentra la emblemática iglesia del Sacre Coeur. Le club de minuit me tenía reservada una grata sorpresa. Nada más cruzar la puerta, exclamaron que era viernes, noche de fiesta, y que Edmond había traído su automóvil para llevarnos hasta Montmartre, ubicado en el decimotavo distrito de París, que en tiempos pasados, hasta 1860, había sido una población independiente. Montmartre, conocido a finales del siglo XIX por sus cabarets y burdeles, siempre ha destacado por ser el barrio más bohemio de París. Cuando sus locales de ocio le empezaron a otorgar mala fama, varios artistas se trasladaron allí y lo convirtieron en el lugar donde todo parece posible cuando caminas por sus calles desbordantes de luz y fiesta.

Asegurándome de que llevaba conmigo las llaves de la librería, me acomodé en la parte trasera del automóvil de Edmond, un Renault Tipo AG negro reluciente que me dejó fascinada con su techo de lona, asientos de cuero oscuro y revestimiento de madera. La parte delantera, separada de la de atrás por una ventanita, carecía de puertas. Whitman se sentó junto a Edmond, que iba frente a un volante que parecía de acero. Elie y Geneviève, a mi lado, rieron cuando giró la manivela del cigüeñal hasta que el Renault ronroneó con sus pistones y cilindros.

—¿Adónde las llevo, señoritas? —preguntó el conductor socarrón.

A medida que dejábamos atrás la calle que tan bien conocíamos, aprecié la libertad bajo las estrellas que danzaban en un cielo oscuro agasajador. A eso se le llama en nuestros días: salir de la zona de confort.

Mencionaron el famoso Moulin Rouge, cerrado debido al incendio devastador de 1915. En ruinas, me iba a ser imposible visitarlo durante el tiempo que me quedaba con el club; las obras para su reconstrucción no empezarían hasta el año siguiente, en 1921. Habían estado allí alguna vez, en el cabaret de arquitectura poco convencional y decoración extravagante con un elefante en el jardín, disfrutando de las noches de fiesta en las que corría el champán y actuaban populares bailarinas. Me enteré que Edmond y Whitman se habían conocido precisamente allí, cuando al primero su cita le había dado plantón y el segundo, un inglés recién llegado a París, había ido a conocer por primera vez el popular Moulin Rouge. Por otro lado, Geneviève era vecina de Edmond y conocía a Elie desde que eran niñas, así que la unión de los cuatro amigos parecía inevitable. Así es el destino, que nos da a las personas que necesitamos y merecemos. Era un club de lectura peculiar y brillante con el que me había encariñado rápido. Desprendían energía y juventud, ganas de pasarlo bien, no solo a través de los libros, sino de todo lo que les ofrecía una ciudad que gozaba, por aquel entonces, de un esplendor exclusivo. Reflejaban unas ansias voraces de aprovechar cada instante como si fuera el último.

«Fue uno de los aprendizajes de la guerra», reconoció Elie con voz queda. Era la más débil de los cuatro, la más dulce y sensible. Conocerla era quererla y despertaba en ti unas ganas locas de protegerla de cualquier mal.

Todos, salvo Whitman, eran sonrientes. Edmond, de veintiocho años, escribía para el conocido periódico *Le Figaro*. Geneviève, de veintiséis, interrumpió sus estudios de literatura inglesa en el St Hugh's College, la primera universidad femenina de Oxford, por culpa de la guerra. En el Reino Unido había vivido con sus tíos e hizo buenos amigos, pero sus padres quisieron que regresara a París. «Aquí estarás más segura», dijeron. «Nadie está seguro en ninguna parte cuando existe una maldita guerra, padres», les amonestó ella, que regresó a la ciudad con una condición: vivir sola. Lo consiguió. Era una mujer entusiasta, independiente, valiente y

adelantada a su tiempo. Decía que, en cuanto tuviera una historia inspiradora que contar al mundo, empezaría a escribir su primera novela. «Como yo», pensé. Nunca se lo llegué a decir.

Elie, la más joven de todos, de veinticuatro años, estaba en un punto de su vida en el que reconocía sentirse insegura. Sus padres insistían en presentarle a hijos de sus amigos, apuestos hombres de buena cuna a los que ella ignoraba porque seguía con el corazón roto y ocupado por un viajero del futuro al que sabía que no volvería a ver. Su único refugio era el club de lectura de medianoche.

Whitman era, para mí, un misterio por desentrañar. Apenas hablaba de su vida; lo poco que sabía era que no tenía estudios y que procedía de una familia humilde de pescadores. Se convirtió en un apasionado de la lectura desde que, con seis años, en el puerto donde trabajaba su padre, encontró un cuento de Charles Dickens que alguien había olvidado en un banco: *Un cuento de Navidad*^[14]. Desde entonces, soñó con abrir una librería en París y trabajó muy duro durante toda su vida para convertir ese sueño en realidad. «Si alguien hubiera venido desde el futuro a decirme que lo conseguiría, no habría dado crédito a sus palabras», comentó sonriendo. «Deberías sonreír más», le dije, silenciando lo que de verdad pensaba: «Tienes una sonrisa poderosa. Con ella eres capaz de iluminar el mundo».

La sala que utilizaban para sus reuniones clandestinas era propiedad de los padres de Geneviève. Cuando la joven escuchó la historia de Whitman a principios de año, convenció a sus progenitores para que le arrendaran a muy buen precio el resto del local y así poder montar la librería. Yo aún no había tenido ocasión de visitarla en 1920; daba la impresión de que no era posible debido al secretismo hermético de Whitman. «Será una sorpresa», nos dijo a todos. Ni siquiera sus amigos sabían qué se traía entre manos, aunque cada mañana, al despertar en su librería, no me era difícil imaginarla un mes antes de su inauguración. Debía ser igual a como la diseñó George Whitman.

—Seguro que los frescos del techo de la sala con forma de hexágono están quedando preciosos —le dije al oído. Él sonrió.

Edmond estacionó el vehículo en una calle empinada de Montmartre.

Nos dirigimos al número 22 de la Rue des Saules, en la esquina con Saint-Vincent, deteniéndonos frente a una clásica casita francesa con tejado de pizarra y una puerta de madera verde por la que el tiempo nunca transcurrió. Ahí estaba, como seguiría estando en el futuro, su emblema convertido en dibujo por el célebre caricaturista André Gill en 1875: un conejo escapándose de ser cocinado en una cazuela. Al ver dónde me encontraba, supe de inmediato que se trataba del cabaret más antiguo de París, el Au lapin agile, que significa «Al conejo ágil». En funcionamiento desde 1860, contemplé con incredulidad cómo el mismísimo Picasso entraba por la puerta con el poeta André Breton.

—Recuerda que no pueden verte —me susurró al oído Whitman, colocándose a mi lado. Por un instante, su mano rozó la mía sin querer. Fue tal la descarga eléctrica, que olvidé la presencia del famoso pintor.

—Esto es surrealista —comenté en voz alta para mí misma, recorriendo el sendero que nos llevaba a la entrada del pequeño cabaret.

Le club de minuit bebía licor de cereza mientras yo seguía siendo un fantasma que contemplaba la historia de un rincón único en el mundo desde la seguridad que te garantiza la invisibilidad. A pesar de llevar algo más de dos semanas viajando en el tiempo, no acababa de creérmelo del todo. Una vez más, pensé que se trataba de un sueño; no podía ser real que estuviera compartiendo espacio con Picasso. Cuando nos enfrentamos a lo imposible, la mente racional busca la lógica, pero no había lógica para nada de lo que ocurría a medianoche.

En Au lapin agile no había un alfiler. La madrugada transcurría en una pequeña estancia en la penumbra, cuyas paredes estaban repletas de objetos bizarros. Había mesas y taburetes de madera, un piano, pero no un escenario como tal; los artistas entonaban un repertorio de clásicos franceses entre el público disperso en el salón.

El tiempo transcurría entre canción y canción.

Cuando el pianista interpretó *Gaspard de la nuit*, una obra musical compuesta por Maurice Ravel en 1908, algo se agitó entre Whitman y yo sin que nadie más que nosotros se diera cuenta. El público, cada vez más borroso debido al humo que inundaba la estancia, estallaba en aplausos y carcajadas.

Nosotros, en cambio, nos buscábamos con la mirada. Estábamos atentos al más ínfimo gesto: un cambio de postura, una leve inclinación, un fugaz roce. Su presencia me provocaba un hormigueo extraño en el estómago que no dejaba de sacudirse, encogerse y dar pequeños tirones, señales que se traducían a que nunca había deseado a alguien de manera tan pasional como a Whitman.

Eran las dos de la madrugada cuando el espectáculo llegó a su fin y volvimos al automóvil de Edmond en dirección al quinto distrito de París. En una hora volvería al siglo XXI.

Me sorprendí al ver que solo Whitman y yo bajamos del automóvil cuando Edmond se detuvo en la Rue de la Bûcherie. Edmond al volante y Elie y Geneviève en la parte de atrás, continuaron el trayecto en dirección a sus casas.

Quedaban veinte minutos para las tres de la madrugada.

Whitman, en silencio, sacó unas llaves del bolsillo de su pantalón y abrió la puerta que conducía a la sala del club de lectura. Adecuó la presión del candil con el pistón de la baquelita, abrió la espita, y el gas floreció en el cristal traslúcido de la lámpara. La luz dorada y vieja, de petróleo, escarbó en la penumbra de la sala. Las sombras danzaban a mi alrededor, embrujadas, mudas, en un aquelarre incesante.

Necesitaba romper el silencio desangelado fruto de mi timidez. Como otras noches. Y tal vez más que nunca. Pero ahí estaba Whitman, cuya mirada dilatada bajo la luz del quinqué se aposentó curiosa en mí.

—¿Traes contigo tus llaves del futuro? —preguntó junto al piano.

—Siempre las llevo conmigo. Nunca sé dónde va a terminar la noche o qué tenéis previsto, así que... —titubeé, confusa y tímida al verme a solas por primera vez con él—. No sabía que vivías aquí.

—Sí. Entre libros. ¿Acaso puede haber algo mejor?

—Es un lugar especial —asentí.

—Lo es. ¿Sabes tocar el piano, Natalie? —preguntó.

—Un poco.

Me animó a sentarme al piano y mis dedos, por inercia, empezaron a moverse con agilidad para deleitar sus oídos con la mítica *La vie en Rose*, de Édith Piaf, que en su garganta, era un lamento de gozo. Tenía una voz evocadora, rota, que atravesaba la piel, aunque era algo que el librero aún no sabía. De soslayo, vi cómo los ojos de Whitman se humedecían con cada melodía que yo me esforzaba en atinar y, al finalizar, su aplauso me hizo sentir henchida de emoción.

—*La vie en Rose*. Algún día será famosa mundialmente —auguré, segura de mis palabras.

—Pues ha sido un privilegio escucharla antes que nadie. Tocas el piano como los ángeles.

—Gracias. ¿Dónde duermes? —quise saber.

—En cualquier parte del local, aunque el apartamento que hay arriba estará disponible en unas semanas y también lo arrendaré. A veces duermo aquí, en el suelo, o en la sala desde la que te vemos aparecer. Pronto me traerán un sofá y dos sillones para la librería y estaría bien colocar un catre por aquí —dijo, mirando a su alrededor—. Mi intención, cuando abra en enero, es alojar a escritores en la habitación donde duermes tú en el futuro.

—*Tumbleweeds*.

—¿Cómo?

—¿No sabes qué significa? —me sorprendí.

—No tengo ni la menor idea —rio.

—Oh.

—¿Es algo del futuro?

—Los *Tumbleweeds* son malas hierbas hechas un ovillo que ruedan por el desierto —expliqué, recordando las palabras de su hija Corinne.

—¿Y qué tiene que ver con la librería?

—Para ti serán como todos los escritores y bohemios que dormirán ahí, tras esa puerta por la que, como bien has dicho, aparezco del futuro cada noche. Ellos, igual que yo y muchas otras personas provengan de la época que provengan, darán tumbos por la vida y llegarán aquí heridos con alguna marca de guerra en el corazón o en la memoria. Tendrán la necesidad de encontrar la paz para dejar de rodar como esas malas hierbas del desierto, aunque terminen yéndose lejos de aquí y elijan otro destino en el que quedarse hasta el fin de sus días. Bueno, eso me dijeron...

Pensativo, me miró fijamente durante un instante, para luego apartar la mirada y dirigirla al piano. Cuánto deseaba en secreto que esos ojos verdes solo quisieran mirarme a mí...

—No lo olvidaré —prometió.

—¿Cómo olvidarlo? —murmuré.

Sabía que, por mencionar un detalle del futuro, acababa de influir en su historia.

En ese momento, frente a él, me pregunté qué mote les hubiera puesto a las personas que se alojaron por un tiempo en la librería, en el caso de que esta conversación nunca hubiese surgido, aunque ya era demasiado tarde para darle vueltas al asunto. Supuse que debía ser así desde siempre. Que la palabra *Tumbleweed* la creé yo y no Whitman. Conocer ese detalle de la historia de *Le club de minuit* me hizo sentir especial.

—Tú eres una *Tumbleweed* —dedujo reflexivo—. ¿Puedo saber qué marca de guerra en el corazón o en la memoria tienes?

Me quedé callada. No sabía cuántos minutos faltaban para que Whitman se esfumara. De lo que sí estaba segura, era que no podía quedarme en mitad de una sala vieja y vacía sin forma alguna de abrir la puerta que conducía a mi habitación. No había llave en el futuro que pudiera abrir esa puerta que me separaba de mi mundo, así que, aunque no quisiera, no me quedaba otra opción que decirle adiós.

—Me tengo que ir, Whitman.

—Claro. Descansa.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, viajera.

LA VIAJERA DEL TIEMPO

Il est entré dans mon cœur, une part de bonheur
dont je connais la cause. C'est lui pour moi, moi pour lui dans la vie.
Il me l'a dit, l'a juré, pour la vie.
Et dès que je l'aperçois, alors je sens en moi mon cœur qui bat.^[15]

De todo lo que la célebre y rebelde cantante Édith Piaf dijo en vida, llegué a sentirme identificada con la siguiente frase: «Tengo demasiadas cosas malas dentro, y esas cosas malas nunca las siento cuando tú estás ahí».

Mateo era un capítulo reciente en la historia de mi vida. También era reciente la sensación de ser una miserable por haberlo abandonado sin dejar claro que era una decisión poco pensada, aunque sí definitiva. Siempre fui una cobarde en esto del amor; sin embargo, mis remordimientos desaparecían a medianoche, cuando visitaba 1920, y, especialmente, en el momento en que veía a Whitman. Solo entonces, todo lo malo que habitaba en mí desaparecía. Mi vida entera se esfumaba, como si ahí, con esas personas que no me juzgaban, pudiera empezar de cero. Comencé a creer que la ausencia intensifica el amor y ese era el motivo por el que no podía dejar de pensar en ese hombre del pasado que había puesto mi mundo patas arriba. Estaba constantemente metido en mi cabeza. Él era la persona que había creado de la nada el mundo en el que me despertaba cada mañana: la librería Le club de minuit.

¿Cómo olvidarlo?

¿Cómo pasar página a una historia así?

A veces, me daba por visualizar a Mateo en nuestra casa, cabizbajo, sentado en la cama, en el mismo sitio donde terminé con todo, pensando en si sería buena idea enviarme un mensaje o llamarme solo para escuchar mi voz. No había vuelto a saber nada de él desde que le mandé la fotografía del club de lectura. «Ojalá haya encontrado a alguien mejor», pensaba tras el mostrador, aburrida, esperando a que algún cliente entrara por la puerta.

Las horas transcurrían con pesadez. Horas muertas. El sol de París era demasiado resplandeciente como para preferir encerrarse en viejos locales. Limpiaba tres innecesarias veces al día; no había casi nada que hacer para mantenerme ocupada, y que el tiempo transcurriera más deprisa. Contemplaba con lástima los libros, los ojeaba, leía algunas páginas, y, con el ordenador portátil abierto y una hoja Word en blanco, trataba de plasmar frases que borraba al instante por el poco sentido que tenían. Igual que hacía Carmen Laforet, estrella rutilante de las letras españolas de la posguerra y ganadora a los veintitrés años del Premio Nadal con su obra *Nada*, escribía y rompía debido a la inseguridad que no lograba vencer.

Llamé en varias ocasiones a mi abuela, pero no contestó. No porque estuviera enfadada conmigo igual que mi madre, sino porque la pobre no se aclaraba con el teléfono y de cada diez llamadas cogía una. Mala estadística. Necesitaba una voz amiga que me dijera que no estaba loca. Que todo era real. Necesitaba que Corinne Whitman apareciera en el momento menos pensado por la librería para saber cómo iba todo. Que me confirmara que en la habitación había una puerta que de doce a tres de la madrugada conducía a un pasado que ella también vio, decidiendo no involucrarse como lo había hecho yo o el escritor suizo en 2011. Y, sobre todo, quería saber por qué no le había dicho a la abuela que tuvo una hija. ¿Por qué mantener algo así en secreto? Me preocupó la posibilidad de que la abuela sí lo supiera y se confundiera o no recordara. Ya lo decía el filósofo, moralista y escritor suizo Henri-Frédéric Amiel: «Saber envejecer es la obra maestra de la cordura y una de las partes más difíciles del gran arte de vivir». Leía uno de sus poemas íntimos del libro *Jour à jour* que publicó en 1880, cuando entró una mujer menuda con gafas y cabello rubio recogido en una coleta alta. Me sonrió y, en silencio, se adentró en la librería curioseando cada tomo que le llamaba la atención. Luego, con sutileza, los iba devolviendo a su sitio y seguía investigando con lentitud, ensimismada en su propio mundo.

—¿Estás buscando algo en concreto? —le pregunté.

—No, nada en concreto —respondió en inglés—. Solo algo especial —añadió tímidamente.

Al cabo de media hora, la vi aparecer por el pasillo. De un brinco se situó frente a mí con un libro entre las manos y un brillo en los ojos que la delataban. Había encontrado ese «algo especial». Dejó veinte euros en el mostrador y un libro largo y estrecho. Era de pasta dura con ornamentación marginal en negro y oro e inscripción con letra dorada.

La viajera del tiempo

GENEVIÈVE PUEYRREDON

Las esquinas estaban un poco descantilladas, pero por lo demás el libro parecía nuevo. Tenía ochenta y ocho años.

Me dio un vuelco el corazón.

—No —dije, cogiéndolo bruscamente y llevándomelo al pecho—. No, lo siento. Este no está a la venta.

—¿No está a la venta? —se indignó confundida—. Estaba ahí, con todos los libros. Incluso tiene marcado el precio, veinte euros. Claro que está a la venta y me lo quiero llevar.

—Ya, pero ha sido un error. No está a la venta —insistí, empeñada en ganar la batalla.

Con el ceño fruncido y blasfemando, cogió el billete de veinte y salió como alma que lleva el Diablo dando un portazo tras de sí. Me dio igual. Cogí la novela de Geneviève como si fuera un tesoro, leí que había sido publicada en 1930, y, al pasar la primera página, se me saltaron las lágrimas al ver que me la había dedicado a mí:

Para Natalie, la viajera del tiempo

Empecé a leer:

«Hace siglos que no la veo.

Cuando cruzó el portal, una manera de rebelarse contra el tiempo y el espacio, supe que Natalie era un ser luminoso aunque no hubiera motivo aparente para presagiar tal cosa. Procedente de un año lejano, sus ojos, al principio, se mostraron desconcertados y espantados. Su mirada no era diferente a la de los viajeros que nos visitaron antes que ella.

1920 fue un año mágico y especial.

Fueron un total de cinco viajeros; existencias del futuro que llegaron de improviso a nuestro club de lectura de medianoche. No obstante, solo conocí bien a dos. Nunca pregunté qué fue lo primero que pensaron al saber que habían viajado al pasado. Imagino que creyeron haber enloquecido o que se trataba de un sueño. Pero me gustaría decirles, si en algún momento de sus vidas leen estas palabras, que no fue un sueño. Que no se volvieron locos. Que estamos hechos de historias y en ellas también tienen cabida las inesperadas, las imposibles. Que fue tan real para ellos como lo fue para nosotros, que ya debemos estar muertos».

Aunque me podía la curiosidad, no me atreví a leer más. Si te dieran un libro con la historia de tu vida escrita, ¿leerías el final? Esa fue la pregunta que me hice en aquel momento. Así como ninguno de los integrantes de Le club de minuit querían saber qué iba a ser de sus vidas, qué logros conseguirían o cómo terminarían, información que yo podía poseer en un solo *click*, me negaba a conocer mi destino y lo que aún me quedaba por vivir durante mi estancia en 1920.

Sonreí. Esa era la muestra de que no estaba loca ni era un sueño, por mucho que lo creyera al resultarme extraño que solo pudieran verme ellos. El club de medianoche. Le club de minuit. ¿Por qué todo suena mejor en francés?

—Verás cumplido tu sueño de publicar una novela —le dije bajito al libro, acariciando la cubierta rugosa y poniéndolo a buen recaudo en mi habitación.

Luego, volví a la rutina de situarme tras el mostrador y ver la vida pasar mientras esperaba con ilusión la llegada de la medianoche.

UN PASEO POR EL SENA

...porque eras para mí la medida de todas las cosas.^[16]

Antes de que las agujas del reloj dieran la medianoche, mi mano impaciente ya estaba sobre el pomo de la puerta.

Al cruzar el umbral, no estaba esperándome el ambiente que conocía. Percibí que algo había cambiado al observar la sala vacía. Me preocupé. ¿Seguía en noviembre de 1920 o había dado un nuevo salto temporal?

Le club de minuit no estaba, como siempre, alrededor de la mesa redonda repleta de libros. Asustada, miré a mi alrededor y comprobé que los candiles y las estanterías seguían en su sitio. Solo logré tranquilizarme cuando vi el piano y recordé la melodía de *La vie en Rose* que toqué la madrugada pasada para Whitman. La emoción reflejada en su rostro, su sonrisa, su mirada... No podía estar pasando. No podía ocurrir.

Sabía cuánto dolía el amor.

La puerta que daba a la calle se abrió. Me di la vuelta y ahí estaba él, George Whitman, sonriéndome de la misma manera en la que me sonrió cuando entró en la librería de 2018 y yo aún no sabía quién era.

—Buenas noches, viajera —saludó—. Me alegra verte.

—Buenas noches, Whitman. ¿Dónde están los demás?

—Hoy no hay club de lectura.

—Pensaba que quedabais cada noche.

—Me han dado la noche libre —contestó guiñándome un ojo.

—Ah, entonces no te molesto. Vuelvo a mi habitación y...

—Vayamos a dar un paseo —propuso, impidiendo que me fuera—. Tenemos tres horas por delante.

—Toda la noche —sonreí, sin querer pensar en el cansancio acumulado o en mis ojeras. Estaba dispuesta a dejarme llevar por ese hombre que me hipnotizaba y me atemorizaba a partes iguales. Tenía miedo de volver a sentir, aunque ya era demasiado tarde. Nunca me gustaron los imposibles y Whitman estaba destinado a otra mujer con la que tendría una hija dentro de dieciocho años, Corinne, y yo ya estaría fuera de su vida y de su tiempo. Bastaba con pensar que el día que vine al mundo ese hombre que me sonreía y me miraba de manera especial ya no estaba vivo. Mientras pensara en eso, no corría peligro alguno. ¿O sí? ¿Existe alguna fórmula mágica para poder controlar los sentimientos?—. Pensaba que te caía mal, Whitman —bromeé, acercándome a él.

—¿Por qué?

—Casi nunca sonríes ni hablas tanto conmigo como los demás.

—Será el miedo —reconoció, al mismo tiempo que abría la puerta dejándome salir primero.

—¿Miedo de qué? —insistí, ya en la calle.

—Miedo a que llegue el día en que no te vuelva a ver.

No pude evitar ruborizarme por su sinceridad. Bajé la mirada y seguí sus pasos. Mentiría si dijera que echaba de menos al resto del club. Pensaba en ellos, pero estar a solas con la persona por la que realmente viajaba al pasado cada noche, sin querer reconocerlo todavía, era un sueño cumplido. Whitman, con las manos en los bolsillos de su chaquetón gris, me miró con el rabillo del ojo y, sin perder la sonrisa galante, preguntó:

—No tienes frío, ¿verdad? No percibes la temperatura como el resto —comentó, señalando a su alrededor.

—No. Y nadie me ve salvo vosotros, así que, en realidad, es como si no estuviera aquí.

—Sois los fantasmas de Le club de minuit. Me pregunto si, tal y como piensan los demás, el portal del tiempo se cerrará la madrugada del 1 de enero.

—¿Por qué creéis eso?

—Como todo en la vida, Natalie, tal y como apareció de la nada, debe irse tras terminar su ciclo.

Asentí cruzándome de brazos.

—¿Sabías que la luz de esas estrellas tarda años y años en llegar a nosotros? —preguntó entonces, alzando la mirada al cielo inundado de estrellas titilantes que en mi época era imposible ver—. Algunas de las estrellas que vemos ya han desaparecido, pero no lo sabemos porque aún vemos su luz. Para nosotros, no son más que «fantasmas de estrellas». De hecho, todo el mundo ha visto las tres estrellas de la Constelación de Orión, así como Betelgeuse y Rigel. Sin embargo, pocos saben que la luz de Betelgeuse emplea doscientos setenta y cinco años para llegar hasta nosotros, con lo cual, ahora la vemos tal y como era cuando Pedro *el Grande* visitó Holanda en el siglo XVII. La estrella Rigel —continuó con entusiasmo— está todavía más lejos, a quinientos cuarenta años luz. Esta noche, es posible que no la estemos observando cómo es en la actualidad, sino cómo era en los días en que Juana de Arco mandaba las tropas del rey de Francia. Hace años que las estrellas se desplazaron en la galaxia de la Vía Láctea y no son ya lo que parecen ser.

Sonreí, invadida por los recuerdos de mi niñez.

De pequeña, en lugar de dormir cuando mi madre me lo ordenaba, me asomaba a la ventana con la esperanza de ver una estrella fugaz y pedir un deseo. Si tenía un poco de suerte, podía ver una o dos estrellas, pocas más. Una noche, vino la abuela y descubrió mi *secreto*. En lugar de reñirme por no estar dormida, vino a mi lado, me arropó y, observando las pocas estrellas que se divisaban en Barcelona, me contó lo mismo que Whitman, aunque sin tanto detalle y de manera más resumida para mi entendimiento infantil.

Whitman y yo nos quedamos solos cuando nos alejamos de la Rue de la Bûcherie. No había gente paseando por las calles adoquinadas de París que nos acompañaran en la noche oscura cuan silenciosos figurantes. La luz de la luna hacía que todo tuviera una apariencia bidimensional. Nuestras sombras se alargaban por delante de nuestros pasos y parecíamos más altos. Cruzamos el Pont au Double, más pequeño a como lo conocía en el siglo XXI, en dirección a la Catedral de Notre Dame. Nos sentamos en el único banco de madera que había en la plaza. Durante unos minutos, me vi inmersa en mi juego mental de crear un mundo paralelo en el que Whitman y yo no estábamos en 1920, sino en 2018, rodeados de turistas con sus cámaras fotográficas del futuro y guías hablando de sucesos de épocas pasadas perdidas en la memoria del tiempo.

Luces, tecnología, boutiques abiertas, ruido del tráfico...

Nada de eso existía. No en aquel momento.

La edificación de la iglesia de estilo Gótico que contemplábamos, dedicada a María, la madre de Jesucristo, se inició en 1163 y no terminaría hasta ciento ochenta y dos años más tarde, en 1345. Situada en la pequeña isla de la Cité, está rodeada por las aguas del río Sena que, por cómo se encogió Whitman, debía favorecer al frío de esa madrugada.

—¿Estás bien?

—Sí. Estaba pensando.

—¿En qué? —quise saber.

—En que este monumento ha sido admirado por personas cuya existencia hemos olvidado y lo mismo ocurre en tu época con los que vivimos ahora.

—Ley de vida, Whitman. Nadie es eterno.

Se levantó y, sin decir nada, se situó frente al pórtico elevando la vista para contemplar la fachada principal que siempre ha destacado por la gran riqueza en sus detalles. Me situé a su lado. Sin mirarme, reflexionó sobre algunos de los acontecimientos históricos que el alma de ese viejo edificio había contemplado a lo largo de los años.

—En marzo del año 1314, cuando la Catedral estaba en

construcción, quemaron vivo a Jacques de Molay. En 1429 se celebró la coronación de Enrique VI de Inglaterra durante la Guerra de los Cien años. El 2 de diciembre de 1804 coronaron a Napoleón Bonaparte como emperador de Francia y su mujer, Josefina de Beauharnais, se convirtió en emperatriz con la presencia del papa Pío VII. En 1909 beatificaron a Juana de Arco. Este lugar está desbordado de fantasmas.

—Hay más fantasmas en las historias que nadie cuenta, las íntimas que no pasarán a la historia, que por las que todo el mundo conoce.

—Pero no sobreviven al tiempo. Gente como tú o como yo no sobrevive al tiempo.

Quise decirle que estaba equivocado. Que nuestra amiga Geneviève Pueyrredon sobreviviría al olvido gracias a su novela y que él, aunque en 2018 llevara cincuenta y ocho años muerto, seguiría siendo recordado por la persona que más lo había querido: la mujer fría y reservada que aún no había nacido en 1920 y que, pese a su edad, se había empeñado en perpetuar la librería que el hombre que tenía delante abriría en un mes.

—Sé que la librería seguirá abierta en tu año. Lo que no entiendo es por qué recaerá en tantas manos y eso me inquieta. Cinco, por lo menos. Cinco viajeros del futuro —recordó.

—¿El escritor suizo no te contó nada?

—Puede que le contara algo a Elie, no lo sé. Los últimos días prefirieron estar solos. Tampoco queremos saber nuestro futuro, recuérdalo.

—Por cómo hablas parece que tú sí tengas curiosidad por lo que está por venir —deduje, concentrándome en sus gestos. En su silencio y en cada mirada que me dedicaba. Siempre he pensado que podemos conocer más a una persona por sus silencios que por sus palabras.

—Viajar en el tiempo es sumamente peligroso, Natalie. Cualquier decisión, por muy insignificante que parezca, puede cambiar el transcurso de la historia o provocar catástrofes que no estaban destinadas a ser.

—Ya —asentí—. Todo es como debe ser sin cambiar una sola coma o un punto aparte.

—Exacto.

—¿Y si tiene que venir alguien del futuro para que sea como debe ser? —le planteé.

—Uno de los secretos de la felicidad reside en no hacerse tantas preguntas.

—Me gusta hacer preguntas.

—¿Acaso tener la información de lo que va a ocurrir influirá en nuestro destino? ¿Podremos evitar tragedias? —profundizó—. Lo único importante es saber qué es lo que quieres tú, qué esperas de la vida y adónde quieres ir. Desde pequeño, tuve claro que terminaría abriendo una librería en París y, mírame, aquí estoy. ¿Dónde quieres ir tú? ¿Qué sueños tienes? ¿Lo sabes, Natalie?

Sus palabras me impactaron como si una bala hubiera penetrado en mi piel y me hundí. Me hundí porque no sabía qué era lo que quería ni lo que esperaba de la vida. Me sentí como una idiota y temía que Whitman pensara lo mismo de mí.

—Hasta hace poco solo sabía que quería escribir, leer y viajar. Qué tontería, ¿verdad? A día de hoy no sé nada.

—No saber nada también es un principio.

Posó la mano en mi espalda y agachó la cabeza para mirarme a los ojos. Era bastante más alto que yo. Fue un gesto amistoso e inocente, pero mi corazón empezó a golpear fuerte. Me puse nerviosa, me aparté de su lado y me alejé en dirección a orillas del río Sena, donde reinaba la calma, carente de farolas de gas que alumbraran la noche negra de París.

En aquel momento, Whitman no tenía ni idea de todo lo que me hacía sentir. Su voz ronca, su mirada intensa... su sola presencia me provocaba un cosquilleo inusual en el estómago. De haber podido hurgar en mis pensamientos, seguro que hubiera huido cuando aún estábamos a tiempo.

Debía ser cerca de la una de la madrugada cuando crucé la plaza, corrí por el puente traspasando la espesa neblina, y bajé las escaleras adentrándome en la acera enlosada que bordeaba el río. Caminé y caminé sin

sentir frío ni calor, sin que las ratas que surgían de las cloacas putrefactas me espantaran. Las lágrimas corrían a su antojo por mis mejillas. Oía los pasos acelerados de Whitman detrás de mí. Con un tono elevado de voz, me preguntaba qué era lo que me pasaba. Por qué me había puesto así.

—No llores —me pidió cuando me alcanzó—. ¿He dicho algo que te haya molestado, Natalie? —Se preocupó.

Atravesamos viaductos oscuros, casi tétricos. Las yemas de mis dedos se deslizaban por los muros de piedra cubiertos de mala hierba, al mismo tiempo que sorteaba con habilidad los árboles. El Sena estaba vacío, en paz.

«En mi época se hacen numerosos cruceros turísticos», me hubiera gustado contarle a Whitman.

Seguí caminando deprisa hasta que Whitman, inquieto, me agarró del brazo y me detuvo, en un intento torpe de arrimarme a él. No se estaba pareciendo en nada a la noche que había imaginado.

—Lo siento —dije—. Soy una estúpida. No sé qué me ha pasado, no quiero discutir.

—¿Por qué íbamos a discutir? No ha pasado nada. Solo quiero que estés bien y que, dentro de lo extraño que es todo esto, vivas el momento sin preocupaciones. Todo aquel que llega a la librería huye de algo, nos lo dijo el escritor suizo, también me lo dijiste tú. Él huía de sí mismo para superar sus miedos y avanzar en la vida. ¿Puedo preguntarte qué te angustiaba en Barcelona?

Estábamos tan cerca el uno del otro que podía sentir su aliento. Escuché los latidos de su corazón, rápidos y vigorosos. Whitman estaba nervioso, pero sabía disimularlo bien. Yo ni siquiera podía hablar porque, sin saber quién era el famoso escritor suizo que vino hacía siete años, podía darle la misma respuesta: «Huyo de mí misma para superar mis miedos y avanzar en la vida. Busco, simple y llanamente, la felicidad».

Un repentino aroma a jazmín inundó la breve distancia que nos separaba. Jazmín. El piso de Corinne olía a jazmín sin que allí hubiera ninguna flor.

—La rutina. Me agobió la rutina —me sinceré—. Me sentía atrapada en los brazos de un hombre con el que no me veía pasando el resto de mi vida. Una mañana, al despertar, me quité la venda de los ojos. Miré a Mateo y supe que no quería casarme. Aún me debía el sueño que dejé atrás por él.

—¿Y qué sueño era?

—Escribir, leer, viajar y vivir nuevas experiencias.

—¿Cuál será tu próximo destino?

—Aún no lo sé. Me quedan unas semanas en París... Luego ya veré.

—Toda una trotamundos —sonrió—. Dime, Natalie, ¿sientes remordimientos por haber dejado a ese caballero?

Sus preguntas eran directas y precisas; había algo en él que me recordaba a la abuela. Ambos eran personas sabias que parecían tener siempre las respuestas. Se notaba, por cómo me miraba atentamente, que le interesaba saber de mí.

—A veces. Cancelé la boda y cerré la puerta de golpe a nuestra relación, pero le hice creer, para no hacerle tanto daño, que aún había una ventana entreabierta.

—¿Y la hay? —se interesó sin juzgar.

—No. No la hay —negué tajante.

Sacó una mano del bolsillo para dirigirla con tiento hasta mi brazo. No podía sentir frío ni calor. Nadie podía verme en 1920. Pero sí sentí la palma de su mano acariciando con suavidad mi piel. Y, mientras nos mirábamos como si el mundo hubiera dejado de existir, la vocecilla de mi abuela se instaló en mi cabeza para decirme: «No dejes escapar a quienes hacen bonito tu mundo».

—Fantasmas.

La voz de una mujer nos sorprendió. Whitman, sin apartar la mano de mi brazo en un gesto protector, miró a la anciana encorvada que apareció de la nada frente a nosotros. Una capucha negra le cubría medio rostro y sostenía un cartón al que le había dado forma de cuenco. Se lo tendió a Whitman y le pidió una moneda.

—Sí, señora —dijo él, hurgando en los bolsillos para darle una limosna.

—Me ve —susurré—. Me está mirando.

Los ojos de la anciana clavados en mí se me antojaron de color púrpura, aunque era probable que fuera debido a la oscuridad. Producto de mi imaginación. Ver lo que quería ver y no lo que sucedía de verdad.

—Fantasmas de medianoche que vienen para quedarse —volvió a hablar la mendiga, al mismo tiempo que aceptó la limosna que le dio Whitman. Sonrió, y en su sonrisa atisé la juventud de los años que se habían quedado en el olvido. Eran historias del pasado. Fantasmas. Leyendas. La mujer se alejó fusionándose con la oscuridad hasta desaparecer.

—Heridas de guerra —comentó apenado Whitman.

—Me ha visto.

—Eso es imposible.

—A estas alturas, ¿crees que hay algo imposible?

III

París, junio de 2018

UN AMOR

Todo dura siempre un poco más de lo que debería. [\[17\]](#)

Aproveché el descanso del mediodía para volver a visitar a Corinne en dos ocasiones, pero debía seguir en Berlín porque, por más que insistía, no contestaba al interfono. Me rendí y decidí esperar que viniera a verme cuando regresara. Cabizbaja y pensativa, caminé por las soleadas calles de París. Junio había llegado, y con él más turistas, aunque seguían siendo pocos los que entraban en la librería.

Las exquisiteces culinarias que preparaba el chef Gaspar en Le Petit Châletet, donde iba a comer casi cada día, me estaban arruinando, pero cocinar en la habitación era misión imposible, casi tanto como ducharme con agua caliente. La estancia se llenaba de humo en cuanto encendía el fogón y vivir a base de sándwiches y ensaladas no me parecía la mejor opción. Habría tiempo para ahorrar, aunque sabía que de la librería no sacaría un buen sueldo. No llegué a vender ni veinte libros en el mes de mayo.

Los domingos, el único día que cerraba, caminaba quilómetros y quilómetros sin sentirme cansada; la belleza en todos y cada uno de los rincones de París está garantizada. Ignoraba los Starbucks que encontraba a mi paso y me metía por callejones para tomarme un café en auténticas cafeterías parisinas, cuanto más antiguas mejor, y así imaginar que seguía en los años 20, aunque disfrutando de la luz del sol. París es la ciudad de la Luz y del Amor, también me advirtieron que del paraguas, pero durante los días que duró mi estancia allí, no llovió ni un solo día del siglo XXI. 1920, noviembre y

diciembre, era otro cantar; llovía a todas horas.

Cruzaba el Sena y tardaba más de la cuenta en atravesar los puentes porque me quedaba embelesada contemplando la majestuosa arquitectura. Solía desplazarme en metro, rápido como una bala, y me perdía por los distintos distritos de la ciudad. Si me sentía agobiada, acudía a Google Maps y, como una turista más, me apuntaba a visitas guiadas. Una de las que más me gustó fue la casa de Víctor Hugo, situada en la preciosa place de Vosges, en pleno centro del barrio Le Marais. El escritor francés vivió en el segundo piso de 1832 a 1848, y escribió allí algunas de sus obras más conocidas y buena parte de *Los Miserables*. Se conservaban impecables los recuerdos, los muebles y la decoración en cada estancia. En mi recorrido por el apartamento pude ver la antecámara, el salón rojo, el salón chino, el comedor, el cuartillo, el impactante despacho con el busto heroico de Rodin y, por último, el dormitorio. Conocí más detalles de su vida, especialmente sobre el antes, durante y después del exilio en Guernesey. Imaginé a Víctor Hugo reunido en el salón rojo con personalidades como Gautier, Lamartine, Dumas o Mérimée. Era como si su fantasma recorriera la casa con nosotros, simples forasteros con curiosidad por cómo fue su existencia en ese lugar.

«A Whitman le hubiera encantado».

Fue lo primero que pensé al salir.

Habían transcurrido cuatro noches desde aquel paseo por el Sena con Whitman. La noche no acabó con la intimidad de un beso como los dos parecíamos desear, sino con la calma de una conversación profunda sobre la vida y el paso del tiempo, después de aceptar sus súplicas para que volviera a tocar el piano con melodías futuras que quería tener el privilegio de escuchar antes que nadie.

—Los tiempos cambian, pero las personas no tanto —reflexionó, sentándose junto a mí en la banqueta del piano. Sus pensamientos parecían balas de fogueo que encerraban un ruido familiar con el que conseguía despertar cosas que ya no volvían a encontrar descanso—. Nuestros ropajes pueden ser diferentes, pero la esencia reside en el corazón. Todo ser humano,

vengamos de donde vengamos, poseemos un mismo órgano y un mismo deseo: mantenerlo sano y feliz.

—¿Y cómo podemos mantenerlo sano y feliz, Whitman? —le pregunté, por si tenía el secreto.

—Enamorándonos —contestó, sin dejar de mirar mis labios.

Creo que en ese mismo momento el corazón me creció un poco.

Cuando parecía que iba a haber un acercamiento, yo, creyéndome Cenicienta, miré la hora en el reloj de cuco de la pared. Faltaban dos minutos para las tres de la madrugada. Tras maldecir al tiempo, si es que al tiempo se le puede maldecir, salí corriendo, abrí la puerta y me encerré en mi habitación. Whitman, al otro lado, desapareció. Dejó de existir. Y yo para él.

Cuando todo volvió a su sitio, me tumbé sobre el colchón mordiéndome las ganas de retroceder para volver a aquel instante, antes de que la mendiga nos abordara, y rodear su cuello para darle un beso en los labios mientras él seguía acariciando la piel de mi brazo.

La noche siguiente fue como todas. Y la otra, y la otra... Le club de minuit al completo no nos dio ocasión de estar a solas, aunque sí había miradas, roces y guiños, que me hacían pensar que en esos silencios estábamos rompiendo muros y acercándonos sin tocarnos. Besándonos sin saber aún a qué sabían nuestros labios. Aprovechábamos cualquier instante para mirarnos con miedo. Miedo a qué pasaría si... Miedo a destrozarnos el corazón en mil pedazos. Con cada medianoche que pasaba, menos era el tiempo que quedaba para que el viaje llegara a su fin y el portal del tiempo se cerrase para siempre. Eso, al menos, era lo que creíamos.

«¿Aún podemos evitarlo?», pensé, mientras veía cómo Elie seguía sufriendo por aquel amor; Geneviève, ajena al dolor y tan divertida como siempre, leía un poema de Paul Verlaine que yo escribiría a la mañana siguiente en la pizarra y Edmond la escuchaba atentamente ajustándose las gafas.

Eran las siete de la tarde cuando sonó mi móvil. Sonreí al ver que se trataba de la abuela.

—¡Abuela! ¿Cómo estás?

—Echándote de menos cada día, mi niña. ¿Cuándo vas a volver?

—A finales de este mes.

Al decir eso, fui consciente del poco tiempo que me quedaba y la tristeza me embargó de nuevo. Ni siquiera la voz dulce y divertida de la abuela podía consolarme.

—Abuela, me dijiste que tu amiga Corinne no tenía hijos.

—Sí, eso te dije.

—Por lo visto tiene una hija. Vive en Berlín.

—No, mujer, no puede ser, me lo hubiera contado.

La seguridad con la que hablaba me dejó descolocada. Tampoco parecía muy sorprendida.

—Me lo dijo una vecina. No sé, a lo mejor se equivocó —disimulé.

—¿Una vecina te dijo que Corinne tiene una hija que vive en Berlín?

—Bueno, fui a verla y no estaba. Salía una vecina del portal, le pregunté, y me dijo que Corinne se había ido a Berlín a visitar a su hija —resumí.

—Qué marcha tiene a su edad, *la jodia*. Y a mí que me cuesta Dios y ayuda levantarme del sillón —rio.

—Y en el caso de que tenga una hija, ¿no te extraña que no te lo hubiera dicho?

—Ay, mi niña... ya te habrás dado cuenta que es un poco rarita, ¿verdad? Es buena mujer, pero siempre me pareció que guardaba muchos secretos.

—¿Crees que la hija es del catalán?

—¿De Josep? Puede ser. A lo mejor le dio vergüenza y decidió mantenerlo en secreto. En esa época ser madre soltera no estaba bien visto.

No hablamos más del tema y sí de mi madre, a la que ya se le iba pasando poco a poco el enfado.

—Tiene una invitación para otra boda el mes que viene —contó risueña—. Dice que el vestido no ha caído en saco roto.

—Menos mal —reí con ella.

—No es por ser dura contigo, Natalia, pero Mateo es un santo. — Cambió de tema de repente como ya era habitual en ella desde hacía años—. El otro día vino a verme a casa —reveló.

—¿Para qué?

—Hija, pues para tomar un cafelito conmigo y hacerme compañía. El muchacho me tiene mucho cariño. Cinco años no se borran así como así.

Eso dolió.

—Crees que me equivoqué al dejarlo, ¿verdad?

—No, no lo creo. Es lo que quisiste y lo que quieres, ¿no?

En ese momento, mirando a mi alrededor, pensé en Whitman. Su librería. Sus libros. Todo estaba tal y como él lo ideó.

—Es lo que quiero —respondí decidida, sin atreverme a preguntar de qué hablaron en el rato que estuvieron juntos.

—Por primera vez en mucho tiempo escuchaste a tu corazón y no sabes cuánto me alegra. ¿Qué te dice ahora? —me preguntó con curiosidad.

—Que no te cuente nada —bromeé.

—Así me gusta, mi niña. Las cosas importantes hay que guardarlas para uno mismo.

Antes de colgar, me contó que Mateo le confesó que me echaba de menos y que tenía que hacer un gran esfuerzo para no escribirme o llamarme. Era algo que ya suponía. Suspiré, le dije que se cuidara y comiera bien, como si yo fuera la abuela en lugar de la nieta, y le mandé un beso sonoro de

despedida.

Diciembre llegó con prisa a 1920 como lo hizo junio a 2018. Supuse que en el exterior hacía frío por la escarcha que cubría los adoquines; los transeúntes a esas horas de la noche sacaban vaho por la boca.

No fueron Edmond, Elie y Geneviève quienes me recibieron en compañía de sus libros, sino Whitman, de nuevo solo, sentado frente al piano. Tocaba una de las piezas más influyentes de Ludwig van Beethoven, la bagatela para piano solo compuesta en *la menor: Para Elisa*. Me adentré en la estancia en silencio, dejándome llevar por el ritmo lento y armonioso de la melodía. Dejándome llevar por el momento, cerré los ojos un instante y, al abrirlos, contemplé las velas blancas que, espaciadas por las tablas de madera, le otorgaban un aspecto novelesco al lugar.

«¿Qué quieres de mí, Whitman?».

Mi pregunta muda se desvaneció como el recuerdo de un escrito de Mario Benedetti: «No me tientes que si nos tentamos no nos podremos olvidar».

Contemplé su espalda rígida cubierta por un jersey de lana marrón; los dedos acariciando las teclas del piano con delicadeza; su cabello, despeinado y rebelde, muy diferente al de los hombres de esa época. Él era consciente de que yo estaba ahí, detrás, observándolo de cerca. Me hubiera gustado saber en qué pensaba, aunque era probable que la concentración le facilitara dejar la mente en blanco. Yo era incapaz. Incapaz de dejar de pensar en él. En sus ojos verdes que me atraían como un imán. En su inexplicable visita a la librería en 2018. En su voz ronca y apasionada, en sus reflexiones y su sabiduría. En cómo leía. En cómo miraba. Cómo me miraba.

Whitman era de esos tipos que saben qué hacer con su vida, que disimulan sus miedos y proyectan energía.

Cuando *Para Elisa* llegó a su fin, se llevó las manos a las rodillas presionándolas ligeramente. Nuestros ojos se encontraron. Sonreímos y sellamos nuestra complicidad.

—No me dijiste que sabías tocar el piano —le dije, rompiendo el hielo y acercándome a él.

—Quería sorprenderte.

Me acomodé a su lado con la mirada fija en las teclas para huir de sus ojos curiosos y susurré temblando:

—Lo has conseguido.

Fue un momento tranquilo en el que nos limitamos a contemplarnos. El silencio hablaba por nosotros; las palabras no eran necesarias. Fijó sus ojos en mí, escaneándome, mirándome de verdad, viéndome como poca gente me había visto a lo largo de mi vida. Ver es algo más que mirar. Ver consiste en advertir los detalles y en eso Whitman era todo un experto. La luz de las velas parpadeaban sobre su cabello. Si es cierto lo que dicen sobre la existencia de aureolas alrededor de nuestro cuerpo, la de Whitman era cálida y resplandeciente.

Hay quienes creen que el beso más difícil es el último y no el primero. Estoy de acuerdo, pero cuesta un mundo tomar la iniciativa. Ubicarse. Aparentar que es más sencillo de lo que en realidad es. Saber qué es lo que quieres y preguntarte cómo será cuando ocurra, si es que llega a ocurrir, después de haberlo imaginado tantas veces. Cuando el momento al que le has estado dando vueltas en tu cabeza está a punto de llegar, temes que no sea igual a como lo habías visualizado. Que sea peor, no tenga nada que ver y te decepciones o, por el contrario, sea mejor y te enamores.

Tener miedo al amor, el sentimiento más puro, es atroz.

Si alguien se hubiera asomado al cristal de la puerta, habría visto a Whitman con la mirada fija en la nada, rodeado de velas que daban calor a la estancia. Pero el fantasma en el que me había convertido le devolvía esa mirada que solo él podía ver y que le hablaba de miedos. Del miedo a reconocer que estaba ocurriendo algo que de sobrenatural tenía poco porque así de imprevisible es el amor. Y, aunque tuviera que retroceder mil veces noventa y ocho años en el tiempo, lo haría solo para revivir ese instante en el que no importó nada más que el sentimiento.

«... Que, durante unos segundos y sin que nuestras miradas lleguen a cruzarse, un desconocido con el que seguramente no volveré a coincidir jamás, se pregunte cómo es la última persona de la que me he enamorado».

Whitman desvió la mirada de mis ojos a mis labios y dejó escapar un leve suspiro. Por mi parte, conseguí que lo que me dictaba el corazón se impusiera al pensamiento racional. Solo existía él. Nosotros. Solo había un «nosotros» y nada más. Sentí un calor por todo el cuerpo que hacía tiempo que no se me presentaba. Ese tipo de calor que provoca quien te atrae y entiende tus movimientos antes de que comiencen. Mi cuerpo empezó a vibrar con una aceleración interna, como si me amarraran a un cohete que atravesara la capa de ozono, dejando una estela candente hasta que ambos explotáramos de dicha.

Whitman tensó la mandíbula. Esa noche, en lugar de dirigir su mano tímidamente hasta mi brazo, la posó en mi mejilla. Despacio, muy despacio, me acarició como si pudiera romperme. Me inundó una sensación de vértigo cuando la otra mano se aposentó en mi cintura arrimándome a él. Con la respiración agitada y el corazón más vivo que nunca, entrelacé los brazos en torno a su cuello mientras mis dedos se perdían entre su pelo. Tomando la iniciativa de la situación, lo atraje hacia mí hasta sentir el roce de sus labios, cálidos y firmes, presionando contra los míos. Suspiré dentro de su boca, con los ojos cerrados. Fue un beso dulce y fugaz que no necesitó permiso para convertirse en mucho más, tras un breve titubeo al apartarme con miedo.

Noté que el pecho me iba a explotar. Nos mirábamos a los ojos como si en la mirada del otro estuviera la única cosa que nos podía mantener con vida, como si la estancia estuviera llena de cosas terroríficas y solo en las pupilas del otro estuviera la salida. El mundo no era tan bello como lo que estaba ocurriendo dentro de nosotros en ese momento.

Estábamos perdidos. Lo sabíamos. Y no nos importaba.

Los minutos transcurrieron entre besos y caricias, murmullos y silencios..., miradas apasionadas por las que las agujas del reloj debieron sentir celos porque el tiempo pasó volando.

—No me quiero ir —le susurré al oído asustada.

—No te vayas —me pidió con ternura, pasándome un mechón suelto por detrás de la oreja. Apoyé la frente en su pecho y aspiré su aroma. Me centré en el sonido del latido de su corazón y en su respiración acelerada, al mismo tiempo que él acariciaba mi espalda con la barbilla descansando en mi cabeza.

Qué fácil hubiera sido quedarme, aunque ambos sabíamos que no era posible. A las tres de la madrugada el mundo cambiaba también en esa estancia en la que en mi época no había salida.

Me tenía que ir pero me quería quedar y a la vez quería irme y quedarme con las ganas de más.

—Recuerda que soy un fantasma —sonreí tristemente.

—No lo eres pasadas las tres de la madrugada.

Su respuesta me hizo reflexionar.

Volví a mi tiempo. A la librería que conocía del siglo XXI. Solo deseaba que las siguientes noches que nos quedaban por vivir fueran igual de intensas. Igual de fugaces, que era lo que las hacía perfectas, sin temer a nada ni a nadie más que a nosotros mismos.

QUITARSE LA VENDA DE LOS OJOS

Pintar el amor ciego es una sinrazón de los poetas; es preciso quitarle la venda y devolverle para siempre la alegría de sus ojos.^[18]

Whitman entró por la puerta de la librería a las doce del mediodía. Desde el mostrador, le sonreí con normalidad, como si no me sorprendiera lo más mínimo verlo ahí, conmigo, en el siglo XXI que él no llegó nunca a conocer. Galante, hizo una reverencia, me guiñó un ojo y, silencioso como un muerto, caminó hasta la sala hexagonal. Contemplé cómo acariciaba los libros viejos que encontraba a su paso tal y como solía hacer yo. Con un nudo en la garganta por el recuerdo de nuestros besos, recorrí su mismo camino pero, al llegar y mirar al sofá rojo donde creía que estaría sentado leyendo, no estaba.

—Es un fantasma.

Esa era la explicación a la incógnita. Yo era un fantasma en 1920; Whitman lo era en 2018.

Tuve un momento de lucidez, supe que iba a sufrir. Supe que entre nosotros había ocurrido algo que iba a doler. Era una historia imposible. Pero no podía parar.

—*Je t'aime* —dije bajito, por si me podía escuchar desde algún lugar.

Negué con la cabeza y empecé a reírme sola como las locas. Tal y como el club de medianoche creía, el portal del tiempo se cerraría el 1 de enero de 1921. 1920 quedaría anclado en el pasado, como si solo hubiera sido un espejismo, y yo desaparecería de su mundo para siempre. Whitman conocería a otra mujer de la que se enamoraría y tendrían una hija. Viviría por

y para su familia y la librería hasta fallecer en 1960. Tenía setenta años. Y esa era la historia. Una historia que ya había llegado a su final. Una historia que el tiempo se había llevado. Yo, en mi presente, en una época en la que él no tenía cabida, también seguiría con mi vida y, quién sabe, quizá volviera a enamorarme con la misma pasión que en ese viaje en el tiempo que permanecería conmigo el resto de mis días.

Con lágrimas en los ojos, oí el tintineo de la campana colgada al techo de la entrada. Rápidamente, traté de quitarme de encima el resultado de la emoción contenida y, simulando una sonrisa, fui hasta el mostrador para atender a quienquiera que hubiese entrado.

Casi se me sale el corazón del pecho.

—¿Qué haces aquí?

Mateo también parecía un fantasma. Un fantasma del pasado al que había maltratado. Cuando lo dejé, sin más, de veras llegué a pensar que era una mala persona, un ser despreciable como mi padre, al que nunca he podido ni he querido poner cara. Él abandonó a mi madre cuando se quedó embarazada de mí. Yo abandoné a Mateo, cancelé la boda y hui sin mirar atrás en busca de una nueva aventura, una que él ya no podía darme.

«¿La maldad se hereda? ¿La llevo conmigo en el ADN?», me pregunté.

Me lo quedé mirando durante un rato, no sé cuánto. En situaciones así, el reloj pierde las manecillas, disimula. No se sabe si es una eternidad o un segundo.

Sin un ápice de resentimiento hacia mí, dejó una maleta pequeña descansando en el suelo y se acercó para darme un abrazo. Me estrechó entre sus brazos tal y como lo había hecho en el aeropuerto un mes antes, cuando necesitó despedirse de mí sin reproches y sin que yo pudiera corresponderle con el mismo cariño. Y ahora volvía sin que lo hubiera llamado.

Las lágrimas, traicioneras, surgieron a borbotones de mis ojos sin saber qué hacer o cómo decirle que cancelar la boda no significaba tomarnos un tiempo o reflexionar sobre lo nuestro, sino dejarlo para siempre. Cómo quitarle la venda de los ojos si su dolor seguía doliéndome.

—Me vas a asfixiar —murmuré, emitiendo una risa falsa que no parecía salir de mí.

—Lo siento. Natalia, no quiero agobiarte ni que te sientas incómoda, de verdad. Esa no es la intención. Vuelvo a Barcelona mañana por la tarde, se trata de un viaje relámpago. Pero, por favor, déjame estar contigo. Dame una oportunidad. No puedo... —balbuceó, resignado a perder la poca dignidad que le quedaba—. No puedo estar sin ti.

Cualquier mujer hubiera caído rendida a sus pies. Cualquier mujer que no estuviera enamorada de otro, aunque ese otro sí fuera un fantasma. Una ilusión óptica de otra época. Un imposible de tiempos pasados.

—Mateo, ya lo hablamos. Necesito...

—¿Qué? ¿Qué necesitas? —Se exaltó, alzando las manos.

«¡¿Por qué me lo pones tan difícil?!», quise gritarle.

Nunca había visto tanta decepción en su cara. El suelo se abrió y me engulló.

—Eres tan perfecto... —musité avergonzada—. Pero contigo siento que abandoné mis sueños demasiado pronto. Que lo dejé todo atrás por ti y no quiero... yo no...

«No eres el hombre con el que me imagino toda la vida», me callé. Esa era la verdadera razón; mis palabras solo eran excusas. Cuando hay amor de verdad, da igual lo que dejes atrás.

—Escribir, leer y viajar —dijo entre dientes mirando a su alrededor. Y luego, en un tono opaco y quebradizo, añadió—: Si eso es lo que quieres, podemos hacerlo juntos. Sé que soy más aburrido de lo que pensabas, pero puedo cambiar.

—No quiero que cambies. Nadie debe cambiar por nadie, Mateo.

Quise decir algo más, ser sincera, pero tenía la garganta demasiado cerrada. No pude decir que no. No pude decir nada. Era consciente de que todo proceso implicaba un tiempo, que nada que haya sido importante se borra de repente.

Me limité a cubrir mi cara con las manos para que no viera mis ojos

vidriosos y dejé que me abrazara otra vez sin sentir nada que no fuera el cariño de una vieja amistad. Creí que le era infiel a Whitman en su propia casa cuando, en realidad, era una quimera. Me lo había demostrado hacía escasos minutos, cuando su fantasma entró por la puerta. Se me escapó otro detalle: la campana no sonó las dos veces que Whitman había entrado en la librería.

—¿Sabes dónde me gustaría ir?

—¿Dónde? —quise saber, sin mucha emoción.

—Al Moulin Rouge.

No aceptaría un no por respuesta, así que dije que vale, que me apetecía ir al Moulin Rouge, que solo conocía su fachada porque nunca había encontrado el momento ideal para entrar.

—No salgo mucho, solo los domingos, el día que libro. De lunes a sábado cierro a las nueve, me voy a la habitación y duermo. Y así cada día —mentí.

—Pues parece cansada. ¿Hay mucho trabajo? —se interesó, mirando a su alrededor y curioseando algún libro.

—No, no entra mucha gente —respondí con desgana—. Aquí al lado se come muy bien —añadí, mirando el reloj—. La jefa está en Berlín, así que no creo que se entere si cierro antes.

—A lo mejor tiene un espía —expuso divertido.

—¿Un espía? —reí.

«Es ella», le dijo a alguien por teléfono hacía más de un mes.

La luz del sol a través de la ventana mostró una nube de motas de polvo blanco danzando en el aire. Miré hacia el exterior, y aunque el pintor sentado en la escalinata de piedra parecía sospechoso, era un disparate pensar que Corinne malgastaba dinero contratando a un espía para saber si cumplía con mi trabajo.

El camarero de Le Petit Châletet recibió a Mateo como si fuera un cliente habitual.

—¿Es tu novio? —preguntó indiscreto. No supe qué cara poner y Mateo, dadas las circunstancias, tampoco.

—Es un amigo —contesté educadamente, a pesar de la decepción que Mateo no se esforzó en disimular.

Nos dieron la mejor mesa, una íntima que ocupaba un rincón, y, tras repasar la carta que yo me sabía de memoria, pedimos una de las especialidades de la casa: ternera estofada en vino.

No sé si fueron mis silencios o mis miradas esquivas, pero Mateo parecía incómodo. Me miraba de reojo sin saber qué decir o cómo romper el hielo. Siempre odió comer sin una conversación, pero no me apetecía hablar.

—¿Descubriste quiénes eran?

—¿Cómo?

—Las cuatro personas que aparecían en la fotografía que me mandaste por wasap.

—Ah —recordé—. Eso. Sí, no tiene importancia.

—Si te sientes más cómoda puedo irme a dormir a un hotel.

—Puedes dormir en la habitación de la librería, no hay problema.

Bajé la mirada y no porque me molestara, sino porque eso significaba perder una noche en el pasado. Tenía que llevarme a Mateo fuera de allí de doce a tres de la madrugada para que no descubriese el motivo real de mi cansancio y mis ojeras. Una noche sin ver a Whitman parecía una eternidad y ese simple pensamiento me producía una ansiedad que me desestabilizaba por completo. El corazón me dolía. Sentía el pinchazo, era físico, no era mental, era real. Sabía que esas terribles sensaciones aumentarían cuando llegara el momento de irme. Cuando la vida me separara de Whitman. Me adelantaba a los acontecimientos, no vivía el presente, temía enloquecer y era raro. Antes de conocer al librero en 1920, quería la libertad que sentía que me había quitado el hombre que tenía delante y que me dedicaba una mirada frustrada llena de preocupación.

A la vida le gusta ser ingeniosa.

Al ser humano le gusta contradecirse.

—Mateo, estoy bien. No me mires así, por favor.

—Creía que si volvías a verme te darías cuenta de que me has echado de menos. Tenía esa esperanza, pero ya veo que me he equivocado. Tu abuela me lo advirtió. Debería haberle hecho caso y no venir.

—Está rica la carne, ¿verdad?

Hizo ademán de decir algo. Oí el chasquido de la lengua contra los dientes cuando abrió la boca, la palabra a punto de tomar forma pero, en lugar de hablar, le dio un sorbo a la copa de vino. Seguimos comiendo en un prolongado silencio que no se desvaneció hasta que a las cuatro de la tarde volvimos a la librería y le propuse que se fuera a dar una vuelta.

—El barrio latino es una preciosidad.

—Conozco París. Prefiero quedarme aquí —respondió.

—Como quieras —dije molesta.

No tenía derecho a estar ahí, en la librería, conmigo. Ese no era su lugar, sino el de Whitman y mío. Eso fue lo que pensé, qué tontería. Como si se me hubiese ido la cabeza del todo.

Pasé la tarde detrás del mostrador sabiendo que Mateo estaba sentado en el sofá rojo después de elegir una edición de Alianza Literaria del libro *Desdicha del soltero*, de Franz Kafka. Muy oportuno. Tenerlo tan cerca me desesperaba, como si no hubiéramos roto por el mero hecho de respirar el mismo aire. Como si su intención al venir fuera cortarme las alas que creí ver renacidas cuando me armé de valor y cancelé nuestra boda. Estaba de mal humor. Paranoica. Ida. ¿Qué me pasaba? ¿Por qué tanta rabia hacia él?

«Tienes que decirle la verdad. Quitarle la venda de los ojos, permitir que pase página y sea feliz», me susurraba una voz desesperada reprochando mi egoísmo y cobardía.

A las siete de la tarde empezó a entrar gente; la campana de la puerta repicaba reclamando mi atención. Todo aquel que entraba miraba a su

alrededor anonadado, como si todo fuese mágico, de otro mundo —lo había visto más veces—, y no paraban de sacar fotografías para, acto seguido, hundir sus rostros en las pantallas de sus móviles y colgarlas en las redes sociales. Parecía que al mundo le urgiera saber dónde se encontraban. El hashtag #LeClubDeMinuit cobraba fuerza en verano. Los turistas, pidiéndome permiso, se acercaban con reparo hasta la sala hexagonal donde se encontraba Mateo; algunos salían al cabo de pocos minutos y otros se sentaban a curiosear libros.

En toda la tarde solo vendí uno de Jane Austen.

—Buen negocio —murmuré con ironía, contemplando los cincuenta euros que había en la caja.

Mateo se había quedado dormido con el libro de Kafka sobre las rodillas. Miré en dirección a mi habitación. Eran las nueve de la noche y en tres horas el portal del tiempo se abriría, por lo que tenía que sacarlo de allí e inventarme cualquier excusa para entretenerlo hasta las tres de la madrugada. Habría sido una buena idea aceptar su sugerencia y que se hubiera ido a dormir a un hotel, pero no podía olvidar que nos unían cinco años de historias. No se lo merecía. Nada de lo que le estaba haciendo era algo que un hombre como Mateo se mereciera.

—Mateo —susurré, sentándome a su lado y dándole un golpecito en el hombro—. Mateo, te has quedado dormido...

—Mmmm...

Entreabrió los ojos y, dedicándome una sonrisa repleta de ternura, me dio la mano y me rogó que le dejase dormir cinco minutos más.

—Me muero de hambre —reí, mirando con impaciencia a mi alrededor, como si el fantasma celoso de Whitman pudiera aparecer en cualquier momento.

—¿Moulin Rouge? —preguntó, llevando la mano a mi mejilla.

—Vale.

Tras darnos una ducha y cambiarnos de ropa, a las diez de la noche

cogimos un taxi que en veinte minutos nos dejó delante del luminoso Moulin Rouge. Solo podía pensar en Whitman, Edmond, Elie y Geneviève y en lo mucho que me hubiera gustado ir con ellos.

—Extraordinario —dijo Mateo, como si fuera la primera vez que visitaba el cabaret rojo de la rutilante Boulevard de Clichy.

Las luces de neón del cabaret destacaban por encima de cualquier otro edificio de los alrededores. Para mí no era nada del otro mundo. Lo único que quedaba del Moulin Rouge original era el molino rojo; todo lo demás, la ciudad viva y en movimiento, me parecía insulsa comparada con las maravillas y aventuras que me aguardaban en cada rincón de 1920. Sentí que estaba perdiendo el tiempo junto a la persona con la que no quería estar. Lo miré de reojo y asentí.

—A lo mejor no hay entradas disponibles.

—No había pensado en eso.

Decidido, se dirigió hacia las taquillas que se distinguen por un toldo rojo con letras blancas en las que se encuentra escrito: «*Billetterie*». Esperó a que las cinco personas que tenía delante cogieran su entrada y, con esa sonrisa de conquistador nato que solía usar como artimaña para salirse con la suya, apoyó los codos en el mostrador y le preguntó a la taquillera si había posibilidad de conseguir dos entradas a esas horas. La mujer, embelesada con el correcto francés de Mateo y su mirada pícaro, nos vendió dos entradas VIP —las únicas que quedaban— por la friolera cantidad de cuatrocientos veinte euros. Añadió que desde esas localidades disfrutaríamos de lo lindo del espectáculo *Féerie*. La duración era de dos horas y la entrada VIP incluía champán. A Mateo no pareció dolerle la VISA.

—Dudo que nos vaya a sentar bien el champán, Mateo. No hemos comido nada.

—Luego salimos a cenar por ahí.

Me sorprendió su actitud despreocupada. Me dio mi ticket y nos adentramos en el fastuoso cabaret. Un acomodador nos dirigió hasta nuestros asientos, ubicados en un estrado situado a la derecha, desde donde parecía que los cien artistas de la compañía de baile nos dedicaran el espectáculo de lo

cerca que los teníamos. Había gente sentada a las mesas cenando; a nosotros solo nos sirvieron champán.

—Con lo que han costado las entradas ya podríamos tener la cena incluida —me quejé.

Sorbía lentamente el champán dulzón mientras miraba de reojo a Mateo, que parecía estar disfrutando mucho más que yo. Las luces del escenario cobraron vida al mismo tiempo que los aplausos de un público conquistado por la atmósfera del Moulin Rouge. La música envolvente rompió el silencio de la sala; todos los ojos estaban puestos en las piernas, ágiles y sincronizadas, que danzaban encima del escenario, ofreciendo uno de los mejores espectáculos que había visto en mi vida. Durante dos horas me olvidé del mundo y del portal del tiempo. Dejé que el ambiente me hechizara mientras seguía bebiendo champán sin control.

A la una de la madrugada, en el momento en que me levanté mareada de la butaca, Mateo tuvo que sostenerme evitando que cayera de bruces al suelo. Sus reflejos hicieron que terminara con la cabeza apoyada en su pecho. Le latía el corazón deprisa. Deslizó sus manos por mi espalda hasta que me aparté de él enfrentándome a su mirada. Esos ojos azules siempre hablaron, no hacía falta utilizar palabras. Quise ver más allá, llegar al fondo de su alma y, en un instante, consiguió romper mi corazón en mil pedazos al percibir su tristeza y añoranza. Aquel «para siempre» que nos prometimos al principio llegó a su fin. ¿Cómo ocurrió? ¿Cuándo dejé de quererlo? ¿Por qué complicarme la vida con un imposible?

—Vamos a dar un paseo —propuso—. Igual así se te pasa el efecto del champán —rio.

Mientras nos alejábamos del Moulin Rouge, jugué una vez más a la creación de mundos paralelos. En esa ocasión, era un mundo paralelo en el que Mateo y todas las personas que caminaban a mi alrededor no existían. El cabaret estaba en ruinas debido al incendio de 1915 y las calles no tenían tanta luz ni tanto ruido; circulaban unos pocos automóviles antiguos y lentos como el de Edmond. Volvían a aparecer ante mí los hombres con bigotes espesos y barbas largas, lentes redondas sin montura y chisteras, que paseaban arrastrando con ellos el humo de sus puros. Las mujeres, erguidas, bailaban y

reían en la calle, ansiosas por vivir una libertad que en realidad no les pertenecía. Whitman caminaba pegado a mí abrazándome con timidez; Geneviève, llevando la voz cantante, contoneaba las caderas divertida mientras Elie intentaba imitar su ánimo y Edmond se reía.

—¿Estás bien?

Para cuando me di cuenta, mi mano estaba entrelazada a la de Mateo y mi estómago se contrajo de tal forma, que creí que no podría dar ni un solo paso más.

—Mateo. —No era yo la que estaba hablando. Era otra persona más valiente, más fuerte, más atrevida y, sobre todo, más sincera—. Mateo, no...

—Vamos a por unas hamburguesas —me interrumpió, señalando un restaurante Buffalo Grill que a esas horas aún estaba abierto.

En silencio, continuamos caminando por el Boulevard hasta llegar a la Plaza Pigalle. Enfilamos hacia abajo por una de las callejuelas, la Rue de la Rochefoucauld, sin saber con exactitud si íbamos bien encaminados para llegar a la librería. Cuando le di el último mordisco a la hamburguesa, llené los pulmones de aire y cerré los ojos un instante con la esperanza de no notar ese sentimiento de culpa que pendía sobre mi cabeza como un halo de energía negativa.

Tenía que soltarlo.

Decirle de una vez por todas la verdad.

Decidí empezar poco a poco.

—Eres increíble —espeté—. Increíble porque no te has enfadado conmigo después de obligarte a cancelar la boda. Te encargaste de hacerlo todo tú, no tuve que mover un solo dedo, y jamás me has alzado la voz por eso. No creo que...

—No sé tú, pero yo no me puedo enfadar con la persona a la que quiero —me cortó—. No puedo concebir mi vida sin ti, Natalia, y no voy a rendirme. Pasar página con Elsa fue fácil; no nos queríamos de la forma en la que nos queremos tú y yo. Contigo es diferente y sé que en el fondo me sigues queriendo. Lo veo en tu mirada, te conozco bien. Te has agobiado, eso es todo.

Y estoy aquí para hacerte ver que...

—Para.

Desubicada, me detuve frente a un portón azul. Él, cabizbajo, se acercó a mí al mismo tiempo que yo retrocedí dos pasos tropezando con la puerta. A Mateo no le dio tiempo a sujetarme y terminé sentada en el bordillo del suelo con los ojos llorosos y una mueca que delataba cómo me sentía.

—No fui sincera contigo... No te dejé las cosas claras. En ningún momento te dije que yo no... yo...

—¿Tú qué? —preguntó dulcemente, sentándose a mi lado.

—Ya no te quiero, Mateo —confesé sin mirarlo.

Por fin. Lo había dicho. Cómo unas simples palabras pueden quitarte el peso que has llevado arrastrando contigo durante tanto tiempo. Porque no fue una decisión tomada de la noche a la mañana, no. Por miedo al cambio, a no saber qué pasará, fui retrasando la despedida y acabó convirtiéndose en una enfermedad. En un quiste maligno. En una mentira. Mateo no se merecía vivir en una mentira. Y yo tampoco.

—¿Estás segura? —preguntó con el ceño fruncido al cabo de un momento.

—Sí. Lo siento —me lamenté, mirándolo de reojo y temiendo su reacción.

—Te quiero —murmuró—. Y te voy a querer siempre. Pero, ante todo, quiero que seas feliz.

—No sigas... —lloriqueé—. No me hagas ver que he dejado escapar al mejor hombre que existe sobre la faz de la Tierra, por favor.

—Pero no lo suficientemente bueno para ti —sonrió resignado, pasándome el brazo por la espalda y arrimándose a él. Hundí la cabeza en su pecho y aspiré su perfume de Jean Paul Gaultier—. ¿Hay alguien?

—No —negué—. Solo una ilusión —contesté reflexiva.

—Perdóname —dijo con un hilo de voz.

—¿Perdonarte? ¿Por qué? —me sorprendió.

—Los diez años que nos separan sí son un problema; no lo vi al principio, pero lo veo ahora. Tienes veintiocho años y toda la vida por delante. Nos precipitamos con la boda y, por si eso fuera poco, me siento ridículo al haberme puesto tan pesado con el tema de tener niños. No eres así, no es lo que quieres. No ahora. Necesitas más que una rutina y una estabilidad. Necesitas que tu vida sea una aventura y yo te corté las alas, ¿verdad? ¿Pensaste eso? —Asentí triste, muy triste—. Nos conocimos en el momento equivocado —se lamentó—. Ojalá todo hubiese sido diferente, pero te deseo lo mejor, Natalia. Siempre podrás contar conmigo.

—Encontrarás a alguien pronto —le aseguré, a modo de promesa, alzando la mirada para encontrarme con sus ojos—. Eres tan bueno que encontrarás a la mejor.

—Si es la mitad de buena que tú me doy por satisfecho.

Nos entretuvimos caminando por las calles desiertas de París. Hablamos de la boda que no fue y de todo lo que estaba por venir. De un mundo paralelo en el que nunca nos llegamos a conocer: él se mudó a su nido de soltero cuando yo ya había emprendido mi viaje a París, el destino que tenía pensado antes de tropezar con él.

«Todo hubiera sido tan distinto si...».

—La vida está llena de tropiezos inesperados —comentó mirando al cielo, no tan estrellado como en 1920 debido a la contaminación lumínica del siglo XXI.

—Todo sucede por alguna razón —murmuré pensando en Whitman.

Cogimos un taxi y nos fuimos a dormir a las cuatro de la madrugada. Hacía una hora que el portal se había cerrado.

Nos acostamos y, antes de que Mateo cayera en un sueño profundo, oí su sollozo cuando apoyó la barbilla sobre mi cabeza protegiéndome entre sus brazos.

Fue nuestra última noche.

TE ESTUVE ESPERANDO

Yo lo miraba... Y puedo jurar que no me quedaban ganas de mirar a nadie más. En ese instante comprendí que los ojos siempre le pertenecen a la persona que los hace brillar.^[19]

Edmond, Elie y Geneviève, estaban tan animados como siempre, pero la mirada ausente y esquiva de Whitman se me antojó sombría. Me evitaba, como si fuera tan fantasma como él lo era en mi año.

Le club de minuit llevaba una hora debatiendo sobre una de sus lecturas cuando, aburridos, propusieron ir a dar un paseo pese al frío gélido de la noche y la amenaza de tormenta.

—¡Por una vez quisiera ser tú! —exclamó Geneviève divertida—. Ir con los brazos descubiertos sin sentir frío ni calor.

En ese momento, mis ojos fueron directos a las manos de Whitman. No sentía frío ni calor, era cierto, pero sí sabía cómo era el roce de su piel. Pensé que era la mejor sensación del mundo. Las mariposas revoloteando por mi estómago habían cobrado vida de nuevo después de tanto tiempo sin sentir las, pero cometí el error de volver a anticiparme al futuro sin disfrutar del momento. Imaginé que no volvía a tocarme. Que jamás podría volver a mirarme. Vislumbré un mundo sin nuestras noches. Sin él. Y un puñal afilado se me clavó en el corazón.

Esa noche, presumí de piernas con un vestido veraniego de color azul. Era gracioso desentonar y ver cómo el resto de personas caminaban por las frías calles parisinas con abrigos largos y bufandas. La temperatura carecía de importancia para mí. Nadie me veía. Nadie, salvo el club de lectura y

aquella anciana que habló de fantasmas mientras pedía limosna bajo el puente.

Se intuía que la Navidad no iba a tardar en llegar. Había alumbrados por todas partes y también se reflejaba en los adornos de los escaparates, cerrados a esas horas, pero cuyas verjas permitían ver su interior. Los árboles brillaban en la noche por las luces enroscadas en sus troncos y en sus ramas. Aun así, todo era más discreto que en el mundo del que yo procedía.

—¿Dónde me lleváis esta vez? —pregunté sonriente, sin dejar de mirar a Whitman que, al lado de Edmond, con quien parecía sentirse más cómodo, jugaba distraído con las llaves de la entrada del club, muy parecidas a las que yo llevaba, por si a las tres de la madrugada me quedaba en la calle.

—¡A bailar! —respondió Geneviève.

—A ti te hubiera gustado ser bailarina, ¿me equivoco? Es tu sueño frustrado —supuso Edmond con tono sarcástico.

—Mi sueño frustrado es viajar en el tiempo como lo hace cada noche nuestra amiga —contestó ella, colocándose bien el gorro de lana negro.

Emprendimos el camino en dirección al local Chez Papa Jazz Club. Antes de entrar me llegó el recuerdo de mi primera noche con el club de lectura de 1920. Fue el lugar donde tuve un primer acercamiento con Whitman. Recordé sus pasos torpes, lo mal que bailaba. Una sonrisa surgió de mis labios.

Geneviève, Elie, y yo en medio, íbamos por delante de Whitman y Edmond, que hablaban sobre la inauguración de la librería. El día elegido, por lo que me pareció escuchar, era el 5 de enero.

—Te echó de menos —me susurró Elie al oído.

—Quedan pocas noches —apremió Geneviève en el mismo tono susurrante—. La despedida va a ser difícil. Nos lo hemos pasado tan bien...

—Ha sido un año mágico —asintió Elie, seguramente pensando en el escritor suizo—. ¿Por qué no viniste anoche, Natalie?

—Fui al Moulin Rouge.

—¡*Oh là là!* ¿Y está bonito en 2018?

—Muy bonito.

—Maldito el incendio que lo arrasó todo —comentó Geneviève ofuscada.

—Has dicho que me echó de menos —dije tímidamente, queriendo retomar el tema que de verdad me interesaba—. Te refieres a Whitman.

—No va a ser a Edmond —rio Geneviève.

—Te tenía preparado algo, pero no fuiste —explicó Elie, encogiéndose de hombros—. Hoy parecía decepcionado y triste. ¿Hay algo entre vosotros?

Miré hacia atrás topándome con la mirada de Whitman. Le sonreí, pero no me devolvió el gesto. Indiferente, siguió con la conversación que mantenía con Edmond.

«¿Hay algo entre nosotros?», me pregunté también.

—Solo un imposible —respondí, dando por zanjado el tema.

Chez Papa Jazz Club estaba más vacío que la primera noche que fui. Whitman miraba a su alrededor, como buscando a alguien, mientras yo, invisible, me situé al lado de la barra. Geneviève corrió como una loca hacia la pista para bailar el charlestón orquestado por un pianista y dos saxofonistas. Edmond le dijo algo al oído a Whitman y este, compungido, me miró asintiendo. No tardó ni dos segundos en acercarse a mí y susurrarme:

—Te estuve esperando.

—Lo siento mucho —dije con un hilo de voz—. Surgió algo.

—No pasa nada. Creo que es mejor...

—Dejar las cosas como están —terminé diciendo.

Me dio vértigo. Vértigo que una siente cuando, en sus adentros, empieza a detectar la necesidad inaplazable de tomar decisiones.

—Sí. Dejar las cosas tal y como están —repitió mirando al suelo.

Pero ambos sabíamos que no era cierto y que cuando el deseo es más fuerte, las palabras se las lleva el viento. Me invadió de nuevo el calor que sentía cada vez que me miraba así, me subía por los pies y me recorría como un escalofrío por todo el cuerpo hasta la nuca.

Diez minutos antes de que el portal se cerrase, nos besamos en la intimidad del club de lectura que, con el tiempo, se convertiría en una sala cerrada y olvidada. En un trastero. Creo que, antes de desaparecer, ambos tuvimos la misma sensación de estar subidos en un avión que iba a caer en picado por causas externas, por meteorología adversa, pero ya no nos podíamos bajar.

—El único sentido que le encuentro a todo esto eres tú —le dije antes de despedirme.

De regreso a mi década, el corazón me siguió latiendo desbocado anhelando los besos que Whitman me había dado noventa y ocho años atrás en el tiempo.

¿Cómo detener algo así?

«Te estuve esperando», me dijo en el club de Jazz.

Minutos antes de abrazar a Morfeo, pensé que, mientras Whitman me había estado esperando una noche, yo llevaba esperándolo toda una vida.

«Si está para ti, ni aunque te quites, si no está para ti, ni aunque te pongas», decía siempre la abuela.

La voz de la experiencia siempre lleva razón.

COINCIDIR

Si tú me recuerdas, no me importa que todos los demás me olviden.^[20]

El libro de Geneviève me estaba tentando.

Abandonado en la mesita de noche de la habitación, me llamaba a gritos para revelarme sucesos del pasado.

—Solo una página —me dije, llevándomelo conmigo al mostrador.

Empecé a leer con calma; la prosa de Geneviève era hermosa.

«Se enamoraron. Solo había que verlos, juntos o separados, para comprobar que en sus pupilas apareció un destello especial que se acrecentaba en cuanto la viajera del tiempo entraba por la puerta. Se miraban en silencio. Jamás se besaron delante de nosotros, pero sus labios se llamaban a gritos. Gritos silenciosos. De esos también existen, están por todas partes. Las manos de ambos, desesperadas por rozarse, no podían evitar el continuo movimiento por encima de la mesa. Llevaba tiempo pensando en lo curioso que es coincidir y en la envidia que sentía, una envidia sana, al ver que dos almas tan desunidas en el tiempo tuvieron ocasión de conocerse y amarse.

Solo los amores imposibles son capaces de traspasar el velo invisible del tiempo por el miedo que sentimos a no verlos más. Tan fugaces como eternos, son los que te hacen creer que puedes volar. Son aquellos que duelen, los conoces bien, pero también son capaces de hacerte sentir vivo y especial. Esos amores que, con solo imaginarlos, bailas, cantas, ríes, enloqueces; de veras piensas que has venido a este mundo solo para saborearlos, para vivirlos. Son los que calan, los que marcan, los que no podrás olvidar jamás. Esos son los amores imposibles de los que nunca, por más que lo intentes,

conseguirás escapar.

Quise un amor como el de G. W. y la viajera. Lo deseé con tanta fuerza, que un día, sin esperarlo, apareció cuando más lo necesité. Lo había tenido delante de mis ojos durante mucho tiempo y no me percaté de ello, aunque esa es otra historia que no concierne a esta. Que no interesa a nadie».

Cerré el libro de golpe con un nudo en la garganta. No me di cuenta de que la campana de la puerta había sonado y que tres mujeres corpulentas de habla inglesa llevaban un rato dentro de la librería intentando llamar mi atención. Les sonreí amablemente enjugándome las lágrimas y les pregunté qué deseaban.

—Un libro que emocione tanto como el que estabas leyendo —habló una de ellas.

Elie Leduc no apareció la madrugada del 10 de diciembre de 1920. Geneviève, más apagada que de costumbre, apenas participó durante la escasa hora que duró la tertulia capitaneada por Edmond. El título era *El maravilloso viaje de Nils Holgersson*, de la autora sueca Selma Lagerlöf, la primera mujer en obtener el premio Nobel en el año 1909.

—Será mejor que me vaya —dijo Geneviève sin fuerzas.

—Te acompaño —se ofreció Edmond, mirando con preocupación a Whitman, que se levantó para abrir la puerta.

Whitman cerró con llave. A través del cristal empañado por el frío, miró cómo sus amigos se alejaban caminando calle abajo. Acto seguido, se dio la vuelta y me sonrió con un amago de tristeza.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Geneviève está preocupada por Elie. Su padre no es un buen hombre. En marzo faltó tres días y la noche que volvió lo hizo con el ojo aún hinchado por el puñetazo que le propinó. En junio ocurrió lo mismo, y cuando

apareció el autor suizo y se enamoraron, se fue a casa de Geneviève para no faltar ni una sola noche. A principios de noviembre, días antes de que apareciera, regresó a casa de sus padres después de muchos problemas, y debe haberla golpeado de nuevo.

—No tenía ni idea —dije, mostrando la angustia que sentí ante tal información—. Desde que llegué me extrañó ver la libertad de Geneviève y Elie en esta época. De donde yo provengo es normal, pero aquí, en 1920, no lo creía posible. Dos mujeres con dos hombres de madrugada en un club de lectura...

No era capaz de encontrar las palabras adecuadas a lo que quería decir, pero Whitman me entendió.

—No es lo habitual, pero, como ya habrás comprobado, son mujeres adelantadas a su tiempo que han tenido la mala suerte de nacer en un mundo que aún no está preparado para tal mentalidad pese a las fiestas, los bailes y la alegría que a día de hoy se respira en París. Habrás visto que a estas horas de la madrugada, en la calle, todas las mujeres van acompañadas de sus parejas o amantes. Algunas de ellas ejercen la prostitución, pero en el caso de una mujer soltera de veinticuatro años como Elie, no está bien visto en las familias burguesas. Sus padres quieren que se case pronto, aunque sea con un desconocido, siempre y cuando sea de buena familia, claro.

—Que vuelva con Geneviève. Que se escape de casa —deseé, horrorizada al imaginar a la dulce Elie siendo golpeada por su padre o casándose con un hombre al que jamás amaría con la misma intensidad con la que amó al escritor del futuro.

—Eso es lo que le propondrá Geneviève. Es una suerte que pueda contar con ella. Geneviève es la mejor amiga que se puede tener.

Permanecimos un rato callados y decaídos, como si la preocupación de Geneviève por su amiga se hubiera quedado impregnada en esas cuatro paredes amarillentas que brillaban con el fulgor del candelabro. La mirada de Whitman, serena, se centró en el piano y, en silencio, me dio la mano para que me sentara junto a él. Sacó del bolsillo una partitura arrugada llena de manchas de tinta y tachones, y empezó a acariciar las teclas con los ojos cerrados. Yo, a su lado, me puse a llorar. No conocía esa melodía que

descansaba en el atril y que Whitman apenas tenía necesidad de mirar porque salía de lo más profundo de su ser. Porque cada nota había sido creada para ser parte de una historia con fecha de caducidad.

Al terminar, me arrimó a él y me dio un beso en la frente susurrándome al oído:

—Tenemos esta noche, Natalie. ¿Quién necesita un mañana?

—¿En qué momento te has vuelto imprescindible, Whitman? —me lamenté, abandonándome a los latidos de su corazón, a sus brazos rodeando mi cintura, a sus besos con sabor a despedida.

LUCES Y SOMBRAS

Donde hay luz también existe la sombra. ¿Dejaré de amar la luz porque produce sombras? [\[21\]](#)

Walt Disney decía que la vida está compuesta de luces y sombras y que fingir que no hay sombras sería falso. Le club de minuit no era todo luz como creí al principio. Elie Leduc estaba rodeada de sombras, algo que vi con mis propios ojos cinco días después de la madrugada en la que no hizo acto de presencia en la reunión de medianoche. En esa ocasión no era un ojo hinchado, pero llegó avergonzada con la mejilla izquierda amoratada. Su padre la empujó y se golpeó con el borde de una mesa; de no ser por su madre, que fue a socorrerla nada más oír su grito, hubiera sido aún peor. A partir de ese momento, nada volvió a ser lo mismo. Elie no desprendía alegría y ni siquiera parecía acordarse de aquel amor que, al igual que haría yo en unos días, desapareció para quedarse en la época de la que procedía. ¿Pudo él seguir con su vida después de la experiencia de viajar al pasado? ¿Olvidó a Elie tal y como yo olvidaría a Whitman algún día? ¿Podría conseguirlo? Eran las preguntas que me hacía a diario cuando, tras el mostrador, veía la vida pasar a través de la ventana o de mi teléfono móvil, que no recibía apenas llamadas, ni de mi madre ni de mi abuela, y mucho menos de Mateo, que solo me mandó un wasap cuando llegó a Barcelona tras su visita fugaz a París para intentar recuperar lo que había perdido. Qué valiente fue.

Cuando me quedé a solas con Whitman, me preguntó si había algo de lo que me arrepintiera como, por ejemplo, abrir una puerta al pasado y haberme unido con normalidad a un grupo de personas que ya estaban muertas el día que yo vine al mundo. Comparé nuestro amor con uno de esos de verano que, pese a ser intensos y preciosos, suelen ser tan fugaces como una estrella.

—Recordaremos estos momentos como los más brillantes —le aseguré, perdiéndome en su mirada.

De veras llegué a pensar que él era mi destino, mi viaje, mi final. Un amor, como escribió Geneviève, de los que calan y te hacen creer que has venido a este mundo solo para vivirlos.

Whitman contrató a un fotógrafo para eternizar a Le club de minuit y también mi rostro, aunque le adelanté que en el futuro sería la única que podría verme en esos retratos. Esa noche, ni siquiera reparé en que llevaba la ropa que vi en las fotografías que al principio tanto me turbaron: los tejanos y la camiseta de manga corta de color vino.

—El fotógrafo tampoco te ve —murmuró Whitman divertido—. Pero nosotros sí. Tú podrás verte, extrañarte, sorprenderte... temernos. Solo así estarás preparada para el viaje. Es como un toque de atención a tu «yo del pasado».

«Mi yo del pasado».

Yo también tenía un «yo del pasado», claro, todos lo tenemos. Me sentía orgullosa de ello, como si mi viaje a París se convirtiera, gracias al portal del tiempo, en un bucle sin fin.

—No sé si he llegado nunca a estar preparada para esto —reconocí.

En ese momento, pensé que el tiempo en realidad no existe. Es una gran mentira. Heráclito aseguraba que el tiempo es un niño que juega al ajedrez. Einstein, por su parte, decía que Dios no juega a los dados con el Mundo. Esta discusión se ha prolongado, con saña, durante miles de años y es algo que nos concierne a todos, puesto que todos vivimos en el tiempo.

Los preparativos para la apertura de la librería iban avanzando. Whitman había colgado un cartel en el cristal con la fecha de la inauguración: 5 de enero de 1921. El rótulo, tal y como lo conocía en el siglo XXI, ya lucía en la entrada, aunque la fotografía del club de lectura que daba nombre al negocio aún no estaba ahí. El interior ya debía estar casi listo: multitud de libros aguardando a sus compradores y la caja registradora, con la que me había peleado tantas veces, sobre el mostrador revestido de madera oscura donde me pasaba la mayor parte del día.

—Colocarás este retrato en el rótulo de la librería —le informé a Whitman, mientras esperábamos pacientemente a que el fotógrafo nos diera el aviso de que la cámara estaba lista.

—¿Cómo? —preguntó extrañado.

Era otro detalle que no habría tenido en cuenta de no ser por mi presencia en el pasado en un momento importante de su vida.

—Sí —asentí—. Después de la palabra «club» queda espacio para colocar el retrato que ahora mismo nos vamos a hacer. Todos alrededor de la mesa con un libro bajo el brazo. ¿Sabes lo extraño, Whitman? Que en el retrato del rótulo no estoy. No me veo. Solo en la copia que cayó de una estantería —sonreí, recordando aquella primera noche y el instante en el que la fotografía cayó al suelo tras su danza por el espacio.

Me miró estupefacto, algo que me hizo reír debido a mi influencia sobre él, en el pasado y en su historia. Incrustaría la fotografía en el letrero de la entrada gracias a mi sugerencia. También por mí, en un futuro que en mi época ya había sucedido y para él todavía no, llamaría *Tumbleweeds* a los viajeros de paso a los que les daría habitación, trabajo e inspiración. Era peligroso influir en el pasado, pero no creía que ocurriera nada malo por esos dos detalles, en apariencia nimiedades.

—Ya está todo listo —avisó el fotógrafo tras la cámara.

Miré a Edmond, Elie y Geneviève. Con un libro bajo el brazo, se colocaron alrededor de la mesa y miraron al fotógrafo como si el objetivo de la cámara los hubiera hipnotizado. Whitman, por su parte, me miró de soslayo

y sonrió antes de decirme al oído:

—*Je t'aime.*

«Cuando le iba a tomar una fotografía
él no le dijo: «sonríe»;
él le dijo: «te amo»
y su sonrisa fue más hermosa».

Posé feliz y radiante pese a mis poderes de invisibilidad. «*Je t'aime*» resonaba una y otra vez en mi cabeza. Recordé el momento en el que yo también le confesé que le quería. Ocurrió en la sala hexagonal, en el vacío que dejó su fantasma y que, de alguna manera, tal vez lograra escucharme desde algún lugar.

No estaba preparada para recibir tal fegonazo cuando, sin haberme recuperado de la agresividad de la cámara al immortalizar el momento, Edmond lanzó una mirada pícara a Whitman y le propuso al fotógrafo que hiciera un retrato del propietario de la futura librería más exitosa de todo París. Con disimulo, Edmond me empujó arrimándome a Whitman, que colocó su brazo detrás de mi espalda.

—¿Por qué el brazo así? —inquirió el fotógrafo con el ceño fruncido.

—Haz la foto y no preguntes —zanjó Whitman.

Su sonrisa quedaría immortalizada para siempre.

Para siempre.

No le menté que su fantasma entraría en la librería noventa y ocho años más tarde para dejar ese recuerdo entre las páginas de *The Torrents of Spring*, el libro de Hemingway.

NADA ES PARA SIEMPRE

Todo en esta vida es temporal. Si las cosas van bien, disfrútalas porque no durarán para siempre. Y si las cosas van mal, no te preocupes, no van a durar para siempre tampoco.

A lo largo de esos días en los que el caluroso mes de junio abrasaba las calles de París, me contuve mucho de no buscar información sobre qué fue de las vidas de los integrantes de Le club de minuit aunque, de haberlo hecho, quizá hubiera podido evitar el desastre que me aguardaba esa misma medianoche al cruzar el portal del tiempo.

Guardé en la maleta *La viajera del tiempo*, el libro de Geneviève. Lo leería cuando volviera a Barcelona, solo por un tiempo, para ahorrar algo de dinero hasta emprender mi próximo destino en septiembre: la India. Estaba decidido y, además, presagiaba el final de la historia de Geneviève que hablaba de un amor imposible separado por los años. Su final, para mí, era previsible.

«La India será un buen viaje para poder olvidar», me dije, convirtiéndome en una contradicción andante, porque no quería olvidar ni un solo segundo de mis noches en el pasado.

Nadie está a salvo de un destino cruel, ni siquiera una viajera del futuro a la que nadie, salvo cuatro personas, ven. Ocurrió la madrugada del 20 de junio de 2018, 20 de diciembre de 1920 en el pasado. Maldije al tiempo una vez más. También maldije a Corinne Whitman.

«Solo dos meses. Son suficientes».

Su voz me venía a visitar constantemente cuan pesadilla en bucle. Seguía sin noticias de ella, así que pensé que debía seguir en Berlín con la hija que la abuela nunca supo que había tenido.

A medianoche, puntual como siempre, abrí la puerta. Alrededor de la mesa estaban congregados Whitman, cuya mirada se iluminó nada más verme, Edmond y Geneviève, más apagada si cabe que la primera noche que Elie faltó.

—¿Y Elie? ¿Ha pasado algo? —pregunté, con el corazón latiendo desbocado.

Las noches de risas, bromas, fiestas y bailes habían terminado. Todo, tarde o temprano, llega a su fin, y debemos tomárnoslo como lo que es: una etapa.

En ese preciso momento, cuando Geneviève iba a decir algo, el mundo se detuvo al escuchar el chirrido de unas ruedas frenando violentamente sobre el asfalto, un golpe y, tras un silencio de apenas tres segundos, gritos y pasos apresurados. Geneviève miró a Edmond, abrió mucho los ojos y, con un mal presentimiento, corrió hacia la puerta y miró con atención a través del cristal. Su grito fue desgarrador al ver qué era lo que había ocurrido ahí fuera. Edmond y Whitman, alarmados, fueron tras ella; uno de los dos abrió la puerta, no recuerdo cuál. Todo ocurrió muy deprisa; sin embargo, cuando me asomé al umbral a sabiendas que nadie del exterior podía verme, el tiempo se ralentizó. Elie estaba tumbada en el frío asfalto empedrado. Su cuerpo estaba sufriendo unos espasmos que no se me quitarían nunca de la cabeza. Tenía los ojos abiertos, aún respiraba cuando Geneviève se arrodilló junto a ella seguida de Whitman y Edmond, pero la sangre que emanaba de su cabeza tiñendo de rojo los adoquines embarrados, no presagiaba nada bueno. En cuestión de pocos minutos, emitió un último suspiro, vaho suspendido en la noche. La luz de Elie se apagó acompañada de los llantos de Geneviève, la rabia de Edmond y el mutismo de Whitman que miraba confuso a su alrededor.

Observé con horror al conductor, un hombre joven, de unos treinta y pocos años que, derrumbado por haber investido con su automóvil a Elie, se

llevó las manos a la cabeza repitiendo una y otra vez:

—No la vi, maldita sea. No la vi cruzar. No la vi. No la vi.

Me ardían las lágrimas en mis ojos fijos en el cadáver de Elie mientras mi pensamiento racional me decía que su muerte ya había ocurrido. Que había ocurrido hacía noventa y ocho años, que no era actual, que no habría podido hacer nada para evitarlo y que solo estaba frente a un espejismo invisible en la época de la que yo procedía. Era un sueño.

La muerte camina de nuestro lado y, pese a lo injusto dada su juventud y vitalidad, había llegado su momento de partir.

Sentí físicamente cómo el corazón me crujía. Un calor insoportable se expandió por mi pecho y me inundó de una forma tan clara que necesité abrir la boca y espirar todo el aire para no morir abrasada de tristeza por dentro.

—Natalie. —Whitman, con el rostro desencajado, se acercó a mí—. Vete —dijo, con voz ronca por la extenuación y la pena—. Vuelve a tu tiempo y no...

Titubeó. Dirigió la mirada perdida a ambos lados de la calle como si, por un momento, se alejara de todo el dolor de la inesperada tragedia. Bajó la mirada. Estaba llorando, igual que yo. Me acerqué a él y lo besé en los labios. Solo fue un roce casi imperceptible, suave y triste, de despedida.

«No vuelvas», era lo que no fue capaz de decir.

«Adiós», era la palabra que guardé para mí, como si fuera una condena soltarla. Como si así, silenciándola, solo se tratara de un: «Te veo luego, *mon amour*».

En aquel momento, me vino a la cabeza la escena en la que Dorothy se despide del espantapájaros en *El Mago de Oz*.

«A ti es a quien más echaré de menos».

UN FINAL

El punto final se escribe con tinta indeleble.

«George Whitman (Londres, 1890–París, 1960), fue el fundador de Le club de minuit, la mítica librería ubicada en la Rue de la Bûcherie que abrió sus puertas el mes de enero de 1921 y cuyo legado sigue vivo gracias a su hija Corinne Whitman (París, 1930).

Edmond Augier (París, 1892–Londres, 1972), trabajó nueve años en el prestigioso diario de Francia *Le Figaro*, hasta que en 1921 se fue a vivir con la escritora Geneviève Pueyrredon a Londres. En 1931 cambió la pluma por la política y se unió al Partido Laborista de James McDonald hasta 1935, año en el que perdió su escaño en la elección general.

Geneviève Pueyrredon (París, 1894–Londres, 1943), se casó en Londres con Edmond Augier en 1927. Dedicó su vida a la escritura publicando relatos bajo seudónimos hasta que decidió, en el año 1930, publicar la fantasiosa novela *La viajera del tiempo*, su única obra conocida de la que solo quedan tres ejemplares únicos en el mundo de su primera edición».

Elie Leduc no aparecía en Google. Murió demasiado joven en un año lejano y sin nada relevante que intrigara a las generaciones venideras. Sentí tristeza. Rabia, impotencia.

En el momento en que dejé el móvil sobre el mostrador para ir en busca del libro de Geneviève, la presencia de Corinne Whitman interrumpió mis planes. Me dedicó una sonrisa distante desde la puerta. Su mirada era fría como un bloque de hielo.

—Buenas tardes, Natalia. ¿Cómo va todo por aquí?

—Bien... bueno, no...

—Diez días —me cortó—. Te quedan diez días.

—Ajá... —No me salía la voz.

—¿Ha pasado algo?

«Lo sabes —pensé—. Lo sabes todo, vieja bruja».

—Ha fallecido una amiga.

—Dios mío, lo siento mucho. ¿Qué pasó?

—Anoche la atropelló un coche. Fue ahí, justo ahí —dije, con todo el temple del que fui capaz, señalando la acera llena de turistas. Tuve que pestañear un par de veces para alejar las lágrimas—. Se llamaba Elie Leduc. ¿Te suena, Corinne? Claro que te suena. Tú misma me diste su nombre.

Vi cómo cada músculo de su rostro se tensó. Me miró abriendo más de lo normal los ojos y, con una triste sonrisa, habló con un hilo de voz:

—Es la historia, Natalia. Y no había nada que pudieras hacer para cambiarla. Absolutamente nada.

Me dio la espalda y, sin darle tiempo a que abriera la puerta para irse, añadió:

—Has estado en Berlín con tu hija —afirmé—. ¿Por qué nunca le dijiste a mi abuela que habías tenido una hija?

No me miró. Se quedó quieta, con la espalda erguida y la cabeza alta. Contemplé, a través del reflejo del cristal, cómo su cara se fue destensando y sus ojos cristalinos empezaron a llorar sin permitirme mirarlos de frente. Abrió la puerta con lentitud, parecían pesarle los años más que nunca, y se alejó girando hacia la derecha en dirección a su casa.

El silencio de esa medianoche fue abrumador.

Todo cambió, como siempre. Mi habitación se convirtió en un espacio tétrico debido a la escasa iluminación. Abrí la puerta sin la esperanza de encontrar al club de medianoche sentado alrededor de la mesa como si no hubiera ocurrido nada. El piano me recibió triste y polvoriento, el reloj callado y los libros en los estantes más solos que nunca. Solos como yo.

Miré la calle a través del cristal empañado por la lluvia. Contemplé a una pareja pisando los mismos adoquines en los que anoche perdió la vida Elie Leduc. Pasó un automóvil de la época y un hombre absorto en sus pensamientos me miró. En realidad no me vio. Nadie me veía. Me acomodé frente al piano sin tan siquiera rozar sus teclas, con la esperanza de que Whitman apareciera en algún momento. Vivía ahí, por lo que estaba convencida de que iba a volver.

Cuando las agujas del reloj de cuco marcaron las dos y media de la madrugada, supe que esa noche no iba a ver a Whitman y que el «adiós» silencioso que nunca le llegué a decir era dolorosamente real.

Había llegado el final.

Miré con añoranza a mi alrededor despidiéndome de la estancia que me hizo conocer el amor. Ese amor loco del que hablaría Geneviève en un libro que aún no había creado, y que era capaz de hacerte bailar, reír, cantar, enloquecer...

Enloquecer.

¿Acaso todo aquello no fue una locura?

Dicen que la definición de locura es hacer lo mismo una y otra vez y esperar que el resultado sea diferente. Pero quienquiera que dijera esto, nunca viajó en el tiempo.

Entré en mi habitación mirando con curiosidad la otra puerta, la que daba acceso a la librería en 1920. La que siempre estaba cerrada.

«¿Siempre? ¿Estás segura?».

No lo sabía. Nunca había intentado abrirla.

Agarré el picaporte con temor, como si me pudiera abrasar la piel, y cedió bajo mi mano. La puerta no estaba cerrada con llave. Nunca lo había estado. Me adentré en la sala con forma de hexágono que tan bien conocía en 2018. Se respiraba un aire de abandono, como si alguien acabara de salir hacía poco y se barruntaran aún restos de su esencia. Con los años, en ese

lugar se añadirían cientos de libros en los altos estantes que podía distinguir en la penumbra.

Whitman aún no había trasladado de lugar el escritorio secreter de nogal macizo, ni había colocado la vitrina con la colección de seres mitológicos y pergaminos, pero sí estaba el sofá rojo y los dos butacones que resistirían con el paso de los años. Las paredes azules, en lugar de estar desquebrajadas, brillaban y desprendían olor a pintura. Debido a la oscuridad, no podía distinguir los dibujos del fresco que ya existían en el techo, pero intuía que los querubines y las mariposas también me observaban en 1920.

Con inquietud, crucé el pasillo angosto que me conducía a la entrada. La luz procedente de la calle iluminaba la estancia con los acabados necesarios para poder abrir el negocio. La caja registradora y el mostrador estaban colocados en el mismo sitio. Abrí el cajón donde solía guardar las tizas; en su lugar, encontré papeles amarillentos y rugosos, y también una pluma que coloqué encima del mostrador. Sin más dilación, tratando de mantener el pulso firme, cogí una hoja y me puse a escribir una carta de despedida. Una carta de amor.

Querido Whitman:

No te imaginas lo importante que has sido para mí. Me has salvado la vida en todos los sentidos. Me has hecho ver que lo importante no es el lugar, sino las personas. Tampoco lo es tanto escribir o leer, sino crear tu propia historia. Me has roto los esquemas. Has cambiado mis prioridades: «viajar, escribir y leer». Qué tontería. Qué egoísta siento que he sido toda mi vida.

El portal del tiempo se cerrará dentro de unos días y no nos volveremos a ver. Lo asumo. Pero duele. Hoy he visitado el club de medianoche y ha sido desolador verlo tan vacío como presiento que lo va a estar mientras intuyas que sigo al otro lado de la pared.

Ha sido magia conocerte aunque supiéramos desde el principio, en esta breve y extraña relación que hemos vivido, que lo nuestro es imposible.

Te llevo conmigo, Whitman. Te llevo para siempre en mi corazón. Me llevo tu abrazo, tus caricias y tus besos. La franqueza y el amor de tu mirada. Tu alma pura y tu sabiduría. La locura que siento en mi interior con solo pensar en ti e inventarme un mundo paralelo en el que estás aquí, perteneciendo a mi tiempo o yo al tuyo, qué más da.

Inventándome un mundo en el que lo nuestro sí es posible.

La vie en rose, recuérdala. Y, cuando la escuches a través de la delirante e hipnótica voz de Edith Piaf, piensa en mí y en nuestra historia. Volvamos a viajar en el tiempo a través de la melodía, a través de las palabras, a través de una creación.

Acuérdate de mí.

Que tengas una vida plena y feliz.

Te quiere, siempre,

Natalie

Con el corazón roto, guardé la carta en el cajón y una idea sobrevino a mi cabeza. Lentamente, acariciando cada tomo, volví a cruzar el pasillo y me detuve unos segundos en la sala hexagonal. Minutos más tarde, entré en mi habitación. Haciendo un esfuerzo para que mis párpados no se cerrasen, esperé paciente a que el tiempo avanzase y diesen las tres de la madrugada. Ojalá hubiera transcurrido así de lento cuando estaba con Whitman.

En el momento en que todo volvió a su sitio y supe que había vuelto al siglo XXI por la aparición de la puerta del cuarto de baño, la minúscula cocina, el televisor, el colchón mullido y otros objetos como mi móvil sobre la mesita de noche, me adentré en la librería del presente y, decidida, fui hasta la vitrina. Con cuidado, como si el cristal se pudiera romper al tirar de la manilla dorada, contemplé con atención los pergaminos.

Mi intuición no falló.

Entre esos pergaminos históricos se encontraba mi carta, apenas visible. Con cuidado, cogí la hoja amarillenta con los bordes desgajados. Los ojos anegados en lágrimas no me dejaban ver con claridad la carta que había acabado de escribir la madrugada del 21 de diciembre de 1920. Las palabras de amor, dolor y agradecimiento, fueron escritas hacía noventa y ocho años. Esa era la realidad con la que me di de bruces.

Recorrí cada palabra desgastada por el paso del tiempo pese a tener la sensación real de haberla escrito hacía escasos minutos.

«Es ella», dijo Corinne cuando llegué.

—Soy yo —murmuré—. La viajera del tiempo que amó con todo su corazón a tu padre. La propietaria de unas letras olvidadas tras una vitrina repleta de seres mitológicos tan imposibles como un viaje al pasado.

IV

Barcelona, junio de 2018

Lo único que nos separa de la muerte es el tiempo.^[22]

Ojalá mi huida precipitada de Le club de minuit hubiera sido por un motivo distinto.

La voz que suena por megafonía informa a los pasajeros del vuelo con dirección a Barcelona, que ya podemos embarcar en la puerta correspondiente. Arrastro mi pequeña maleta con cansancio. Aferro contra mi pecho el libro de Hemingway, *París es una fiesta; La viajera del tiempo* duele demasiado en estos momentos. No podría leer una sola línea sin derramar una lágrima y no me gusta que me vean llorar. Hago un esfuerzo sobrehumano para no mostrar mis lágrimas en público, delante de desconocidos que pasan por mi lado con indiferencia.

Antes de irme, le he dejado una nota a Corinne. Espero que lo entienda.

Mi madre me ha llamado hace seis horas. Me ha sorprendido tanto ver su nombre en la pantalla del móvil, que de inmediato me he anticipado al motivo de su llamada, como cuando te pones catastrófica e imaginas tragedias, fatídicos accidentes de seres queridos o muertes que no ocurren, no en ese momento, pero, por desgracia, mi pensamiento se ha hecho tangible cuando, con la voz rota, me ha dicho:

—La abuela ha muerto.

Me ha costado asimilarlo. Aún estoy temblando. Me siento frágil.

«Mi niña».

No volver a escuchar su voz cariñosa con consejos para evitar que tropezara con piedras que ella ya había conocido. Su mirada sabia y arrugadita mirándome de reojo, ocultando un «ya te lo advertí». Sus manos, cada vez más débiles, tratando de aprender a usar el móvil, cuando ella decía que era más fácil coger una aguja y un hilo y ponerse a tejer. Sus preguntas, esas que siempre me hacían reflexionar una respuesta que ella ya tenía. La inocencia, la que nunca quiso perder. Su fe en el mundo, en las personas buenas y un pensamiento diario que siempre andaba rondando por su cabeza: un acto hecho con amor puede cambiar el mundo.

Apresuradamente, sintiéndome una fugitiva al borde de un ataque de nervios, he guardado mis cosas conteniendo el dolor que sé que explotará en cuanto ponga un pie en la ciudad condal. Le he pedido disculpas a Corinne y solo he sido capaz de escribir:

«Tengo que irme, Corinne. Mi abuela ha muerto.
Te he dejado las facturas en el mostrador;
no hace falta que me pagues nada.
Lo siento. Gracias por todo».

He bajado la persiana por última vez y me he detenido un minuto a leer el poema que he escrito por la mañana en la pizarra, el de la atormentada poeta Anne Sexton, titulado *Solo una vez*:

«Solo una vez supe para qué servía la vida.
En Boston, de repente, lo entendí;

caminé junto al río Charles,
observé las luces mimetizándose,
todas de neón, luces estroboscópicas, abriendo
sus bocas como cantantes de ópera;
conté las estrellas, mis pequeñas defensoras,
mis cicatrices de margarita, y comprendí que paseaba
mi amor
por la orilla verde noche y lloré
vaciando mi corazón hacia los coches del este y lloré
vaciando mi corazón hacia los coches del oeste y llevé
mi verdad sobre un pequeño puente encorvado
y apresuré mi verdad, su encanto, hacia casa
y atesoré estas constantes hasta el amanecer
solo para descubrir que se habían ido».

Con la respiración agitada, he ido hasta el edificio en el que vive Corinne. Sin intención de tocar el timbre para despedirme en persona, le he dejado las llaves de la librería en el buzón. Espero que las vea o que tenga otras de repuesto.

Luego, con la ciudad de la luz desprendiendo un calor que se me ha antojado infernal, he tardado diez minutos en encontrar un taxi libre y dos horas en comprar un billete de avión que me lleve de vuelta a casa.

Corinne lo entenderá. Y si no lo hace, no pasa nada. No volveré a verla, así que da igual.

La vida es imprevisible.

Menos mal que al aterrizar en Barcelona hay *finger* en el avión. Detesto llegar al aeropuerto del Prat y tener que meterme en esos autobuses

con pocos asientos que te llevan hasta la terminal. Todos de pie, amontonados, como borregos. Al salir, los nervios aposentados en el estómago me juegan una mala pasada. Busco con desesperación los lavabos para vomitar.

Aún descompuesta, salgo por la puerta. Tanta gente esperando a gente me hace sentir muy sola. Bajo la cabeza y no la levanto hasta que cojo un taxi en dirección al tanatorio, donde mi madre me ha dicho que me está esperando.

De camino, recibo una llamada de Mateo que, afligido, me da el pésame y se disculpa por no poder estar ahí. Ha tenido que viajar a Madrid por trabajo hace dos días.

—Gracias, Mateo. Gracias por estar siempre conmigo.

—Ojalá todo hubiera sido distinto.

La boda, claro. Junio tenía que ser el mes de nuestra boda.

Son las diez de la noche, todo ha ocurrido a la velocidad de un rayo como suele ser con las muertes inesperadas. Pienso en Elie. Pienso en la abuela. Pienso en el lugar en el que deben estar. Espero que sea mejor que el que conocemos.

Veo a mi madre frente al ataúd de la abuela, separado por un cristal y rodeado de coronas de flores en las que leo: «Tus amigas del club de ganchillo», «Tus vecinas», «Tu hija y tu nieta». Son las once de la noche y no hay nadie; las personas que han venido ya se han ido a sus casas. Mañana se celebra el funeral.

Me acerco a mi madre llorando de forma discreta, como llora la persona que más ha perdido en el entierro, con la discreción sentida del dolor irreparable.

—Murió anoche, pero era tarde y no tuve fuerzas para llamarte —se disculpa mamá, dándome un abrazo que siento tan frío y distante como la mirada azul de Corinne, que aparece de repente en mi pensamiento.

Tiene los ojos llorosos e hinchados y está cansada, pero más entera de lo que creía.

—Siento haber llegado tan tarde —me disculpo, notando que mi taquicardia afloja un poco, que respirar es más sencillo.

—Habíamos quedado para cenar. Al ver que no venía, como sé que no se aclara con el móvil, fui hasta su casa y me la encontré sentadita en el sillón con una bufanda que ya nunca terminará. —Sin mirarme, va en busca de su bolso y saca la susodicha bufanda—. Creo que era para ti. De color azul, tu preferido.

Con el corazón en un puño, cojo la bufanda. Huele a ella, a la abuela. A lavanda. Miro su cuerpo pálido y quieto; parece de cera. Un rosario, el que tenía en el cabezal de hierro de su cama, reposa entre las manos entrelazadas. Su esencia ya no está ahí, como si su alma hubiera volado lejos, pero entonces, una corriente fría que mi madre no percibe, me envuelve haciéndome creer lo contrario. La abuela sigue aquí, a mi lado, como siempre desde que tengo uso de razón.

—Gracias —le digo, no a mamá, que asiente con tristeza, sino a la abuela. Ella sabe el porqué.

LO IMPOSIBLE

Te digo adiós, para toda la vida, aunque toda la vida siga pensando en ti. [\[23\]](#)

Nunca me he despedido de tantas personas importantes en tan poco tiempo. Edmond, Geneviève, Elie, Whitman y la abuela. Sucesos que me cuesta asimilar pese a saber que la edad y el tiempo son factores que no perdonan y que la muerte, silenciosa y en ocasiones inesperada, camina siempre al lado de la vida.

Se ha roto la magia.

Soy consciente de que tengo que mirar hacia delante. Que lo que he vivido ha sido mágico, pero es pasado y el pasado hay que llevarlo al lugar que le pertenece: al recuerdo.

Me despido de las historias compartidas que me han hecho sentir especial. Me despido de la abuela con un beso en el aire dirigido a su tumba y, siguiendo el andar lento de mamá, veo detrás de un árbol del camposanto a Corinne Whitman. Parpadeo repetidas veces por si la visión me está engañando y confabula contra mí, pero me detengo en seco al ver que la anciana se acerca con la lástima reflejada en su mirada.

—Lo siento mucho —murmura con voz queda, dándome tres besos.

—¿Cuándo has llegado? No te he visto en el funeral.

—He estado todo el rato aquí, Natalia. Quiero que vuelvas. Tienes que ver algo —me susurra.

—Natalia, ¿vamos? —interrumpe mi madre mirando confundida a la anciana.

—Corinne, te presento a mi madre, la hija de Beatriz. Mamá, ella es Corinne Whitman, la propietaria de la librería de París en la que he trabajado

y...

—Y una gran amiga de mi madre —añade mamá en un torpe intento de decirlo en francés—. No se imagina las ganas que tenía de conocerla, creí que no sería posible. Mi madre me enseñaba las fotografías que se hicieron juntas los fines de semana que visitaba Barcelona. Tuvieron una relación muy especial; ella siempre decía: «Corinne, la francesa, era una mujer muy especial» —recuerda, con la mirada dirigida a la tumba donde descansa la abuela—. Le hubiera gustado mucho verla por última vez.

Corinne, en silencio, la mira fijamente, sin un atisbo de esa frialdad que he conocido de ella en París. Parece otra mujer, más anciana, más humilde, más débil.

—Beatriz era una gran mujer —afirma Corinne—. Y por lo poco que he conocido de tu hija, ella también lo es.

—¿Quiere venir a comer con nosotras? Por favor, sería muy agradable —propone mamá, emocionada como nunca antes la he visto, enjugándose las lágrimas.

—Muchas gracias, será un placer —acepta Corinne.

«Cuenta una leyenda que cuando en un jardín
aparece un colibrí,
nos viene a contar que las almas
de los que amamos están bien».

No será hoy, ni mañana, ni el mes que viene, pero Corinne, durante la comida, nos ha hecho ver que, con el tiempo, no recordaremos con pena a la

abuela, sino con alegría.

—Ley de vida —ha murmurado reflexiva.

Contemplo las fotografías que la abuela nunca llegó a enseñarme. Después de comer unos tortellini, mamá ha ido hasta el dormitorio de la abuela y ha sacado una caja de debajo de la cama. Hay un montón de fotografías esparcidas en color sepia y otras en blanco y negro que, pese a haber estado sueltas y no en álbumes, se han conservado bien.

La abuela y Corinne en el parque de la Ciutadela, riendo frente a la Sagrada Familia y posando una fría tarde de invierno con los pies descalzos sobre la arena en la playa de la Barceloneta. En todas las fotos se me aparecen radiantes, despreocupadas y enamoradas de sus respectivas parejas que debían estar detrás de la cámara que inmortalizó esos felices momentos de juventud.

«Somos historias».

«Seremos recuerdos».

No me equivocaba. Corinne Whitman era preciosa y se parecía mucho a su padre. Me pregunto cómo debía ser la madre que la trajo al mundo; bella, seguro. Whitman fue un hombre con suerte. Corinne derrochaba dulzura y naturalidad en su juventud. Por cómo posaba junto a la abuela, acerté al pensar, cuando la conocí, que había sido bailarina en otros tiempos. Ella me lo confirma sonriente. Las pasiones de su vida han sido los libros y el ballet clásico.

—Y mi padre. George Whitman fue mi gran pasión —añade, sin dejar de mirarme.

«¿Qué sabe de mí? ¿Qué quiso decir con aquello de «es ella»? ¿Con: «cuidado con los fantasmas»? ¿Qué me oculta?», me pregunto, sin dejar de observarla.

Después del segundo café, mamá va a la cocina a poner el lavavajillas, momento que aprovecho para preguntarle a Corinne:

—¿La hija que tuviste era del vecino de mi abuela? ¿Josep? —

Recuerdo que se llamaba, señalando una fotografía en la que aparece un hombre alto y fornido junto al abuelo que no llegué a conocer.

—Sí, es de Josep —confiesa.

—¿Por qué nunca se lo contaste a mi abuela?

—No quise hacerlo por teléfono —contesta, absorta en una fotografía en la que aparece junto a Josep, el padre de su hija—. Igual que ella, aún tenía esperanzas de volver a verla, pero, a lo largo de estos años, he sido incapaz de visitar Barcelona. Al leer tu nota supe que tenía que volver. Nada más aterrizar, indagué en las esquelas para saber en qué lugar se celebraba el funeral. La verdad es que no sé de dónde he sacado el valor para venir... Hace dos años me enteré que Josep había muerto. Nunca llegó a casarse ni a saber que tuve una hija de él. Igual me equivoqué y debería habérselo dicho dándole la opción de elegir, pero me pudo el rencor de que se fuera con otra y a mi edad ya es tarde para arrepentirse de los actos del pasado. De lo que pudo ser y no fue. A pesar de todo, Natalia, Margot es lo mejor que me ha pasado en la vida. Vive en Berlín, es abogada, tiene cincuenta y siete años, dos hijos y tres nietos.

—Eres bisabuela.

—Tengo edad para serlo —ríe.

—En el cementerio me has dicho que tengo que volver a la librería. ¿Qué es lo que tengo que ver?

—La verdad. Tienes que descubrir la verdad.

—¿Y qué verdad es esa, Corinne? Estoy cansada de tanto misterio.

—Podría decirte muchas cosas, pero mis palabras no te demostrarían nada. Tienes que volver —repite suplicante— y despedirte de tu madre para siempre.

INTUICIÓN

No hay casualidades, sino destinos. No se encuentra sino lo que se busca, y se busca lo que en cierto modo está escondido en lo más profundo y oscuro de nuestro corazón, razón por la cual parece como que uno termina por encontrarse al final con las personas que debe encontrar. [\[24\]](#)

La teoría del doctor en física, Jean Pierre Garnier Malet, conjetura que el tiempo es continuo, pero tiene instantes imperceptibles que permiten el intercambio de informaciones con el pasado y el futuro. Lo llama «aperturas temporales», las cuales nos aportan premoniciones e intuiciones. ¿A qué se debe? Según su teoría, el desdoblamiento del tiempo usa un ciclo de 25920 años, y estamos viviendo el final de ese ciclo que ya era conocido por las civilizaciones antiguas.

Corinne ha querido quedarse unos días en Barcelona. Dijo que necesitaba reconciliarse con la ciudad. Su compañía me ha venido bien para sobrellevar la pérdida de la abuela y conocer una época de su vida de la que casi nunca hablaba. Corinne aseguró que Beatriz fue muy feliz.

—Puedo hacerlo. Puedo volver a amar esta ciudad —se convenció a sí misma, con la mirada perdida en lo alto de la Sagrada Familia.

Hemos visitado la tumba de Josep a la que nadie lleva flores. Las lágrimas de la anciana me han hecho ver que lo quiso con toda su alma. Que puede que, pese a todos los años transcurridos y sin verse, siga queriéndolo. No existe el paso del tiempo para el amor.

A lo largo de estos tres días, hemos caminado durante horas por el centro; la vitalidad de Corinne a sus ochenta y ocho años me ha dejado anonadada.

—Sentarse en los bancos es de vagos —reía—. Sigamos andando.

«Sigamos andando». De eso trata la vida, ¿no? De seguir andando a pesar de los tropiezos.

Corinne, en cada recorrido, parece estar despidiéndose de la ciudad que la ha atormentado durante toda su vida por culpa de un desamor. Un simple desamor, una banalidad en comparación con todas las tragedias del mundo. Pero imagino que todos, en mayor o menor medida, estamos cargados de banalidades que nos duelen, de demonios que llevamos con nosotros a rastras y que el tiempo, aunque ayuda cicatrizar las heridas, no consigue curarlas del todo.

Una tarde, paseando por la Rambla de Cataluña, pasamos por delante de la librería Casa del Libro. Un hormigueo me recorrió el cuerpo cuando reparé en la novela destacada que había en el escaparate y me pregunté cómo era posible que no hubiera caído antes. Lo conocía. Conocía al autor suizo, al viajero al pasado desde 2011, y lo tenía delante de mis ojos gracias a la publicación reciente de su nuevo libro, un thriller cuyo slogan decía que más de cuatro millones de lectores habían estado esperándolo, y que solo él era capaz de superarse a sí mismo.

—Dentro de una hora firma ejemplares —le dije a Corinne.

—No es buena idea, Natalia.

La contundente negativa de Corinne me confirmó que se trataba del mismo hombre del que Elie se enamoró en 1920. Me quedé con la mirada fija en la fotografía de cartón del autor. Busqué en sus ojos claros un atisbo de aquel viaje al pasado, algo que me hiciera encontrar la respuesta a la pregunta de Elie semanas antes de morir: «¿Se acordará de mí?».

Seguidamente y en silencio, Corinne me alentó a seguir paseando en

lugar de esperar al escritor cuyo nombre jamás revelaré. Su secreto está a salvo.

—Me hubiera gustado preguntarle si aún piensa en ella. ¿Por qué no hablaste con ellos, Corinne? ¿Por qué solo los mirabas desde el umbral de la puerta?

—Porque me dan miedo los fantasmas —respondió con la mirada perdida.

—Pero ellos no eran fantasmas. ¿Sabías en ese momento que habías viajado en el tiempo? Tuviste la oportunidad de volver a hablar con tu padre sin que él supiera que eras su hija. —Asintió cohibida—. ¿Por qué cada siete años? ¿Por qué 1920?

—No lo sé. Es probable que el portal vuelva a abrirse en algún otro punto de la historia como pudo haberlo hecho en el pasado, un pasado que ni siquiera vivieron los fantasmas.

—¿A qué te refieres?

—Durante la Edad Media, el edificio de la librería era un trozo de tierra como tantos otros en la ciudad. En mitad de ese campo había un roble milenario ubicado en el punto justo donde se encuentra la habitación de los *Tumbleweeds*. ¿Sabes qué cuenta la leyenda sobre los robles? —Negué con la cabeza escuchándola con atención—. Son una puerta entre el reino de la luz y el de las sombras. Sus raíces siguen ahí, arraigadas a la tierra que le perteneció, bajo los cimientos de la librería, y estalla cuando el universo así lo dicta, abriendo un portal del tiempo que comunica dos épocas a su antojo. Desconozco por qué cada siete años y por qué 1920, cuando mi padre creó el club de lectura de medianoche un año antes de abrir la librería, pero me he acostumbrado a vivir sin tener todas las respuestas. »Cada uno de los cinco *Tumbleweeds* que hemos visitado el pasado, incluida tú, teníamos escrito en nuestro destino ver a esos fantasmas en concreto, pero solo Dios sabe quién más habrá traspasado el velo del tiempo. Imagino que cada viajero tiene destinado un viaje distinto, a saber con qué finalidad.

Hubiera querido explicarle muchas cosas y preguntarle otras tantas, pero me conformé con su respuesta.

¿Cómo había sido la vida de su padre? ¿Le habló de mí? ¿Qué le dijo? ¿Quién era su madre y por qué no había dejado ningún rastro, como si no existiera, o como si Whitman la hubiera criado solo? En el fondo, tenía miedo de que me dijera que fue feliz con otra mujer, así que me resigné a no tener todas las respuestas. No en aquel momento.

V

París

La noche de fin de año

SI TE VAS

Debes encontrar el lugar dentro de ti, donde nada es imposible. [\[25\]](#)

La ciudad de la luz nos recibe radiante y calurosa en su último día de junio. Corinne no ha hablado mucho durante el viaje. Parece fatigada, como si llevara días sin dormir bien.

—No, no quiero ir a casa. Tenemos que ir a la librería.

—¿Ha llegado el momento de que me enseñes eso tan importante que tengo que ver? —le pregunto con curiosidad, mientras introduce la llave en el cerrojo de la puerta.

Sigo sus pasos con una emoción contenida. Recuerdo la primera vez que llegué, no hace tanto, pero es curioso cómo nos engaña el tiempo. Parece que haya pasado toda una vida y que conozca cada rincón de Le club de minuit como mi reflejo en el espejo.

Corinne abre la puerta de la habitación y hace tambalear el cartel de latón donde se lee: *Tumbleweeds*. Al entrar, parece tener la seguridad de quien sabe lo que hay que hacer. Seguidamente, se arrodilla y palpa la madera del suelo con la certidumbre de un invidente, hasta encontrar el punto exacto y golpear en él. Cede la tabla y asoma un pequeño cofre, oculto en el entramado de las vigas. Sonríe, llora, se enjuga las lágrimas y, como si nadie la estuviera mirando, acaricia la cubierta con adornos tallados en guirnaldas de flores.

—¿Qué es eso, Corinne?

—Ábrelo. Es para ti.

Me lo entrega y, al abrirlo, emite un leve chasquido, con esa sonoridad fascinante, quizá imaginada, de lo que oculta en secreto y emerge a la luz. En el interior del cofre, recubierto de terciopelo rojo, descubro una carta cuya letra reconozco porque ha sido escrita, no sé cuándo, por mí.

—Por favor, léela —me ruega la anciana llorando.

—No es posible —murmuro, al mirar con incredulidad la fecha en la que fue escrita—. El 2 de febrero de 1990 es el día que nací.

2 de febrero, 1990

Querida yo:

Si te vas, no te prometo un camino de rosas sin espinas ni una felicidad plena en las calles de París de los años veinte, treinta, cuarenta, cincuenta... Mi niña, ¡cuánto te queda por vivir! ¡Qué envidia me das, Natalia!

Vivirás guerras y miseria; no será nada fácil. Tendrás que adaptarte a la historia. Al pasado. No quiero ocultarte que habrá días en los que te arrepentirás, diciéndote a ti misma que ojalá te hubieras quedado en tu comfortable siglo XXI, donde todo es más sencillo que lo que yo decidí vivir cuando era tú. Que ojalá te hubieras decantado por ese viaje pendiente a la India en lugar de cruzar el portal la noche de fin de año. La magia dejará de existir el 1 de enero de 1921 a las tres de la madrugada. Ahí tienes la respuesta. Será entonces cuando el portal se cierre y ya no habrá posibilidad de retorno. No sé cómo lo supieron, pura suerte, imagino, pero Le club de minuit estaba en lo cierto. Con el final de 1920, la posibilidad de volver a viajar en el tiempo se esfumó... Y yo me quedé con nuestro querido Whitman, el hombre en el que no dejas de pensar noche y día.

A pesar de todo, jovencita, te prometo que lo malo pasará y cada noche, cuando te vayas a dormir con el hombre al que amas y amarás con locura hasta el final, tendrás la seguridad de que hiciste lo correcto. Cuando cojas en brazos al bebé convertido en la mujer de ochenta y ocho años que ahora mismo te mira con lágrimas en los ojos, sabrás que, pese a haber renunciado a muchas cosas, la decisión mereció la pena. No concibo una elección distinta a la que estás a punto de tomar, pese a que seguimos jugando a imaginar mundos paralelos en los que, por una decisión, por muy pequeña que parezca, podemos cambiar el transcurso de toda una vida.

He pensado muchas veces que rechazas esta carta y no sabes cuánto me ha dolido visualizar un mundo sin Corinne. Si no cruzas ese portal, si por lo que fuera decides no hacer caso a esta vieja de noventa y ocho años que se apagará en el mismo momento en que

su alma verá la luz como si formaran parte de mundos distintos aun siendo el mismo ser, nada de lo que he conocido, incluida Corinne, nuestra hija, existirá.

Tomes la decisión que tomes, siempre estaré contigo.

Con amor,

Natalie

—Me ha costado mucho no decirte que eres mi madre. Lo mejor que se me ocurrió para reprimir las ganas fue irme a Berlín, con mi hija y su familia. El primer día, cuando me leíste los labios en el momento en que dije «Es ella», hablaba con Margot. Tu nieta. Le hubiera gustado muchísimo verte pero no se ha atrevido y solo deseo que no se arrepienta. Te quería tanto, tanto...

—Corinne...

De un impulso y un cúmulo de emociones que no sé cómo gestionar, me acerco a ella y nos fundimos en un abrazo que me despierta un amor profundo al saber que es parte de Whitman y de mí.

—Viajar, escribir y leer. Lo cumplirás, mamá —solloza—. Viviste rodeada de libros, leíste todos los que hay en la librería aunque te parezca increíble. Viajaste con papá a lugares lejanos y escribiste, escribiste a diario en la pizarra de la calle. A los transeúntes y a los clientes les encantaba leer tus poesías. Eran perfectas. Quiero que veas algo más —añade, levantando el colchón y extrayendo una llave grande y antigua cuya plata ha corroído el paso del tiempo—. El trastero.

—Le club de minuit.

—Donde empezó todo —afirma sonriente.

Cuando Corinne abre la puerta y enciende la luz, me asaltan los recuerdos de una vida que aún no he vivido. La puerta que en 1920 conducía al exterior ha desaparecido. La han tapiado como ya supuse al no verla desde la calle. La mesa de madera redonda parece otra muy distinta sin la presencia de los cuatro integrantes del club de lectura de medianoche. Las dos

estanterías cubiertas de polvo están desprovistas de libros. Miro fijamente el piano abandonado. Por un instante, como si hubiera vuelto a viajar al pasado, veo a Whitman. Sus dedos acariciando las teclas para deleitarme con la melodía que me dedicó, la que sigue sonando una y otra vez en mi cabeza.

Seguida de Corinne, recorro en silencio la estancia. Mis pasos son lentos, tranquilos, pendiente de cada instantánea que hay colgada en la pared; no quiero perderme ni un solo detalle de lo que parece que va a ser mi vida dentro de poco.

—No te prometo un camino de rosas sin espinas —me digo, rememorando mis propias palabras, las que algún día escribiré, como si fuera «mi yo de noventa y ocho años» la que habla.

Acaricio una fotografía en blanco y negro en la que aparecemos Whitman, Corinne y yo. Apenas me reconozco al verme con el cabello mucho más corto, estilo *Garçon*, y un vestido acorde a la época.

—1930 —informa Corinne, apoyando su mano en mi hombro—. Yo tenía tres meses. Contradijiste a la época. Cuando las mujeres solían tener hijos a los veinte y no creían que pudieran tenerse más allá de los treinta, tú me tuviste con treinta y ocho.

—Te tendré —la corrijo.

La risa y las lágrimas se entremezclan y Corinne vuelve a abrazarme.

—Tres años después de que finalizara la Segunda Guerra Mundial, cuando yo cumplí los dieciocho y podía quedarme a cargo de la librería, papá y tú recorristeis mundo. 1948: Papá y tú en Roma. 1950: Escocia. 1952: Londres. 1955: la India.

Puede seguir enumerando nuestros viajes, pero no es necesario. Es curioso verte a ti misma y no reconocerte. Saber cómo serás de mayor y aun así, preguntarte quién es esa mujer que te mira desde el pasado. Whitman y yo abrazados en la Fontana di Trevi; posando frente al mágico Castillo de Eilean Donan, en Escocia; sentados en el césped verde y brillante del Hyde Park de Londres; deslumbrados por la fastuosidad del Taj Mahal... Sin embargo, los viajes que siempre he deseado hacer no me emocionan tanto como las fotografías en las que aparecemos juntos en el interior de la librería. Cómo me

mira... Como la primera vez. Me mirará así siempre y eso me basta para saber que merecerá la pena a pesar de las dificultades. No hará falta imaginar cientos de mundos paralelos porque en ninguno de ellos estaré mejor que ahí, posando feliz en esos retratos que para mí aún no se han hecho, pese a despedirme de todo cuanto conozco, incluida mi madre, que no volverá a saber de mí.

—Eras preciosa —le digo a Corinne, observando una fotografía en la que aparecemos las dos. Ella debía tener unos cuatro años. Cabello largo, rubio y lacio. Parecía un ángel. Yo aparezco envolviéndola en mis brazos y mirándola embelesada mientras ella reía divertida.

—Y tú has sido la mejor madre del mundo. Lo serás —corrige—. Ha sido una suerte disfrutar de ti tantos años. No te lo dije lo suficiente.

—Lo acabas de decir y siempre lo recordaré.

Es ley de vida. Yo también tendría que haber elogiado más a mi madre y a mi abuela.

—Un año después de morir papá, cuando las dos trabajábamos en la librería, me presentaste a Josep, que vino a Le club de minuit a hacer unas fotografías porque consideraba este lugar especial —empieza a explicar con nostalgia—. Fue amor a primera vista, un flechazo, pero tú ya lo sabías todo. Sabías lo que ocurriría. En cierto modo, nos uniste para que conociera a Beatriz. Sé lo duro que debió ser para ti no volver a Barcelona aun teniendo la posibilidad de ver a tu abuela y a tu madre, una niña cuando tú ya eras mayor. —Niega con la cabeza y añade—: Yo no sabía que la que se convirtió en mi mejor amiga era mi bisabuela. No lo supe hasta que me lo contaste poco antes de morir, cuando yo ya era madre y Barcelona se había convertido en una ciudad a la que no quería volver. Dijiste que hay secretos que no se pueden llevar a la tumba y que ese era uno de ellos, que debía estar preparada para lo que estaba por llegar. Para esperarte a ti. Un año más tarde, en 1991, se abrió por primera vez el portal y, por miedo, me resigné a ver a mi padre desde la puerta.

—Ya está —la tranquilizo, cuando vuelve a echarse a llorar—. Para ti todo esto ya ha pasado, pero para mí aún no. No me cuentes nada de mi futuro. De tu pasado —le pido con una sonrisa—. Deja que la vida me

sorprenda. De hecho, quiero que te quedes con algo. —Voy hasta la habitación, abro mi maleta y cojo el libro de Geneviève. Leo las letras doradas una vez más: *La viajera del tiempo*. Sonrío y se lo entrego—. Seguro que tendré oportunidad de leerlo, cuando lo publique en 1930, pero este ejemplar es tuyo.

—Lo leí hace tiempo. Publicó este libro el mismo día en el que nació. Es maravilloso. Vosotros fuisteis maravillosos, mamá.

Y, pese a todo, qué extraño resulta que una anciana, sesenta años mayor que yo en estos momentos, me llame «mamá» y hable de mi futuro como si ya lo hubiera vivido.

«Las personas que nos han amado
siempre encuentran el camino de regreso a casa».

La viajera del tiempo
GENEVIÈVE PUEYRREDON

NOCHE DE FIN DE AÑO

Un hilo invisible conecta a aquellos que están destinados a encontrarse sin importar el momento, el lugar o las circunstancias. El hilo puede alargarse o enredarse, pero nunca se romperá. [\[26\]](#)

Viajar al pasado es como morir. Nos despedimos ligeros de equipaje de la vida que hemos conocido. Sabemos que ninguna de nuestras posesiones materiales serán importantes allá donde vamos, aunque Corinne se ha empeñado en darme una gran cantidad de dinero alegando que ella ya no necesita tanto, y que nos ayudará a vivir más desahogados.

Después de mi dulce despedida de la anciana y de echar una carta al buzón para mi madre, he ido a dar un paseo por las calles de París del siglo XXI. He cogido un taxi en dirección a la Torre Eiffel para subir hasta arriba y contemplar el mundo de 2018, sabiendo que pronto formaré parte de otra época, de otras historias lejanas y olvidadas ahora. No puedo obviar las consecuencias de una guerra que solo conozco por los libros y que asumo vivir. Será como aterrizar en un mundo extraño que había visto antes a través de un telescopio.

He recorrido Montmartre, el barrio de los pintores, y también he disfrutado de los alrededores de la Basílica del Sagrado Corazón, donde le he sonreído a un pintor que me ha retratado en media hora. He disfrutado de la música callejera reteniendo en mi memoria cada instante de este último recorrido. Sé que tendré la oportunidad, durante una larga vida, de volver a pisar estas mismas calles, pero ya no seré la misma. Vine al mundo sin ser consciente de que «mi otro yo» moría en ese mismo instante.

La decisión que he tomado me demuestra que no podemos hacer

planes a largo plazo. Cuando deseas algo con tanta fuerza, eres capaz de dejarlo todo atrás, incluidos tus deseos o proyectos futuros, para empezar una nueva vida desde cero. Aun así, percibo que voy en la dirección correcta que, como suele ocurrir, ha resultado ser la más inesperada.

Disfruto del sol del atardecer tardío deslumbrando mi cara cuando regreso a la Rue de la Bûcherie. El camarero está sirviendo a las mesas exteriores de Le Petit Châlet. Le sonrío y le digo:

—Vengo a despedirme de ti.

—¿Vuelves a Barcelona?

—Vuelvo al lugar que me pertenece, sí —asiento.

—Te deseo lo mejor, Natalia.

—Igualmente, amigo.

Nunca me acuerdo de su nombre.

Contemplo la pizarra. Sigue intacto el poema de Anne Sexton que plasmé antes de mi huida precipitada a Barcelona al enterarme que la abuela había muerto. Abro la puerta de la librería, voy hasta el mostrador y cojo la tiza. Busco en mi memoria las palabras que Geneviève plasmó en su libro y empiezo a escribir:

«Solo los amores imposibles son capaces de traspasar el velo invisible del paso del tiempo por el miedo que sentimos a no verlos más. Tan fugaces como eternos, son los que te hacen creer que puedes volar. Son aquellos que duelen, los conoces bien, pero también son capaces de hacerte sentir vivo y especial. Esos amores que, con solo imaginarlos, bailas, cantas, ríes, enloqueces; de veras piensas que has venido a este mundo solo para saborearlos, para vivirlos. Son los que calan, los que marcan, los que no podrás olvidar jamás. Esos son los amores imposibles de los que nunca, por más que lo intentes, conseguirás escapar».

No es exactamente un poema, pero sí una reflexión sobre lo que mueve el mundo, que no es otra cosa que el amor verdadero. Me cruzo de brazos y leo y releo el texto en francés de mi amiga. Algún día, cuando no exista el peligro de adelantarme a los acontecimientos de mi vida, leeré su *Viajera del tiempo*, el libro que me dedicó. Que me dedicará.

Dos chicas jóvenes se detienen para leer en la pizarra lo que acabo de escribir. Las dos, emocionadas, me sonríen agradecidas y preguntan quién es Geneviève Pueyrredon.

—Una gran amiga —contesto—. La mejor amiga que una puede tener —añado con una sonrisa.

¿Cuánto tiempo permanecerán sus palabras plasmadas en la pizarra? ¿Dos días? ¿Una semana? ¿Un mes? Se borrarán como lo han hecho sus nombres en la memoria del tiempo sin que nadie los recuerde.

—*Est-ce que je suis trop envahissante?*

—*Terriblement, lorsque tu n'es pas l'à.*

[—¿Crees que soy demasiado invasiva?

—Horriblemente, sobre todo cuando no estás.]

ROMAIN GARY, *Clair de femme*

Lo único que llevo conmigo es el dinero que me ha dado Corinne y la bufanda azul que la abuela tejía para mí antes de morir. Todavía huele a ella, como si, de alguna manera, me acompañara en este viaje. Eso es lo que quiero pensar, aunque allá donde voy, aún no ha nacido.

Cuando el reloj anuncia la medianoche y la habitación da paso a la cueva caótica que tanto me emociona ver, oigo el tintineo de unas copas. El alboroto proviene de la calle, risas y voces se entremezclan con fuegos artificiales; parece que hay congregada una multitud celebrando una fiesta en la pequeña y alegre Rue de la Bûcherie. Es una noche emocionante. Es la noche de fin de año, el inicio de uno nuevo. Atrás hemos dejado 1920 y la gente, bajo el cielo estrellado de París, vistiendo sus mejores galas para la ocasión, recibe con alegría y emoción el nuevo año.

1921.

El año en el que voy a empezar a vivir.

¿Qué nos deparará el destino?

Al otro lado de la pared no se escucha nada, pero, al abrir la puerta, me encuentro a Whitman de espaldas sentado al piano. Está solo. Empieza a tocar nuestra melodía. Se la sabe de memoria. Miro a mi alrededor con la misma fascinación que la primera vez. Me sorprende ver un ramillete de flores de jazmín en el centro de la mesa donde se reunía el club. Vuelve a invadirme su aroma, pero ahora sí es real.

Todo es real.

Dentro de unos años, el club de lectura de medianoche en el que me encuentro se habrá convertido en un trastero cerrado con llave. Estará inundado de instantes capturados por objetivos de cámaras que no existen todavía. Momentos que conozco, que he visto con mis propios ojos, pero que aún son ficticios. No han ocurrido, pero ocurrirán; viviré con esa seguridad, incluida la de conocer la fecha exacta de mi muerte y la de Whitman. Nos quedan treinta y nueve años de amor por delante. El tiempo siempre avanzará conduciéndonos a todos a un mismo destino con distinto recorrido. Tal y como

dijo un sabio: «Todo llega en el momento en que tiene que llegar».

Recorro con calma la distancia que me separa de Whitman. Me acomodo junto a él en la banqueta del piano sin dejar de mirarlo. Parece un espejismo, pero no lo es. Si me quedo aquí más allá de las tres de la madrugada, no habrá posibilidad de volver a mi época. Y eso es lo que voy a hacer. El portal se cerrará, lo dijo Le club de minuit, y ahora sé que tenían razón. La carta que me escribiré a mí misma dentro de muchos años y Corinne, mi «futura» hija, así me lo han confirmado.

—Sabía que volverías.

—Feliz año, Whitman.

—Feliz año, Natalie.

«A partir de cierto punto no hay retorno.

Este es el punto que hay que alcanzar».

Aforismos

FRANZ KAFKA

Nota de la autora

La librería ficticia Le club de minuit que aparece en la novela, está inspirada en la mítica y mundialmente conocida Shakespeare & Company. La historia del que fue el refugio literario de Ernest Hemingway, F. Scott Fitzgerald o James Joyce, se remonta al año 1919 en una localización distinta a la actual, la Rue de la Bûcherie, que se ha utilizado también en esta historia. Todo empezó cuando la librera y editora Sylvia Beach abrió la primera librería Shakespeare & Company en la Rue de l'Odéon y tuvo que cerrarla en 1941, en plena ocupación alemana en París, cuando un oficial nazi entró, intentando comprar una copia de *Finnegans Wake*, obra de ficción cómica de James Joyce. La librera se negó a vendérselo con la excusa de que era la única copia que tenía y que pertenecía a su colección personal. Dos semanas más tarde, el alemán regresó para anoticiarla de que todos sus bienes eran confiscados. Los libros desaparecieron de los estantes al cabo de unas horas. Años más tarde, en 1951, la librería reabrió con otro dueño, George Whitman, y Shakespeare & Company, tal y como la conocemos hoy en día en el 37 de la Rue de la Bûcherie, no solo es un emblema en la ciudad de París, sino también una atracción turística que ocupa seis pisos y tiene café propio. Nada que ver con la olvidada y ficticia Le club de minuit, cuyo interior también he inventado, ya que no tiene nada que ver con la librería real y actual que tuve la suerte de visitar hace unos años.

Por otro lado, el George Whitman de Le club de minuit solo tiene en común con el auténtico George Whitman (Nueva Jersey, 1913 – París, 2011) su nombre, alguna frase y la palabra *Tumbleweeds* que me ha gustado añadir a esta intensa trama.



Sylvia Beach en la primera librería Shakespeare & Company (1919-1941)



George Whitman en su librería Shakespeare & Company

Agradecimientos

Gracias a los lectores que os sumergís con emoción a mis historias. Espero que *El club de medianoche* os haya llegado, emocionalmente hablando, tanto como a mí. Gracias por cada mensaje que me escribís, no dejéis de hacerlo. Gracias también por recomendar mis libros y compartirlos a través de las redes sociales. Ojalá nos reencontremos muy pronto en una próxima aventura.

A mi gran familia de Facebook, Twitter e Instagram.

Agradecida a todo el equipo de Amazon por la confianza depositada en mis títulos.

A Justyna Rzewuska, mi agente, que me da alas y fuerza.

A mis padres.

A mis hijos.

A mi pareja.

A Marley, con quien estaría recogiendo «palitos» toda la vida.

A los amigos que sé que habéis llegado a este apartado: Elisabeth & Pep, Juan Manuel Moreno Fiori, Noelia Hontoria, María Hernando, Ignacio Palacios, Yolanda Morato, Rosa Vázquez, Estefanía Yepes, Diana Galí, Erika Ramos y Agustín Kong.

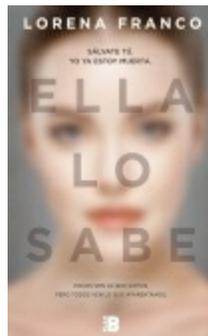
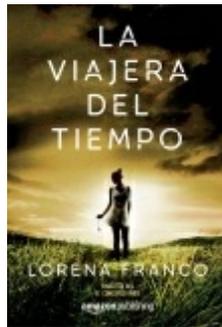
FB: [lorenafranco.oficial](#) / [lorenafranco.escritora](#)

TW: [@enafp](#)

IG: [@enafp](#)

OTROS TÍTULOS DE LORENA FRANCO

Encuétralos en Amazon





[1] Ray Bradbury (1920-2012).

[2] George Whitman (1913-2011).

[3] *Nuestra Señora de París*, de Víctor Hugo (1831).

[4] Charles Dickens (1812-1870).

[5] Poema francés *Avec le temps*, de Léo Ferré (1916-1993).

Traducción: «Con el tiempo todo se va... Se olvidan las pasiones y se olvidan las voces que decían bajito con palabras de la gente pobre: no vuelvas tarde, sobre todo no cojas frío».

[6] Traducción al castellano: *Aguas primaverales* (1926).

[7] Ernest Hemingway (1899-1961).

[8] *París era una fiesta*, Ernest Hemingway (1964).

[9] Traducción: *La impresionante aventura de la misión Barsac*. Julio Verne (1828-1905).

[10] *Le Matin*, iniciativa de Chamberlain & Co, un grupo de financistas principalmente estadounidenses, fue un diario francés creado en 1883. Se convirtió en uno de los cuatro diarios principales entre los años 1910 y 1920 con alrededor de un millón de copias en la víspera de 1914. Desapareció en el año 1944.

[11] Primera Guerra Mundial (28 de julio de 1914 – 11 de noviembre de 1918).

[12] Variedad del popular baile estadounidense nacido con las primeras orquestas de jazz foxtrot, que hizo furor en EE.UU. durante la década de los 20 y que se popularizó en Europa tras la primera Guerra Mundial. Su mayor éxito fue desde mediados de 1926 a 1927.

[13] Demócrito. Filósofo y matemático griego entre los siglos V-IV a. C.

[14] Cuento de Charles Dickens, *Un cuento de Navidad*, también es conocido como *Una canción de Navidad* y *Los fantasmas de Scrooge* (1843).

[15] *La vie en Rose*, Édith Piaf (1915-1963).

Traducción de la estrofa: «Él entró en mi corazón, una parte de felicidad de la que conozco la causa. Es él por mí, yo por él, en la vida. Él me lo dijo, lo ha jurado para siempre. Y, desde entonces, siento en mí mi corazón latiendo».

[16] Franz Kafka (1883-1924).

[17] Julio Cortázar (1914-1984).

[18] Blaise Pascal (1623-1662).

[19] Frida Kahlo (1907-1954).

[20] Haruki Murakami.

[21] Heinrich Lübke (1894-1972).

[22] Ernest Hemingway (1899-1961).

[23] Del poema *De la despedida* de José Ángel Buesa (1910-1982).

[24] *Sobre héroes y tumbas*, Ernesto Sábato.

[\[25\]](#) Deepak Chopra.

[\[26\]](#) De la leyenda del hilo rojo.